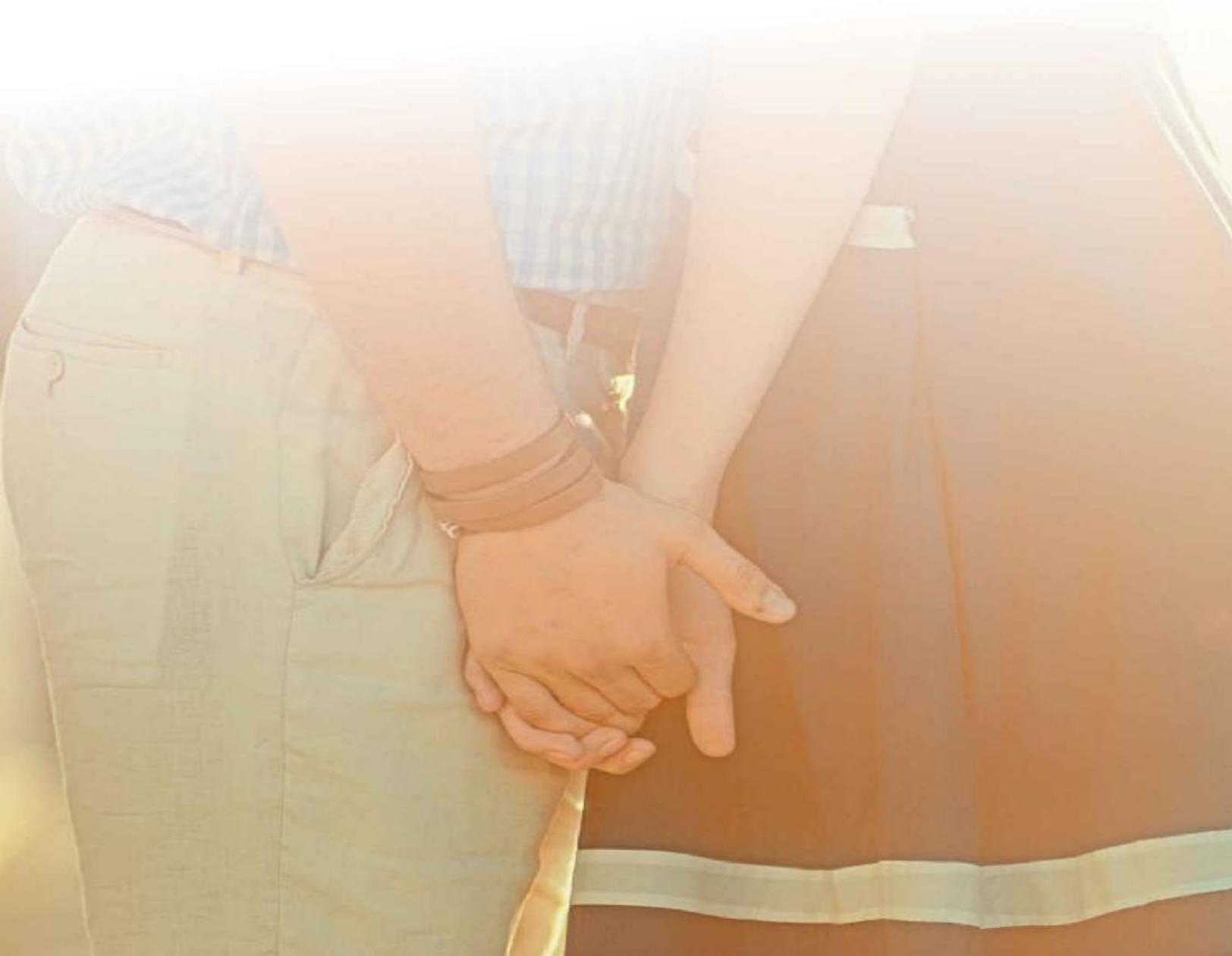




*Pintina Cuneo*

# UNO COMO LOS DEMÁS



# Copyright

EDICIONES KIWI, 2020  
info@edicioneskiwi.com  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)  
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, junio 2020

© 2020 Pintina Cuneo  
© de la cubierta: Borja Puig  
© de la fotografía de cubierta: shutterstock  
© Ediciones Kiwi S.L.  
Corrección: Ana María Benítez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

# Capítulo 1

## Cuando sé que existes

*Se busca chica guapa para casarse con hombre feo.*

*Interesadas enviar correo a:*

[teestoyesperandoati@hotmail.com](mailto:teestoyesperandoati@hotmail.com)

—Lara, mira esto. —Eloísa le acercó el periódico a su compañera de piso.

Era domingo, uno más dentro de otro fin de semana, parecido a todos los anteriores que Eloísa llevaba viviendo desde hacía meses, una rutina continua que para ella no se diferenciaba apenas del resto de días.

Hacía tan solo cinco minutos que el reloj de la iglesia próxima a su edificio había anunciado las diez con su lento tañer de campanas. Las dos amigas desayunaban perezosas y sin prisas en el soleado salón.

—¿Qué es? —preguntó su amiga, colocándose las gafas que había dejado sobre la mesa.

La alegre risa de Lara resonó por todo el espacio al acabar de leer el sorprendente anuncio que Eloísa había rodeado con rotulador rojo, destacándose, de ese modo, de entre el resto de la sección.

—Si es que hay gente para todo —dijo con desidia volviendo a leer aquellas escuetas frases.

—¿No te parece raro? —inquirió Eloísa con el ceño fruncido.

—Me parece inquietante, más que raro, y estoy convencida de que habrá unas cuantas locas que contesten. —Lara se pasó la mano por su corto y rubio flequillo con gesto despreocupado.

Eloísa permaneció durante unos segundos mirando fijamente hacia el periódico cerrado que Lara acababa de lanzar, con gran desdén, hasta el otro extremo de la mesa.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó su compañera con evidente gesto de preocupación en el rostro.

—En el anuncio —contestó Eloísa, saliendo de su ensimismamiento.

—¿En serio?

—Sí —aseguró convencida.

—¿En qué parte en concreto? —Lara se cruzó de brazos, intrigada a la vez que sorprendida.

—No sé, me parece muy extraño y confuso.

—Lo que me parece a mí es que alguien quiere aprovecharse de otras personas —sentenció, segura de sus palabras—. A saber las memas que contestarán.

—¿Quién? ¿Quién crees que va a contestar si ya te avisa de que es feo?

—¿Eloísa, no me gusta nada la cara que estás poniendo! —le recriminó señalándola con el dedo índice como si la estuviera amonestando—. ¿No estarás pensando...?

—Sí —le cortó por toda respuesta.

—¡¡¿Qué?!! —chilló asustada.

—Que voy a contestar —respondió Eloísa tranquilamente.

—Tú estás loca, ¡como ese tío o más! —se exasperó Lara volviendo de nuevo a toquetear su flequillo.

—Solamente quiero ver qué hay detrás de un anuncio así.

—¿Un pervertido? ¿Un sádico?...

—¡Qué exagerada!

—¿Igual algún asunto turbio para captar tontas como tú? —preguntó Lara en tono dramático.

—No me digas que no sientes curiosidad por saber si realmente tan solo es lo que dice.

—¿Curiosidad, dices? ¡¡Vergüenza es lo que siento!! A ver, recapitulemos: él es feo, pero busca una chica guapa, que vamos, no está mal, muy respetable. Pero simplemente podría decir «busco chica», a secas, si es que en realidad es un alma solitaria que necesita amor y compañía... ¡Pero no! El tío matiza, especifica cómo debe ser.

Lara se incorporó para recoger el periódico y buscar la página donde estaba el motivo de la discusión

—¡Ufff! —bufó, claramente agobiada, peleando con las hojas del ya maltrecho diario sin encontrar lo que buscaba—. Me parece tan ridículo mantener siquiera esta conversación... —Volvió a lanzar el periódico lejos de ella y se encaminó hacia el baño, abandonando sobre la mesa los restos de su café ya frío.

Sin inmutarse por el malhumor de su amiga, Eloísa cruzó el estrecho pasillo hasta su habitación. Con la mirada buscó el portátil y en cuanto lo hubo localizado sobre el escritorio, lo abrió para ir a sentarse con él en la cama. Después se conectó a internet y finalmente entró en su correo.

—¡¡Eloísa!! —gritó su compañera tras ella dándole un susto tremendo.

—¡Joder, Lara! —dijo llevándose una mano al pecho como si quisiera constatar que no se le iba a salir el corazón de un momento a otro.

—Pero ¿vas en serio con esta locura?

—Solo voy a enviar un mensaje y pedir detalles, ¿qué hay de malo?

—Claro, tú se los vas a pedir y él te los va a dar. Anda, ¡búscate un trabajo! Y haz algo con tu vida.

—Eso hago... ¡y mira cómo me va! —rezongó con tristeza.

Lara se arrepintió al instante de su brusquedad al hablarle. Sabía que para Eloísa las cosas no estaban resultando fáciles desde que la habían despedido de la empresa donde llevaba diez años trabajando; la única que conocía, puesto que incluso antes de acabar sus estudios de *Marketing* y Publicidad ya estaba realizando trabajos como becaria para ellos.

Pero su virtud fue la honestidad, y es que, harta de ver los chanchullos a los que el director recurría para hacerse con las mejores marcas y las campañas que las administraciones lanzaban, decidió decirle al incompetente de su jefe qué pensaba de él, de forma clara y abierta.

Y ya metidos en faena de ser sinceros, le recordó el hecho de que la hiciese trabajar muchas más horas de las que su contrato estipulaba sin llegar a protestar ni una sola vez. ¿Y cómo le había le pagado él su esfuerzo y dedicación? Echándole en cara, no en una sino en varias ocasiones y ante quien le viniese en gana, que era una vaga, una holgazana y que su implicación era cero con el negocio. Y no acababan ahí sus quejas: solía recriminarle que su única motivación en esa empresa

era el acudir a diario para cobrar un sueldo, haciendo que Eloísa solo sintiese estupor y mucha rabia cada vez que se cebaba con ella, ya que, por todos era sabido que su creatividad les había reportado varios premios dentro del campo de la publicidad.

Eloísa creía firmemente que la explosiva reacción de su jefe, tras acabar de ponerlo en su sitio, fue escuchada no solo en la empresa, también en unos cinco kilómetros a la redonda. Levantando las enormes posaderas de su sillón, se encaró con ella al tiempo que la piel de todo su rostro se iba tiñendo del rojo más intenso.

Sus palabras eran catapultadas de su boca junto a algo más: alguna que otra gota de saliva que su viperina lengua proyectaba con inquina bañándola una y otra vez. Saliva que ella limpió de su cara sin disimulo alguno y mostrando el asco más profundo. Al escucharle, hubiera querido gritar con más ganas y más alto de lo que él lo estaba haciendo, pero aguantó toda aquella inundación procedente de su boca. También escuchó improperios que no la definían y frases que no mostraban a la persona trabajadora y eficaz que ella era.

Su despido fue fulminante, pero nada que Eloísa no esperase dada su forma de conducirse. Ahora pesaba sobre ella una acusación por injurias y calumnias, por lo que un juez debería dirimir si su despido era improcedente o no. Sabía que no ganaría ese juicio y lo que más temía era que probablemente iba a tener que pagar las costas de este, aunque no sabía con qué dinero iba a hacerlo.

Su jefe, segundos después, pasado el tsunami de mala leche y ya impasible desde su sillón — aquella atalaya giratoria de diseño exclusivo, tapizada de piel negra desde la que miraba el mundo con altivez y desprecio— había dictado sentencia para ella antes de que lo hiciera un juez: «Me voy a asegurar de que no vuelvas a trabajar en tu miserable vida».

Y no cabía duda de que de eso se había asegurado muy bien, puesto que desde que se había quedado sin empleo ninguna empresa del gremio la había querido contratar. Tenía la terrible intuición de que su jefe se había puesto en contacto con las empresas del sector para echar su nombre por tierra. En todas las empresas que no había recibido un no de inmediato lo recibía al cabo de unos días, cuando todo parecía ir sobre ruedas tras la entrevista. En otras ocasiones bastaba con pedir referencias, de ese modo estaba todo decidido para ella sin que contase para nada su brillante currículum y todos sus años de experiencia.

Y por descontado, si no era bueno indicar el nombre de la empresa en la que había trabajado, no indicar experiencia alguna para ahorrarse el mal trago de que le pidiesen referencias significaba dar a entender que no había hecho nada de los veinticinco a los treinta y cinco años que tenía en esos momentos. Y ese era un dato que no buscaban en el perfil de ninguna empresa.

Eloísa sabía que ya era hora de enfrentarse a la realidad: iba a tener que trabajar en todo aquello que no le gustaba y de lo que no tenía ni idea, puesto que se había formado en algo en concreto y nunca había trabajado en nada más. Llevaba unos meses viviendo de lo que ingresaba por la prestación por desempleo y esa ayuda no iba a durar mucho tiempo más.

Nunca había sido de ahorrar mucho, era una auténtica manirrota, sabía que esa era una buena definición para ella. El «guarda para mañana» no era algo que tuviese muy asimilado, ya que casi todo el sueldo se lo gastaba en viajar y en los más variados caprichos; como ese carísimo coche de alta gama del que había tenido que deshacerse al quedarse en paro, malvendiéndolo porque no podía afrontar las elevadas cuotas mensuales. La ropa de las mejores marcas también figuraba en ese derroche del que hacía gala casi a diario; había tenido un buen sueldo, un trabajo fijo y nunca

había pensado en otra situación económica distinta de la que había gozado durante diez años.

Sin futuro claro a la vista se desesperaba sin saber qué hacer. Había conseguido algunas clases particulares con los hijos de los vecinos del cuarto que no daban para prácticamente nada; como no fuese para acabar con fuertes dolores de cabeza, los que aquellas dos fieras sin domar le provocaban ante el caso omiso que hacían a cualquier cosa que ella dijese.

Para Eloísa, aguantar a esos gemelos no estaba pagado con nada. El odio que sentían el uno hacia el otro era más que evidente: si uno hablaba el otro chillaba, si uno se equivocaba el otro se burlaba, si uno tosía el otro estornudaba, uno respiraba y al otro le molestaba...

El caso era estar como fuese siempre uno por encima del otro. Eran como una reminiscencia de lo que había sucedido en el útero materno, donde uno había robado espacio al otro, sintiéndose, desde el mismo momento de su concepción, como si ya fuesen sabedores de que siempre deberían luchar por el afecto y la aprobación de sus progenitores.

No eran hermanos, eran rivales: luchadores sin tregua, revestidos de un odio como ella nunca antes había percibido en nadie. Había concluido que aquellos niños no necesitaban un profesor de apoyo, lo que necesitaban era una orden de alejamiento para llegar a ser felices. O al menos unas personas capacitadas para ver más allá de ese espejo en el que irremediamente se debían mirar a diario desde que amanecía hasta que al fin cerraban los ojos por la noche. El que su madre, pese a la edad de los chicos, once años ya, se empeñase en peinarlos y vestirlos como si de dos gotas de agua se tratase, no facilitaba las cosas.

A la espera de que alguna empresa de publicidad quisiera apostar por ella, tan solo había conseguido dos empleos: como camarera y como dependienta en una conocida cadena de ropa. Aunque servir cafés e infusiones en aquella gran tetería, solo había servido para incluir, de manera hipotética, su nombre en la lista de *persona non grata* en el mundo de la hostelería.

¿Y cómo olvidar que no había durado ni una semana como dependienta? Asumió muy rápido que no estaba hecha para ordenar y doblar ropa de manera mecánica y en un tiempo récord. Reconocía, avergonzada, eso sí, que ni tan siquiera servía para contener esas miradas con las que fulminaba a las clientas de la tienda cuando las veía remover en las estanterías que acababa de ordenar de manera meticulosa.

La voz de Lara le llegó llamándola.

—Eloísa, mírame. —Su amiga le sujetó firmemente las manos para hacerla reaccionar después de verla tan sumida en sus pensamientos—. ¡Por favor! Dime en qué estás pensando porque ya me estoy empezando a asustar.

—Si este hombre ofreciese una vida sin preocupaciones a cambio de casarse con él... ¿Tú lo harías? —Eloísa preguntó con la mirada perdida, como si no estuviese haciendo esa pregunta y solo fuese uno más de sus pensamientos.

—Claro que no, no lo conozco de nada, ¿quién en su sano juicio iba a querer embarcarse en algo así con un hombre del que no sabe nada?

—Yo —sentenció, dejando atónita a su compañera.

—Eloísa... —gimoteó Lara—. No hablas en serio.

—¿Qué crees que pierdo? —le dijo con el desencanto pintado en la voz—. Nada, no me queda nada que perder ya.

—La dignidad, ¿acaso eso no cuenta para ti?

—Con eso no se come ni se paga el alquiler, te recuerdo que te mudas dentro de nada y me

quedo yo sola haciendo frente a la mensualidad completa y no puedo pedir ayuda a mi familia, porque no están en su mejor momento y ya tendré que recurrir a ellos para pagar las costas del juicio. La realidad es que tengo que encontrar una solución a mis problemas, ¡ya mismo!

—Pero no así, casándote con un extraño.

—Deja que envíe este correo, vamos a ver qué tiene que ofrecer y luego lo discutimos. No sé... Tengo un pálpito y quizá esto no es tan raro como parece.

Lara se quedó en silencio y Eloísa aprovechó para redactar el mensaje:

«Le escribo con relación a su anuncio del periódico de hoy, me gustaría conocer algún detalle de su petición».

—¿Piensas quedarte ahí toda la mañana hasta que ese tipo conteste? —inquirió Lara una vez que observaba, resignada, como su compañera le daba a «enviar».

—No tengo nada que hacer y quizá soy la primera en contestar.

No había transcurrido ni un minuto cuando el teléfono de Eloísa emitió un suave sonido, indicativo de que había recibido un nuevo mensaje en su correo. Increíblemente, miró hacia la pantalla del ordenador y confirmó aquel aviso sonoro.

—¡Vaya con el feo! Le corre prisa —refunfuñó Lara.

Abrió el mensaje dispuesta a leerlo, mientras su compañera tomaba asiento junto a ella para hacer lo propio.

«Antes de dar ningún detalle necesito saber tu edad, me gustaría que tuvieses más o menos mis años. También quiero saber si eres guapa y qué nivel de estudios tienes».

—¡¡Joder con el tío!! Sabes que pierde el tiempo, la busca guapa e inteligente.

—Lo que cualquiera desearía, ¿no crees?

—¿Y él qué ofrece? Ya sabes que es feo, ahora solo falta que apenas tenga estudios y sea un ignorante con el que no se pueda mantener una mínima conversación.

Eloísa no escuchaba sus quejas, únicamente se concentraba en buscar en la galería de fotos una en la que a ella se la apreciase bien.

—¿Qué haces?

—Voy a enviarle una foto y así zanjamos el tema físico, que me vea a ver qué le parezco.

Elegió una del pasado verano, una de las muchas que conservaba de la última comida de empresa. Se la veía de cuerpo entero, embutida en un escotado vestido negro de seda salvaje, ajustado de cuerpo y falda amplia que realzaba su figura haciéndola casi perfecta, dibujada, por no parecer humana. La adjuntó de forma rápida y tecleó un comentario.

«Tengo treinta y cinco años. Estudié *Marketing* y Publicidad y hablo inglés y francés. Y aunque no soy un ángel de pasarela creo que soy bastante agraciada».

La respuesta no tardó en llegar:

«Tampoco es que seas muy guapa».

—¡¡Qué hijo de su madre!! Olvídate de esto, ¡pero ya! —chilló Lara casi en la oreja de su amiga.

—Tiene sentido del humor... ¡Me gusta! —proclamó Eloísa echándose a reír.

—Mira, de verdad, no te aguanto, ¿sentido del humor? ¿En serio? Eres un encanto de mujer, guapa, con buen gusto para vestir, con un cuerpo muy bonito... Pero si estás tremenda en esa foto, ¿y se atreve a decirte eso? Pídele tú también su currículum y una foto, anda, a ver si tiene narices para enviarla.

—No necesito ver su foto, ya ha dicho que es feo, lo que me interesa de él es su solvencia económica, ya lo sabes.

—Es verdad, se me olvida que tienes un don especial para prendarte de tíos feos. Porque mira que has salido con raritos, ¿eh?

—No eran «raritos» —se quejó Eloísa de forma airada.

—No, hasta que tú empezaste a meterlos en vereda y conseguiste, no sé ni cómo, que pareciesen hasta guapos.

—Yo nunca hice nada para intentar el cambio, solo tenían que darse cuenta de cuáles eran sus encantos para poder explotarlos. Reconoce que tú misma me dijiste que Arsenio tenía un «cuerpazo», según tus propias palabras, y solamente porque cambió de estilo vistiendo y se dejó barba.

—Sí, aquella barba tapaba lo feo que era. —Se echó a reír de forma escandalosa.

—No seas como el común de los mortales —le reprochó en tono apacible—, cualquier persona encierra más encantos de los que aparenta, pero solo unos pocos sabemos ver más allá de la imagen exterior.

No pretendía hacer cambiar de opinión a su amiga, cada persona era de una manera y tenía su particular forma de pensar, únicamente pedía respeto, ese que no siempre recibía, justo como estaba haciendo Lara en ese momento.

Eloísa siempre daba a conocer sus pensamientos sin buscar un cambio en los demás y si este venía sabía que no era fruto de su influencia, sino de una visión de las cosas desde una perspectiva diferente. Así había ocurrido siempre con los hombres con los que había mantenido relaciones.

Nunca se quedaba con la primera impresión. Únicamente veía en ellos a personas realmente hermosas, cada una con rasgos bonitos: si no eran unos ojos profundos y sinceros, era una sonrisa arrebatadora, o un cutis de porcelana sin marcas, tan solo aquellas provocadas por una enorme tristeza al sentirse seres rechazados por no entrar dentro de los cánones de lo considerado comúnmente bello.

Algunos llamaban la atención por lo que no debían y eso, bien lo sabía, tenía fácil solución: dientes mal alineados, cortes de pelo desastrosos, acné sin tratar, ropa de tallas inadecuadas o estilos inapropiados... Aspectos, al fin y al cabo, irrelevantes que no definían a una persona pero que a ojos de los demás eran los más visibles.

En cambio, los ojos con los que ella les miraba, las miradas de admiración que les dedicaba bastaban para que se obrara el cambio y era en ese momento cuando verdaderamente se querían por dentro, cuando su belleza física salía a dar un paseo. Y entonces, y solo entonces, los demás se daban cuenta de que allí siempre había habido un hombre no solo guapo, sino algo infinitamente más importante: alguien interesante por lo mucho que tenía que aportar: inteligencia, creatividad, simpatía...

Y llegados a ese punto, irremediablemente la abandonaban... por otra mujer, y ella no podía más que sentirse vacía, hueca, el ser más invisible de cuantos habitaban la Tierra.

Eloísa no quería regodearse en sus miserias y regresó al presente, ante su portátil, para escribir de nuevo al anunciante:

«Ya he cumplido con tus peticiones, ¿puedo ahora saber algo más de tu oferta?».

Y enseguida recibió una respuesta:

«No, prefiero que nos veamos en persona».

—Míralo cómo sabe, no es tonto, no —rezongó Lara.

«Día, hora y sitio», tecleó Eloísa y le dio a enviar. La respuesta llegó de inmediato:

«Si vives en Madrid capital, ¿puedes ahora mismo?».

—¡¡A su casa ni se te ocurra ir!! —le advirtió Lara exaltada.

—Tranquila, no se me había pasado por la cabeza.

—Cítalo en una cafetería y yo me voy contigo, ¡eso ya lo puedes ir «poniendo en tu cabeza»!  
—le dijo con sorna—. Y en los bolsillos de mi chaqueta iré poniendo puñados de sal.

—¿Para qué?! —preguntó Eloísa sin entender.

—Para lanzárselos a la cara si la cosa se pone fea.

—No tienes arreglo.

—Ni él cuando lo deje ciego tampoco —sentenció Lara.

Rieron un buen rato y después Eloísa tecleó el nombre de una de las cafeterías del centro, se dio de margen una hora para arreglarse y llegar hasta el local. Finalmente, añadió, por si él cambiaba de opinión y poder estar de ese modo en contacto, su número de teléfono. El anunciante dio su visto bueno de inmediato. Se había dado cuenta de que él nada había dicho al comunicarle su edad, por lo que entendía que ambos tendrían más o menos los mismos años.

—Ni siquiera se ha presentado o te ha preguntado el nombre.

—Porque creo que cómo nos llamamos no es muy importante para este trato.

—Pues ya te lo digo yo, ese tiene un nombre horrible, igual que todos los de tus ex: Obdulio, Arsenio y Viriato —citó casi con aprensión—. ¿Los buscas a propósito? Esto no te lo he preguntado nunca, pero es que ya no sé qué pensar.

Pero Eloísa no buscaba nada, desde niña había descubierto que las personas salen al encuentro unas de otras, siempre y en cualquier relación, sea esta del tipo que sea, y ese encuentro podía ser favorable, fructífero, rentable... o por el contrario no serlo. Podía ser apacible o una tortura, un acierto o una torpeza, un orgullo o una condena el haber conocido a alguien.

A ella le encantaba darse de bruces con personas nuevas, descubrir otras vidas, otras historias, otras maneras de pensar y ver las cosas, porque abrían su mente y ponían esta a trabajar, a funcionar de un modo diferente cada vez y en cada ocasión en la que sus pensamientos debían hacerse voz para conectar con ese extraño y hacer que la relación fuese en la dirección correcta. Justo como lo hacen dos trenes que discurren por vías paralelas, compartiendo paisaje, recorrido y velocidad si dado el caso hay que acelerar o ralentizar la marcha para evitar descarrilar.

Caminar a la par con otro ser, no deseaba nada más, solo conseguir eso. Algo aparentemente sencillo pero que todavía no acababa de alcanzar cuando de relaciones íntimas se trataba.

# Capítulo 2

## Cuando nos conocemos

Eloísa, invadida, casi inundada por el espíritu inquieto y desquiciado de su amiga, se sentía nerviosa y no dejaba de cruzar y descruzar las piernas. Sentada en el cómodo sillón de aquella elegante y conocida cafetería, parecía que la tapicería quemaba debajo de ella.

Lara, como si se tratase de un vigía en la costa, había tomado posición en la barra, lugar estratégico desde donde no paraba de removerse sobre el taburete y de escrutar hacia todas partes, intentando vislumbrar al anunciante como si lo conociese realmente y fuese a distinguirlo de inmediato.

Eloísa, por su parte, tenía una buena perspectiva de todo el espacio, la entrada del local incluida. Había llegado hacía cinco minutos y a pesar de ser puntual continuaba sentada sin compañía. Únicamente dos hombres estaban solos en la zona de las mesas, pero ninguno la había mirado.

«No mires más a esos dos tíos, ninguno es feo», le había escrito en un wasap Lara.

Junto a esta, en la barra, se hallaba una pareja y algo más alejado, un chico que bebía un refresco de naranja, pero este apenas sí había girado la cabeza para mirarla. Tenía el pelo largo y lacio, moreno, recogido en un coleta baja.

Vestía con demasiada informalidad: chaleco rojo de tela impermeable y una camiseta de la que solo veía las mangas y que parecían muy dadas de sí, puesto que las llevaba remangadas sobre el codo; completaba el atuendo con un pantalón de chándal gris que dejaba mucho que desear. No había levantado los ojos de su móvil ni un solo segundo.

«Como sea este adonis solitario de la barra me muero», escribía Lara, que no dejaba de enviarle un wasap tras otro, elevando así, de manera considerable, su estado de nervios.

«O paras o te largas». El contundente mensaje de Eloísa provocó que su compañera de piso girase la cara para fulminarla con la mirada.

Pero a pesar de la advertencia, su móvil sonó de nuevo. Aburrida ya de Lara y negándose a mirar siquiera la pantalla, dejó el teléfono boca abajo sobre la mesa. Después observó a su amiga taladrándola con los ojos, pero esta negó con la cabeza y señaló con la barbilla hacia el teléfono; entonces comprobó que era un mensaje de un número desconocido y lo leyó con desasosiego, temiendo que su cita se hubiese echado atrás:

«¿Tu guardaespaldas puede estarse quietecita? Intento acercarme, pero me está dando algo de miedo, ¿es de confianza? ¿O trae algún pitbull para azuzármelo en cuanto me decida a presentarme?».

Eloísa se echó a reír de manera alegre mientras levantaba la vista del teléfono, oteando por toda la cafetería. En ese momento, el chico del refresco se giró a mirarla y pudo ver unos bonitos ojos verdes tras los cristales de unas horribles gafas. Lara también pudo apreciar el cruce de miradas que acababan de tener. Por fin, el extraño de la barra se puso en pie y se encaminó hasta

la mesa en la que se encontraba Eloísa.

De repente se escuchó un grito y toda la cafetería miró hacia el mismo punto: Lara acababa de caerse de manera bastante aparatosa del taburete, montando un gran revuelo. Al parecer, sus elevados tacones habían quedado enredados en el reposapiés y al intentar incorporarse había olvidado dónde los tenía clavados; en su caída había arrastrado el taburete quedando este sobre su cuerpo, ahora tendido en el brillante y pulido parqué del local.

Y por si todo aquel revuelo y torpeza no fuese suficiente, el contenido del vaso que sujetaba antes de caer había ido a parar sobre la muchacha que, sentada junto a ella, charlaba enamorada de su acompañante, lo que provocó algún que otro impropio por parte de la pareja de tortolitos.

Tanto el extraño como Eloísa pusieron los ojos en blanco al verla allí tirada, mientras que un camarero se acercaba diligente a ayudarla.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el anunciante en tono cortés.

—Adelante —invitó Eloísa una vez que se hubo asegurado de que la caída de su amiga no había tenido más consecuencias que unas cuantas magulladuras.

Aprovechó el momento para fijarse bien en las llamativas zapatillas que su cita lucía al final de sus largas y delgadas piernas: unas deportivas con multitud de colores fluorescentes. Después, continuó impassible con la revista al atuendo y su mirada fue ascendiendo: el chándal gris con los puños en los tobillos le estaba horrorizando desde que lo había distinguido sentado en la barra.

La camiseta negra, vista así, desde tan cerca, no solo lucía descolorida, sino que parecía casi sucia por el evidente desgaste, visible en algunas partes. Terminó su rápida inspección ocular en el chaleco acolchado y hubo de concluir que sin duda había conocido tiempos mejores.

El anunciante depositó sobre la mesa su vaso con los restos del refresco y los ojos de Eloísa fueron instintivamente hacia sus manos. Le encantaron de inmediato: finas, blancas, muy cuidadas, de uñas bien cortadas, apenas sí tenía vello en los nudillos. Sus dedos eran largos y delgados, tamborileaban contra el cristal del vaso de manera ágil y flexible. Después elevó la mirada y le sonrió afable, gesto al que él no respondió, simplemente se limitó a levantar una mano para llamar la atención del camarero. Cuando este se acercó pidió otro refresco.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó educadamente.

—Agua, por favor —pidió Eloísa, que había dejado enfriarse su café sin gana alguna de tomarlo ya.

Por unos segundos, él permaneció recorriendo con atención los rasgos del rostro de la mujer que tenía frente a él. Eloísa había dejado su media melena castaña suelta, tenía el pelo brillante y sedoso, ondulado en las puntas. Había elegido para ese encuentro un suéter negro de cuello vuelto, que se ajustaba a su pecho, marcando este de manera sugerente; el anunciante ya había posado la vista en ese punto un par de veces desde su acercamiento desde la barra. Después la miró a los ojos, siempre vivos y alegres, grandes y almendrados, color marrón.

Eloísa, impassible, se dejaba observar. Ya estaba más tranquila y su rostro, ahora de sonrisa apacible, mostraba serenidad. Él no parecía nervioso y eso le gustó. No temblaba su mano al sujetar el nuevo refresco que el camarero había depositado ante él, no se removía inquieto en el sillón. Tampoco hacía gestos con la cabeza ni movía sus labios indeciso como queriendo hablar pero sin llegar a decidirse.

—Lisardo —dijo al fin rompiendo el silencio.

Su nombre llegó alto y claro hasta el oído de Lara que no pudo reprimir el comentario:

—¡¡Lo sabía!!

Eloísa ni siquiera se inmutó al escucharla y Lisardo, por su parte, giró el rostro para observar a aquella mujer de la barra, de la que probablemente ya pensaba que estaba loca de atar.

—¿Qué es lo que sabía tu guardaespaldas?

—Lo de tu nombre, sabía que no sería muy común —aclaró ella.

—Sí, parece que no tengo bastante con ser poco agraciado que tampoco tuve suerte con el nombre; así hace juego conmigo, tu amiga ha tenido buen ojo en eso.

—No hagas caso, discúlpala. Está muy nerviosa y preocupada por mí y este encuentro.

—¿Y tú? ¿Tú no estás nerviosa? —inquirió frunciendo el ceño.

—Cuando he visto que no llegabas sí lo estaba, pensando que tal vez habías cambiado de opinión, pero ahora que estás aquí ya estoy tranquila... Por cierto, soy Eloísa. —Recordó que no le había dicho su nombre.

Aprovechó el momento para hacer algo que estaba deseando desde que él se había plantado ante ella: saber cómo olía. Así, se incorporó para ir a inclinarse sobre su rostro y plantarle dos cálidos besos en sendas mejillas, saliendo de ese modo de dudas: aquel hombre olía a limpio, a suavizante de ropa. Esto era buen signo, supo que era alguien aseado, pero sin duda creía que aquel no era el mejor aroma que dejar tras de sí cuando una mujer estaba interesada en un hombre. Consideraba que siempre era mucho mejor un tenue rastro de perfume o incluso un fresco aroma a gel de ducha.

Al volver a su asiento pudo comprobar cómo Lisardo se había puesto tenso al sentir aquel contacto, por un momento pensó que lo había violentado, aunque parecía más sorprendido que cualquier otra cosa. Por toda disculpa, si es que era incomodidad lo que realmente sentía, ella volvía a inundarlo con su preciosa y acariciadora sonrisa.

En esos momentos él parecía desarmado, inseguro, tal vez porque era sabedor de que pisaba terreno desconocido. Y no solo porque estuviese ante una extraña, sino porque Eloísa podía percibir en él una máscara de imperturbabilidad que no parecía real, pero de la que probablemente hacía uso para no sentirse tan inseguro como realmente era.

—Bueno, pues si te parece te cuento de qué va la cosa —dijo Lisardo de un modo cortante y seco, acabando así con el bonito y acogedor momento que ella había creado con aquel suave y delicado contacto.

—¿La cosa? ¿Así quieres llamar a algo que va a ocurrir en tu vida? —preguntó con extrañeza.

—Eh..., pues... —titubeó—. ¡No sé cómo llamarlo! —De nuevo la inseguridad volvía a aparecer en él.

Eloísa, al mirarlo, no tuvo dudas de que ante ella tenía a un hombre cariñoso y dulce. Alguien que, probablemente, pocas veces podía mostrarse tal cual era quizá para no parecer vulnerable y dejar así que pudiesen aprovecharse de él. Estaba deseando conocerlo más para darle la suficiente confianza de mostrar su verdadera personalidad. Una ola de ternura la invadió en ese momento en el que había bajado la guardia.

—¿Qué nombre le darías tú? ¿Historia, asunto, película...? —continuó él, volviendo a su pose inicial de hombre de vuelta de todo y al que no parecía afectarle nada.

—Pues quiero que me cuentes de qué va esta «historia» —dijo enfatizando tanto como pudo esa palabra—, porque de ponernos de acuerdo será la tuya y la mía.

Él sonrió tímidamente y ella se prendó de su boca dibujando aquella imperceptible pero arrebatadora curva. Eloísa sintió algo de calor y, nerviosa, se removió en su asiento descruzando las piernas para volver a cruzarlas nuevamente.

La conversación debía continuar y ella deseaba centrarse única y exclusivamente en sus ojos cada vez que lo miraba. Pero a veces no podía evitar fijarse en otros aspectos de él, bien en aquellas diminutas y anticuadas gafas ovaladas y de metal dorado que se le pegaban a la cara como si las llevase atornilladas, o bien en su cabello, recogido hacia atrás en la larga coleta de pelo lacio, dejando así, de ese modo, sus orejas al descubierto.

Estas no eran muy grandes, pero tenían una forma un tanto abierta en la parte superior, y ese pelo recogido las hacía parecer casi de soplillo, cuando podría perfectamente disimularlas con un buen corte si se ponía en manos del peluquero adecuado.

Aquel hombre no era feo. «Es un dejado», se dijo totalmente convencida. Solo necesitaba un mínimo cambio y sin duda un aparato corrector de dientes, ya que estos no eran salidos, pero sí se amontonaban de manera poco estética en la parte superior de su boca, dándole a su cara un aspecto muy poco favorecedor, haciendo que desviases la mirada desde sus bonitos labios hasta lo que estos escondían.

—¿Qué? ¿Ya has visto lo feo que soy? —le escuchó decir con gran desdén.

Eloísa parpadeó de manera rápida un par de veces y lo miró de manera apreciativa. Tenía la piel fina y pálida, sus rasgos eran suaves, delicados y pensó que, de no ser por sus ojos, en esos instantes chispeantes de furia que ardían mirándola desde el otro lado de la mesa, habría estirado su mano para acariciar con las yemas de los dedos aquella que ya intuía una piel de terciopelo.

—Tus gafas sí que son feas —le soltó sin miramiento alguno, porque quería que le quedase bien claro qué era lo que sobraba en aquel dulce rostro mal apreciado.

—Sinceramente, no es algo que me preocupe mucho —soltó él, impasible.

—Pues debería, porque son tan feas que no dejan ver lo bonitos que son tus ojos —dijo clavando las pupilas sobre sus ahora agrandadas cuencas.

Lisardo se echó levemente hacia atrás, aquello lo había dejado claramente descolocado, con toda probabilidad los piropos no eran algo que escuchase muy frecuentemente. Se apercibió de que tragaba saliva azorado y con evidente dificultad. Tras un leve carraspeo, él se arrancó de nuevo a hablar:

—Bueno, pues esta historia, nuestra posible historia, es simple: chico feo, harto de que le digan lo lamentable que es su vida por no poder conseguir pareja, busca una chica guapa para casarse y fingir que son marido y mujer por un tiempo. Se aproximan las navidades, unas fiestas horribles para mí, dado todo lo que conllevan esas insufribles comidas y reuniones familiares, es decir: soportar más y más de los archiconsabidos y repetidos comentarios irónicos, sarcásticos y por desgracia también hirientes.

Parecía que había acabado de hablar, pero continuó de inmediato:

—Añado que, precisamente este año, he sido invitado a varias bodas y eventos familiares y como estoy cansado de sus cargantes «frasecitas» en este tipo de actos sociales, pues he decidido desviar la atención sobre mí; o al menos serlo por otro motivo más agradable.

Se hizo un silencio, por encima del hombro de Lisardo vio a Lara que no perdía comba de lo que estaba ocurriendo.

—Podemos decirle a tu guardaespaldas que venga a sentarse —dijo intuyendo lo que Eloísa

estaba mirando.

—No, tranquilo, tiene un oído excelente, se está enterando de todo.

Lisardo sonrió sin ganas.

—Imagino que te parezco el ser más triste y patético del mundo con esta propuesta —dijo bajando el tono y mirándola con arrogancia.

—No me pareces nada de eso.

—Alguna opinión tendrás.

—¿Realmente importa mi opinión en esta historia? —preguntó ella encogiéndose de hombros.

—No, la verdad es que no, me importa única y exclusivamente que resultes creíble.

—Puedes estar tranquilo, lo seré y con creces, pero ¿no vale con fingir que somos pareja?

—No, no me vale. Van a hurgar y querrán saber que es verdad, sobre todo mi madre. Y quiero demostrarles que esto es serio; hacerles creer que en el mundo hay alguien a quien le gusto, tanto como para atreverse a casarse conmigo. Así que quiero presentarme ante ellos en la cena de Nochebuena con mi mujer... Ahora que, si no quieres, esta cita acaba ahora mismo.

—Sí, porque imagino que deberás entrevistarte con más candidatas y barajar más opciones, además de la mía. —Dejó el comentario en el aire, con la única intención de que él le confirmase su suposición, pero Lisardo no tuvo intención de decir nada al respecto, así que Eloísa continuó hablando—: A ver, no me importa casarme, pero necesito saber qué gano yo, además de un marido.

—La persona que acepte deberá vivir conmigo para hacerlo más creíble, por supuesto, por lo que ofrezco gastos pagados mientras esta historia dure y una compensación económica al final del trato que podemos discutir. Soy una persona solvente, tengo trabajo y casa propia, no tienes por qué preocuparte... —Sacó el móvil del bolsillo y lo vio teclear un momento—. Por si te sirve, acabo de enviar a tu correo mi currículum, quiero que tengas confianza en lo que te estoy diciendo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy músico, trabajo para una conocida compañía discográfica haciendo arreglos y también compongo. Últimamente lo que más hago son *jingles* para publicidad en radio y televisión... Ah, bueno, algo fundamental: la boda sería en régimen de separación de bienes, no quiero sacar nada de todo esto.

—No ibas a sacar nada de mí, aunque quisieras, no tengo nada ahora mismo, ni siquiera trabajo, por lo tanto, si decido aceptar dependo enteramente de ti.

—No hay problema, ya te lo he dicho.

—Problema sí hay: debo abandonar el piso de alquiler en el que vivo y no tengo a dónde ir. —En realidad tenía la casa familiar de Asturias, vacía en esos momentos, pero no pensaba mudarse allí si no era estrictamente necesario—. Hasta Navidad quedan poco menos de dos meses, ¿cuándo habías pensado empezar con «nuestra historia»...? Bueno, claro, si decides que soy la candidata perfecta —soltó con retintín.

—Pues si me decido, empezamos en cuanto tú quieras. Te mudas cuando lo necesites y así nos ponemos al día para poder conocernos. En Navidad debemos resultar un matrimonio de lo más creíble. La boda será por lo civil, viví hace años en un pequeño pueblo de la sierra y sigo empadronado allí, me informé hace meses y pueden casarnos en unas dos o tres semanas, si te parece bien.

—¿Cuánto tiempo quieres que dure esta farsa? —Eloísa lo observaba mientras él jugueteaba con la etiqueta de su refresco ya vacío.

—Hasta Semana Santa, que es cuando mi abuela tiene programadas unas vacaciones con parte de la familia; una vez que regresemos podrás desaparecer de mi vida, firmaremos el divorcio y asunto zanjado. Capearé el temporal dignamente una vez que no estés. Sé perfectamente que mi idea sirve para cerrarles la boca únicamente por una temporada, pero al menos habré conseguido ser uno como los demás.

Entendía qué deseaba decirle con aquellas palabras, ella misma, en cada relación frustrada, también había deseado ser una como las demás.

—¿Es eso todo lo que deseas? ¿Ser uno como los demás?

—Es lo que esperan los demás de ti, que seas como ellos, que no te salgas de las convenciones, que cumplas con lo socialmente establecido: conocer a alguien para casarte y formar después una familia, sin saltarte ninguno de los pasos, por supuesto —dijo con sorna.

Eloísa intuía que Lisardo era alguien demasiado especial y hubiera deseado decirle que si él fuese uno como los demás no estaría interesada en formar parte de esa historia.

# Capítulo 3

## Cuando todo comienza

Ya era un hecho: Lisardo y ella iban a tener su primera cita tras el encuentro de presentación. Según parecía, y si ninguno de los dos se echaba atrás, en breve estaría casada con un extraño, y lo último que deseaba era vivir con una persona con la que no se sintiese cómoda, por lo que sugirió tener un plan de citas para poder iniciar un noviazgo, por llamarlo de algún modo, aunque este fuese un tanto exprés.

Habían quedado esa tarde junto a la Puerta del Ángel Caído, una de las que daban acceso al parque del Retiro. Lo observó aproximarse por la acera cuando ya llevaba un par de minutos esperando. Él no la había visto y pudo contemplarlo abiertamente y sin que se sintiese violento. Le pareció más delgado y mucho más alto que en su primer encuentro. La frente de Eloísa quedó justo a la altura de la nariz de aquel hombre cuando se despidieron en la cafetería.

Vestía un chándal completamente negro, en esa ocasión el pantalón era recto y carecía de ese puño al tobillo que a ella le parecía tan horrible. La chaqueta era ajustada y él la llevaba cerrada hasta arriba del todo por una cremallera. No se podía negar: su cuerpo esbelto y espigado hacía que le sentara a la perfección y ese color todavía resaltaba más su delgadez.

Unos metros antes de la puerta ya la había visto, Eloísa levantó la mano a modo de saludo. Cuando se plantó ante ella la miró con curiosidad, aunque, más que a ella, a la mochila que cargaba.

—Si vamos a pasear creo que todo ese volumen a tu espalda no hará que caminemos mucho —sentenció con seriedad.

—No pasaremos —informó Eloísa.

—¡No irás a decirme que vamos a subirnos a una de esas barquitas del parque! —exclamó abriendo los ojos, un tanto aterrado, lo que le hizo entender a Eloísa que esa idea no sería acogida de buen modo.

—Y si así fuese, ¿te opondrías a mi sugerencia para esta primera cita? —inquirió maliciosa.

—No se trata de si me opondría o no, se trata más bien de que no sé cuánto sería capaz de aguantar remando. Y bueno... se supone que debería impresionarte y quedar bien contigo, haciendo el mínimo ridículo posible, cosa poco probable si deseas comprobar mis dotes de marinero de agua estancada.

Eloísa dejó escapar una alegre carcajada en la que él posó sus ojos de manera apreciativa. Su risa parecía tener forma y él observaba cómo salía de entre sus labios.

—¿Y a pesar de eso tú remarías por mí? —inquirió Eloísa con evidente interés por escuchar su respuesta.

—Seguro —aseveró con un asentimiento de cabeza como queriendo reforzar esa palabra.

Su respuesta la llenó de satisfacción, como si de unas burbujeantes cosquillas se tratase y que recorrieron a Eloísa de arriba abajo con gran placer.

—Anda ven, vamos a un recital de poesía, donde tus manos de músico no acabarán destrozadas por culpa del remo y llenas de ampollas... al menos no hoy. Pero ten en cuenta que me has dado una idea para otra cita.

—Eso quiere decir que te apetece acabar en medio del lago sin avanzar hacia ningún lado, siendo objeto de las miradas de todos los congregados en esa zona del parque.

Eloísa echó a caminar mientras él la seguía.

—Pues me encantaría encontrarme en una situación así.

—¿Qué tendría de encantador ser el centro de atención? —refunfuñó Lisardo sin dejar de caminar en pos de Eloísa.

Esta se detuvo y giró el rostro para hablarle directamente a los ojos. En cuanto ella clavó sus pupilas en esas otras inquietas, Eloísa notó que se tensaba. Lisardo introdujo las manos en los bolsillos laterales de su chaqueta y permaneció inmóvil, a la espera de lo que ella fuese a decirle.

—Lo tendría todo —aseveró con emoción—, si cierras los ojos y nos imaginas, a ti y a mí, y esa barquita, parada en el agua, y como muy bien has descrito: siendo objeto de todas las miradas, de los que reman y también de los que pasean, observando desde la orilla... Podemos tumbarnos, uno apoyado en el otro y leer, conversar o simplemente dejar que este reconfortante sol otoñal nos bañe la piel. —Se encogió de hombros divertida y continuó—: Ahí, en el reducido espacio de ese casco de madera, puede pararse el tiempo, no tendremos prisa, no existirá nada aparte de tú, yo y ese centro del lago que tanto te inquieta. —Le sonrió acogedora, esperando recibir el mismo regalo de la boca que tenía frente a ella.

Pero tras unos segundos de miradas fijas, Eloísa entendió que todavía no era hora de que él se sintiese completamente en sintonía con ella.

—Es por aquí.

Señaló un claro en el que había varias personas acomodadas en el suelo. Unos directamente sobre el césped, otros en sillas plegadas, y algunos, los menos, acostados en mantas extendidas. Tras quitarse el peso que traía a la espalda, extrajo una gran toalla amarilla con franjas blancas. Lisardo, diligente, la ayudó a extenderla.

Una vez sentados, Eloísa dispuso ante ellos dos tazas, sendos trozos de esponjoso bizcocho horneado esa misma mañana por ella y que presentó envueltos en unas bonitas servilletas de papel. Para completar la merienda traía un termo a rebosar de humeante chocolate.

Él la miraba en una mezcla de sorpresa y complacencia y no pudo más que sentirse satisfecha al comprobar que su idea era acogida de tan buen grado. Al menos eso le decían sus gestos, puesto que no había obtenido ni una sola palabra por parte de aquel hombre para manifestar opinión alguna acerca de su propuesta.

En un improvisado escenario, varios autores se alternaban para recitar sus creaciones. Eloísa no era lectora habitual de poesía y nunca había acudido a un recital de ese tipo. Al ver esa mañana el anuncio, casi por casualidad en una librería de su barrio, había decidido que, hacer algo nuevo no estaría nada mal para iniciar una relación como la que les aguardaba.

Tal vez a él le gustase la poesía y de no ser así pensó que, sin duda estaría bien comprobar el nivel de paciencia que él llegaba a tener en caso de que el recital no fuese de su agrado.

Saborearon sus tazas de chocolate y degustaron el bizcocho, atentos a cada poema. El tibio sol de las cinco de la tarde, de ese inicio de mes de noviembre, le daba a aquel rincón del parque, junto a esas frases rimadas, un acogedor aspecto.

Eloísa, con la mirada fija sobre Lisardo, estudiaba a ese silencioso hombre que, atento a cada orador, observaba todo con rostro impasible. En ningún momento percibió ni siquiera un atisbo de incomodidad o aburrimiento en él. Aquello le gustó, le hizo sentir una cálida sensación que decía muchas cosas de él: se acomodaba a todo sin complicaciones ni quejas y estaba claro que deseaba agradar, puesto que si ella había elegido la cita él se mantenía con corrección, respetando su elección. Cuando percibió su mirada fija sobre él, apartó los ojos de los rapsodas y la miró, casi de soslayo.

—... y si te llegan noticias que sean mías, si te toca el viento que sea el de mi entrecortado aliento, si te rozan unos dedos que únicamente sea con la timidez de los míos... y si te besan, ¿dejarás que sean estos labios trémulos que te hablan los que callen para unirse a los tuyos?

Sus miradas se cruzaron mientras esas palabras eran recitadas por la última oradora. El público empezó a aplaudir. Tras agradecer a los asistentes su presencia y el buen ánimo con el que habían recibido las creaciones poéticas, la gente empezó a recoger.

Eloísa, bajando la vista hasta el improvisado mantel que era aquella toalla de rayas, guardó los restos de la merienda en su mochila. Lisardo le tendió la mano para ayudarle con el termo.

—Sus ojos —dijo él de pronto sin soltar el termo que ya sujetaba Eloísa.

—¿Cómo dices?

—El poema, el último, me refiero. Ha nombrado sus manos, su voz, su boca... pero no hablaba de los ojos de esa otra persona.

—Tal vez esa persona es ciega —sugirió ella.

—Sería una pena no poder contemplar a quien tan sugerentes palabras te dedica.

—Acábalo —le pidió en un susurro.

Todo el mundo había abandonado esa zona del césped y en cambio ellos continuaban allí, de rodillas, sujetando el termo entre los dos, como si este fuese el objeto más pesado del mundo, sin desenlazar sus miradas, a la espera del desafío que ella le había lanzado. Al cabo de unos segundos él alzó la voz:

—Y si unos ojos se posan en los míos esperaré el tiempo necesario para que, entre una multitud, tu dulce mirada se entretenga con la mía, huérfana durante años de esa luz que desprendes.

El tiempo pareció detenerse, así como todo movimiento a su alrededor. Tal vez el oxígeno dejó de circular en el espacio que compartían, puesto que ella dejó de respirar unas milésimas de segundo, como si el exhalar aliento implicase provocar un ruido ensordecedor que no le dejase escuchar esas palabras.

Eloísa tragó saliva y una incomodidad la invadió de repente, haciendo que soltase el termo que tan firmemente asía. Lisardo, percibiendo su desasosiego, acabó de recoger por ella y se incorporó para sujetar la mochila a la espera del siguiente movimiento por parte de Eloísa. Esta se puso en pie y dobló la toalla con premura, sin prestar atención a lo que hacía. Él se ofreció a cargar con la mochila.

Se encontraban de vuelta en la Puerta del Ángel Caído, aunque ella no supo cómo había ocurrido. De repente se vio en el mismo punto de partida de aquella cita, pero no había sido consciente de los pasos que había dado para salir del parque. No recordaba si él había hablado durante el trayecto de vuelta y no pudo evitar unos revoltosos nervios envolviéndola por completo, puesto que tampoco recordaba si se había dirigido a Lisardo.

El poder de las palabras de aquel poema, que él había acabado por la autora, la había emocionado realmente.

—Puedo acompañarte a casa si lo deseas —sugirió él, sacándola del trance de confusión en el que se hallaba envuelta.

Pero estaba demasiado nerviosa, tan emocionada que únicamente deseaba asirse al delgado brazo de aquel hombre para empezar a pasear con él, nada más. Pensó que ni siquiera necesitaba que le hablase de nuevo, solo sentir la calidez que su cuerpo emanaba y estar pegada a él ya le era suficiente para sentirse plena.

Cuando se encontraba a gusto con alguien necesitaba sentirlo cerca, sentir su contacto, tocar a otro ser era importante para ella. Rozar, acariciar, abrazar... en ocasiones esos gestos eran un discurso más efectivo que las palabras más inteligentes. Pero sabía que todo aquello que a ella le hacía sentir bien no era lo más apropiado entre ellos, de modo que, completamente atribulada, declinó su propuesta usando unas maneras demasiado secas y cortantes.

—Creo que es mejor que nos despedamos ahora. —Eloísa tendió la mano para que él le pasase la mochila. Se la colgó rápidamente y echó a andar decidida, dejándolo solo ante aquella reja abierta.

Erró en su rumbo de vuelta a casa y callejeó más de lo necesario. Más que andar, Eloísa parecía deambular entre los edificios, su caminar evidenciaba algo de desorientación. Y realmente lo estaba, desorientada desde hacía muchísimo tiempo ya, tanto que ni lo recordaba, perdida entre relaciones que nunca llegaron a nada pese a haber puesto todo de su parte. Porque Eloísa no sabía querer a medias, se daba por completo, llenando al otro de todo aquello que sabía que merecía.

Llevaba tanto tiempo sola, que pensaba que el tiempo que había compartido con otros hombres había sido como hacerlo en solitario, puesto que ella era la única que remaba hacia delante aun cuando las cosas estuvieran complicadas: animando y apoyando, queriendo y acompañando. Amando, siempre. Repartiendo a diario sonrisas, besos y abrazos, colmando de caricias, sugiriendo las más diferentes actividades para no caer presos de la rutina y evitar que el aburrimiento, y el día a día sin sorpresas, se instalase entre ellos.

Eloísa era esa otra parte de la pareja que se implicaba a tiempo completo en una relación. Pero no lo hacía de manera pensada, estudiada o premeditada, le salía sin más darse a manos llenas... para acabar con estas siempre vacías.

Lisardo le había asegurado que remaría por ella y, aunque no sabía si él se refería únicamente a hacerlo en aquel lago del parque, Eloísa prefería pensar que había sabido leer en ella, entendiendo la intención de su pregunta, y que se implicaría en lo que ambos pensaban formar: un matrimonio, falso, era cierto, pero ¿acaso no podían disfrutar de la experiencia siendo una compañía agradable el uno para el otro?

«¿Por qué no?», se dijo. Él era un completo desconocido y a pesar de eso, o por eso precisamente, porque no acarreaban un bagaje de experiencias juntos y nada tenían que reprocharse, Lisardo era una persona que la inundaba de una placidez serena, alguien que generaba la misma comodidad que se siente en casa, con pijama y zapatillas, arrellanados en el sofá.

No podía más que decirse a sí misma que estaba encantada con que fuese de ese modo, porque si llegaban a casarse la vida en común iba a ser sencilla, sin sobresaltos. Y realmente le apetecía mucho disfrutar de algo de paz y serenidad después de tantos años sumida en el estrés del

trabajo, a las órdenes de un tirano y con los sinsabores de sus antiguas relaciones.

Estaba eufórica con las perspectivas que se abrían en su futuro en lo que a lo personal se refería, pero cuando al fin cerró la puerta de su piso de alquiler, se echó las manos a la cabeza para revolver su melena recordando lo que acababa de ocurrir entre ellos.

—¡Estúpida! —se dijo; la sensibilidad extrema de aquel hombre no merecía el desagradecido mutismo con el que lo había obsequiado en su despedida.

Lara asomó la cabeza desde el umbral de la cocina. Pertrechada de un largo delantal, batía huevos con energía en un recipiente de plástico.

—Niña, ¿qué careto? Parece que has visto un fantasma, traes cara de espanto... ¿No habrás fornicado con ese hombre, verdad?

—¡Pero qué bruta eres! —se exasperó Eloísa ante la carencia de sensibilidad de su compañera—. De todos modos será mi marido dentro de nada, por lo que, la palabra para definir lo que estás pensando no sería «fornicar», precisamente.

—No cielo, si lo digo porque, tal vez Lisardo se ha mostrado ante ti como su mamá lo trajo al mundo y eso te ha dejado con el susto en el cuerpo. —Lara desapareció en el interior de la cocina y ella se limitó a ignorar su malicioso comentario.

Rebuscó entre los bolsillos de la mochila y sujetó con fuerza el móvil cuando lo encontró. Buscó el contacto que deseaba y lo pulsó, casi con ansiedad por escuchar su voz.

—Gracias —le dijo nada más oír el nítido «¿sí?» de Lisardo.

—¿Por qué?

—Por todo: por beberte mi chocolate y no quejarte de que abrasara; por saborear un bizcocho al que olvidé añadirle azúcar, por mostrar interés ante un recital de poesía callejero... Por dejar que nos acerquemos sin mostrar aburrimiento, sin regalar gestos de desesperación. Gracias por acoger todo de buen grado y además inundar mis oídos con palabras bonitas.

—¿Esto quiere decir que la despedida no era un adiós para siempre? —se detectaba un atisbo de preocupación en su pregunta.

Eloísa se echó a reír.

—Tranquilo, sigues teniendo en mí a una futura esposa.

—Entonces ha valido la pena incendiarme la lengua y destrozarme el estómago con la lava de tu chocolate.

Eloísa sonrió con satisfacción y se lanzó a hacer la siguiente invitación, esa que ya tenía más que decidida desde que sabía que él la había elegido a ella para formar parte de su historia.

—¿Filmoteca Alcalá, mañana a las cinco? —propuso con timidez a la espera de su respuesta.

—En punto, Eloísa.

Su sonrisa se estiró de manera considerable y así continuó, sin poder borrarla cuando su amiga volvía a la carga con sus pullas desde la puerta de la cocina:

—Nena, tú no estás bien, ¿para tanto ha sido la cita de hoy que sudas emoción?

—Me emociono porque Lisardo transmite paz; es sencillo, apacible, sensible... me gusta estar a su lado. —Se encogió de hombros—. ¿Quién no desearía a alguien así para compartir una vida?

—Probablemente él, cuando descubra esas disparatadas citas a las que le vas a someter.

# Capítulo 4

## Cuando creamos confianza

—Elige una —pidió ella, elevando la vista hasta los carteles donde se exponían las películas que la filmoteca reponía esa semana.

—No, elige tú. La idea de venir al cine ha sido tuya.

—No te preocupes, la voy a elegir, pero tú has de hacerlo también —le advirtió Eloísa.

—No te entiendo, ¿vamos a ver dos películas? —inquirió sorprendido.

—No, yo voy a ver la que tú elijas y tú verás la que elija yo.

—¿Qué sentido tiene está cita entonces si no vamos a estar juntos? —Abrió las manos en un elocuente gesto de incompreensión.

—Sí que vamos a estar juntos, pero eso ocurrirá al salir del cine. Y será el momento de que me cuentes la película, espero que con tanto lujo de detalles como sea posible.

—¿Qué fin tiene esto? —entrecerró los ojos y ahí, en ese gesto, pudo Eloísa percibir un atisbo de diversión, y esto fue algo muy agradable de contemplar para ella.

—Que nos miremos a los ojos, durante todo ese tiempo que dure tu relato y el mío mientras contamos las películas que hemos visto.

Lisardo fue a hablar, a decir algo, tal vez a protestar, pero cerró la boca y la miró con curiosidad. Ella solo esperaba que no rechazara su idea. Entonces vio cómo se fijaba en la cartelera y anunció casi con solemnidad:

—*El indomable Will Hunting*. Ahora elige tú.

—*Million dólar baby* —anunció Eloísa.

—Pues si me permites invito yo, para agradecer tu merienda de ayer.

Después de pagar, Lisardo le entregó su entrada y se despidieron en el amplio recibidor que comunicaba las salas. Donde se encontraron casi dos horas después para ir a disfrutar de un café, de lo más cinéfilo, en uno de los bares ubicados junto a la filmoteca.

Allí, se acomodaron uno frente a otro en una pequeña y elevada mesa, sentados en sendos taburetes. Sus frentes casi se rozaban, dado el reducido diámetro de la mesa. La había elegido así a propósito, nada de lo que ella hacía era casual en lo que concernía a su relación con Lisardo, todo tenía su porqué.

Eloísa hizo un relato extenso de *El indomable Will Hunting*. Repitió algunos diálogos, describió el carácter de los protagonistas y al acabar, sonrió al receptor de su narración que tan solo había bajado la vista en una ocasión: para añadir azúcar a su café. Después, ya no apartó sus ojos del rostro de la mujer que tenía enfrente.

Aquella anticuada cafetería parecía el salón de su casa. La intimidad que se había creado, en los escasos centímetros que los separaban, era como una pequeña burbuja en la que habían estado sumergidos mientras ella hablaba: aislándose por completo del resto de parroquianos que disfrutaban de sus bebidas, ignorando el sonido de fondo, la hora que era y los cafés que habían

pedido, puesto que ninguno de los dos lo había probado.

Eloísa fue consciente de que ya era la segunda vez que experimentaba esa misma sensación: la de estar tan concentrados el uno en el otro que nada más existía. En silencio, se felicitó por ello.

La primera parte de aquella cita había sido cubierta con éxito, ahora le tocaba a él y ella esperaba, expectante, el resumen de su película. Lo que Eloísa no podía haber llegado ni siquiera a intuir, es que la narración fuese tan detallada como para creer que estaba viendo las imágenes ante ella. Lisardo describía usando un vocabulario amplio, variado, repleto de un sinnúmero de sinónimos que enriquecían sus comentarios. Pensó que, sin duda era una delicia escucharle.

Si las escenas descritas eran duras, no dejaba nada en el tintero; y si por el contrario estaban cargadas de emotividad, entonces dotaba de dulzura y suavidad a sus palabras para hacerle llegar con más intensidad lo visto por él en la sala de cine. Tanto, que al final de la narración Eloísa se descubrió llorando, cuando él desgranó el momento en el que Clint Eastwood debe despedirse de Hillary Swank.

—Ha sido tan intenso... infinitamente mejor que cuando la vi —le confesó sincera enjugándose las lágrimas con las palmas de las manos. Para ella esa historia había adquirido un valor redoblado al ser narrada por boca de Lisardo.

—¿Ya la habías visto? —La vio asentir—. Entonces yo estaba en desventaja, no te he sorprendido en nada, incluso hasta puedes haberte aburrido —se lamentó echando su cuerpo hacia atrás para apoyar la espalda en el respaldo del taburete cruzándose de brazos.

—¡¿Aburrirme?! Pero si eres un orador excelente y yo he sido una privilegiada, porque es una de mis películas favoritas y escucharla de tus labios no ha hecho si no afirmarme en mis apreciaciones: lo preciosa que es esa historia. Si triste fue verla, desgarrador ha resultado escucharla de tus labios —nombrar esa parte de su rostro y mirar en esa dirección fue todo uno.

Pese a sus dientes, no podía negarse que él tenía una boca bonita, de labios llenos y bien dibujados. Casi siempre cerrados en un rictus, no serio, sino más bien tranquilo, apacible.

Y si sonreía, ella quedaba paralizada mientras sus labios oscilaban en esa curva hacia arriba que imprimía a su cara un gesto de plena felicidad, ya que parecía poner el alma en cada una de aquellas sonrisas regaladas a cuenta gotas. Entonces, Lisardo parecía iluminarse por dentro y su luz salía hacia afuera, haciendo que se sintiera bien, tranquila, reposada, satisfecha consigo misma, a gusto con lo que hacía; y lo que hacía no era sino dar los primeros, aunque fuertes pasos, para lo que esperaba que fuese el inicio de una bonita relación.

—Gracias, Lisardo, nunca había disfrutado tanto yendo al cine.

Abandonaron la cafetería y él pudo acompañarla hasta su casa. Una vez ante el portal, tocaba despedirse y Eloísa no demoró el final de aquella que había sido para ella una de las mejores citas que jamás había tenido.

—Hasta mañana.

—¿Dónde? —pidió saber él.

—Justo ahí enfrente. —Señaló con la barbilla hacia la tienda de objetos de segunda mano que había frente a su edificio.

—¿Tienes que comprar algo y quieres que te ayude a elegir? Porque mi gusto es muy precario en lo que a objetos decorativos se refiere —parecía advertir él.

—Vamos a decorar nuestro *curriculum* viajero.

Lisardo la observó durante unos segundos, atento a cada rasgo de su rostro, parecía intentar descifrar el enigma que sin duda esa mujer suponía para él. Ella tan solo esperaba que no hiciese preguntas acerca de la cita que les aguardaba para el siguiente día y que aceptase todo, de buen grado y sin preguntar, como había ocurrido hasta esa misma tarde. Y una vez más, él no la defraudó.

—Pues hasta mañana —se despidió con una leve inclinación de cabeza.

Ya introducía la llave en el portal cuando escuchó la voz de Lisardo de nuevo.

—Sin contar a ningún familiar, ¿alguna vez has sido para alguien la chica del millón de dólares?

Pensó en la protagonista de la película y en el modo en el que su entrenador la mimaba, la cuidaba y la quería; sufría por y con ella y eso era algo que a Eloísa nunca le había sucedido en una relación. Siempre se había sentido respetada y valorada por sus parejas, pero no amada, nunca había sabido qué era que la envolviesen con un halo de ternura sin necesidad de ser tocada o acariciada.

Sentir cariño y devoción con una simple mirada era algo que le habría provocado una intensa felicidad. Y precisamente eso era lo que había empezado a experimentar la tarde del recital poético cuando él le dedicó aquel verso, únicamente inventado para ella; de ahí que se paralizase en aquel momento en todas sus acciones, incapaz de mostrarle todo lo que le había hecho sentir, en cambio, actuó como si nada hubiese pasado. Pero sí había pasado y estaba ante el causante de todo eso nuevo que estaba sintiendo y que no deseaba dejar de sentir.

—La respuesta a tu pregunta es que si yo hubiese sido la chica del millón de dólares para alguien, ahora no estaríamos aquí, intentando fraguar una relación mientras nos conocemos.

—No diré que lo siento —se apresuró él a decir en un tono claramente malicioso. Y a ella le encantó escucharle hablar de ese modo antes de observar cómo desaparecía al final de la calle.

Con el corazón latiendo acelerado, subió hasta el segundo piso entre grandes zancadas por las escaleras. Entró sin aliento, abriendo la puerta de par en par; desde la entrada se accedía directamente al salón, donde Lara, echada cuan larga era en el sofá, la miró sin interés alguno.

—No me lo digas: ha sido superemocionante.

—Ha sido más que eso, pero da igual cómo te lo explique, no has estado allí, frente a él, sin dejar de mirarnos, escuchando de sus labios una historia conmovedora.

—Vamos, ¡la pera! —dijo Lara poniendo los ojos en blanco.

—Que sepas y entiendas esto: ¡no te aguanto! —anunció Eloísa de modo dramático.

—Ya lo sé, ¿por qué te crees que me largo de aquí? —inquirió Lara maliciosa.

Eloísa se acercó hasta ella y poniéndose de rodillas la abrazó, ¡la iba a echar tanto de menos! Habían sido compañeras de piso durante más de diez años; ahora se mudaba por trabajo y sentía que la dejaba tan sola... Lara era su única amiga, casi una hermana para ella, el resto de gente que conocía no podía calificarla más que de conocidos si los comparaba con lo que sentía por aquella chica.

—¿Sabes que puedes echarte atrás y dejar esta locura, verdad? —La preocupación de su amiga era patente incluso sin verle la cara al formular su pregunta.

Echó la cabeza hacia atrás para que se pudiesen mirar frente a frente. Lara la contemplaba enternecida desde sus pequeños ojillos negros.

—Nunca haría nada de lo que no estuviese segura, gracias por preocuparte siempre por mí.

El dueño de la tienda de objetos de segunda mano saludó a Eloísa y a su acompañante con una cordial sonrisa. Esa chica era una habitual en su establecimiento, casi nunca compraba nada pero ya había observado que le encantaba curiosear entre las estanterías. No perdía la esperanza de que algún día se decidiese por alguno de sus curiosos y envejecidos artículos.

—¿Qué hay, Eloísa?

—Buscamos postales, Alfredo, ¿dónde está la caja que encontré hace unas semanas repleta de esos antiguos tesoros?

—Al fondo, en la estantería situada junto a la mesa que tiene una foto de la reina Isabel II —indicó el dueño con un suave movimiento de mano.

—¿Te importa si las hojeamos tranquilamente sentados tras esa bonita mesa estilo colonial?

—Gracias por valorar tanto mis artículos, pero esa mesa tiene de colonial lo que yo de comerciante de té en las Indias Orientales —refutó Alfredo provocando las risas de sus clientes.

Encontrar la caja que buscaban no fue tan fácil como Alfredo les había dicho, si bien era cierto que estaba en la estantería indicada, antes de dar con ella tuvieron que mover multitud de objetos extraños y llenos de polvo.

Cuando al fin la colocaron sobre la mesa, Eloísa invitó a Lisardo a tomar asiento.

—¿Preparado para viajar? —inquirió entre sonrisas mientras apartaba a un lado el retrato, tras un marco dorado, de aquella soberana en sus años más jóvenes.

—Adelante.

—Elige las que quieras y envíamelas —anunció ella depositando sobre la mesa un par de bolígrafos que llevaba en su bolso.

—¿A qué dirección?

—¿No la adivinas? —preguntó juguetona.

Lisardo permaneció por unos instantes pensando, sin dejar de contemplar la caja de envejecida madera repleta de antiguas postales. Después estiró el brazo y eligiendo una al azar, la extrajo de entre el resto. Al hacerlo, unas motas de polvo flotaron en el ambiente, envolviéndolos a ambos; el sol que entraba a medias por una ventana cercana hizo que pudiesen contemplar cómo se elevaban hacia el techo hasta desaparecer de su vista.

La imagen elegida era la de una callejuela del barrio de los pintores de Montmartre. Eloísa se sabía de memoria el contenido de aquella caja, había rebuscado en ella en numerables ocasiones, llevada tan solo por el placer de viajar sin salir de esa tienda. Y eso era, precisamente, lo que había venido buscando al invitar a Lisardo esa tarde.

Vio como sujetaba con firmeza uno de los bolígrafos, entonces giró la postal y con decisión, escribió en la parte destinada al receptor de aquella colorida imagen.

—Para Eloísa, tienda del señor Alfredo. Número... aquí mismo —recitó cantarín mientras escribía, provocando las alegres carcajadas de ella—. ¿Empezamos?

—Empezamos —confirmó ella introduciendo los dedos en la caja a la búsqueda de un lugar exótico en el que nunca hubiese estado.

Eloísa eligió Tahití, una postal en la que aparecían unas preciosas chicas vestidas al usual modo de la isla. Después de escribir unas escuetas líneas, ambos las «enviaron» a sus receptores y por fin pudieron leer las palabras que se habían dedicado.

Después eligieron dos más: Casablanca y Taipéi fue la elección de Eloísa. Lisardo volvió a decantarse por París y dos nuevas imágenes: el Arco del Triunfo y la Torre Eiffel fotografiada en

contrapicado.

Y con esa última Eloísa decidió que le apetecía conocer el contenido, pero en esa ocasión escuchándolo de sus propios labios.

—De acuerdo —aceptó él su propuesta—, pero antes lee primero la que tú me envías.

Eloísa se aclaró la garganta y leyó:

—«Taipéi, noviembre de 2019. Querido Lisardo, he elegido un destino que para mí es una incógnita por completo. Nunca he leído nada acerca de esta ciudad y vengo a descubrirla y sobre todo a sorprenderme, necesito hacerlo, puesto que mi vida ha tomado un giro hacia un camino por el que no me siento a gusto transitando. Ahora, con este capítulo que se abre ante mí, solo deseo dejarme llevar. Suena a aventurarse hasta lo desconocido, pero lo hago con conciencia, con ganas y con todos mis sentidos alertas».

—¿No conoces Taipéi?

—No me importa Taipéi, al que no conozco es a Lisardo y a él me refería con mis palabras —anunció ella.

Sonrió mientras deslizaba la postal por la superficie de la vieja mesa para colocarla ante él.

—Adelante, lee la tuya —le animó.

Lisardo sujetó la imagen en blanco y negro de la Torre Eiffel entre el dedo índice y el pulgar de su delgada y huesuda mano.

—«París, noviembre de 2019. Saludos, Eloísa...».

—Por si no te has fijado: para mí no hay «querida Eloísa» en ninguna de tus postales —le cortó ella con un gracioso mohín sin dejarle continuar.

—Lo sé, lo he escrito yo —replicó con gravedad.

—Es una fórmula de cortesía, ¿acaso yo no soy merecedora de ella? —intentó picarlo, simplemente buscando alguna reacción en él. Deseaba conocerlo y cualquier gesto, más allá de ese siempre correcto y concentrado que casi siempre mantenía con ella, ya le servía para avanzar en la relación.

Lisardo, por toda respuesta, se quitó las gafas y pinzó el puente de su nariz con los dedos al mismo tiempo que cerraba los ojos. Después pudo escuchar su profunda inspiración y observó como soltaba poco a poco el aire, como buscando un modo de liberar tensión. Ya tenía su reacción: parecía agobiado. Y entonces, al verlo así, tuvo que reconocer que, si ella había provocado malestar en él, no era algo muy agradable.

A continuación, sin él pretenderlo, le hizo un maravilloso regalo: la miró, enfocándola con aquellos bonitos ojos color verde sin necesidad de esconderlos tras los cristales y esa fea montura. Su rostro cambiaba radicalmente sin ella y su mirada se intensificaba.

El corazón de Eloísa pegó un salto, casi como un volteo de campana en día de fiesta mayor, con banderitas de colores, fuegos artificiales y banda municipal incluida. Se dejó envolver por su mirada y sus bonitos y perfilados rasgos. Pero su pregunta quedó sin respuesta puesto que él sujetó de nuevo la postal y volvió a leer:

—«París, noviembre de 2019. Saludos Eloísa. Hoy es un día como muchos otros en esta ciudad, llueve y el cielo es gris, plomizo. Por fin he podido contemplar de cerca la Torre Eiffel. Me encuentro a sus pies, como si yo mismo hubiese hecho esta foto. No me he atrevido a subir, no sin ti, por eso esperaré a que decidas venir y entonces ascenderemos juntos, hasta arriba del todo. Pero hasta que ese momento llegue te seguiré echando mucho de menos... Tuyo, para siempre,

Lisardo».

Se la pasó con el texto boca abajo y volvió a ponerse las gafas. Eloísa quiso hablar, pero no pudo decir nada de sus bonitas palabras, Alfredo acababa de plantarse frente a ellos.

—¿Cómo vais, chicos? Dadme una alegría y decidme que os vais a llevar toda esa caja a casa.

—¿Y perdernos este ratito aquí, entre tantos objetos antiguos y curiosos?

—Bueno, siendo así —concedió Alfredo agradecido por el halago de Eloísa.

—Por hoy nos llevamos únicamente estas seis —dijo ella señalando hacia donde estaban las que ambos se habían «enviado»—. ¿Cuánto cuestan?

—Son un regalo, para animar a tu amigo a regresar.

—Lisardo es mi futuro marido —le anunció al dueño de la tienda con una espléndida sonrisa en la boca.

—¡Caramba! Pues enhorabuena.

—¡¡Gracias!! —le contestaron al unísono.

Salieron de aquel «museo de antigüedades» y se encaminaron hacia la acera de enfrente, donde se encontraba el edificio de Eloísa. La cita había acabado y tocaba despedirse. Pero en esa ocasión no sabía cómo hacerlo, debían citarse para un nuevo encuentro, pero no estaba convencida de que lo que llevaban haciendo desde hacía tres días fuese del total agrado de Lisardo. Su vista se dirigió hasta las tres postales que ella le había «enviado» y que llevaba en su mano derecha.

—Me ha gustado viajar contigo —le comunicó sin emoción alguna—. Pero quería decirte que me siento un tanto inquieto, porque la verdad, no tenemos mucho tiempo para conocernos antes de presentarnos ante mi familia. Pero nunca hablamos de nosotros y lo único que sabemos el uno del otro es a qué nos dedicamos.

—Lisardo, ¿tú le contarías tu vida y compartirías detalles íntimos de tu familia con una persona si no te sintieses cómodo estando con ella?

—No, la verdad es que no.

—Pues eso es lo que estamos haciendo: creando confianza, estableciendo un cordón de comodidad que llegue a unirnos, compartir citas en las que sentirnos a gusto el uno con el otro. De ahí a poner a disposición del otro nuestras vidas no va mucho; si previamente hemos disfrutado de nuestra presencia ya no seremos unos extraños, aunque no sepa cómo se llaman tus padres y desconozca si tienes hermanos.

—¿Hablar de todo salvo de nosotros? ¿Es eso lo que quieres? —inquirió frunciendo el ceño.

—Sí, incluso no hablar de nada y comprobar que somos capaces de estar juntos en silencio y que además lo disfrutamos.

—Siendo así... ¿puedo proponer alguna cita?

—¡Por favor! —le animó jubilosa.

—De acuerdo, cerca de mi edificio hay una cafetería a la que suelo ir con amigos, me gustaría invitarte allí a pasar la tarde. Más tarde te envío la dirección al teléfono.

Él no añadió nada más antes de marcharse, y al cabo de rato se descubrió absorta; había vuelto al momento en el que le reprochaba que para ella no tuviese un «querida Eloísa» en los encabezamientos de sus postales. No era más que una nadería, pero se mentía a sí misma si no reconocía que le habría gustado escucharlo, verlo escrito o al menos que le aclarase por qué no

había usado esa fórmula de cortesía con ella.

Suspiró hondo y rebuscó en el interior de su bolso para sacar las llaves, pero antes de encontrarlas su mano chocó con las postales que él le había escrito. Las extrajo con cuidado y repasó con la yema de su dedo índice sobre la pulcra y perfecta caligrafía que aquel hombre había dejado allí impresa.

En la de la imagen de Montmartre le describía el barrio de los pintores. En la del Arco del Triunfo le contaba que había callejeado hasta perderse antes de encontrar ese gran monumento. Pero sin duda la mejor, y más emotiva, había sido la de la Torre Eiffel. Contempló la imagen de nuevo y giró la foto.

A pesar de recordar bien el texto lo leyó de nuevo... para encontrar una sorpresa: escrito no aparecía la despedida de «siempre tuyo, Lisardo» que no hacía nada él le había leído. Sonrió de medio lado, esa frase había sido un regalo extra, un añadido improvisado tras el tenso momento que habían vivido en la tienda.

Subió en el ascensor hasta su piso y al abrir la puerta casi se da de bruces con su compañera, parecía esperarla.

—Y el resumen de la tarde es... —La señaló con la mano vuelta hacia Eloísa, como si en la palma ella le fuese a servir los comentarios que le estaba demandando.

—¡Es un amor de hombre, Lara! —dijo ilusionada, sin poder ocultarle su desbordante emoción a la mujer que, incrédula, se cruzaba de brazos frente a ella.

—Si crees que vas a ponerme los dientes largos cada tarde que estés de vuelta de tus encuentros con ese tío estás muy equivocada, te aviso —refunfuñó.

—«Pon un Lisardo en tu vida» —recomendó a modo de conclusión, antes de que Lara iniciara el mismo debate de todos los días acerca de su compromiso.

## Capítulo 5

### **Cuando no sabemos prácticamente nada el uno del otro, pero no nos importa**

Le bastó cruzar el umbral de la cafetería en la que él la había citado, para que Eloísa se dejase invadir por el cálido ambiente que inundaba aquel local. La decoración era de lo más ecléctica: ninguna silla era igual a otra y las mesas eran de lo más variadas, tanto en colores, como en tamaños y materiales de los que estaban hechas. También se veían grandes butacones colocados ante pequeñas mesitas de café y varios sofás tapizados de manera muy colorista.

Todos los clientes disfrutaban de sus bebidas mientras mantenían su atención concentrada en algún juego de mesa. En una estantería del fondo, a la que Lisardo la condujo, se apilaban numerosas cajas ordenadas. Eloísa dio un repaso a la colección que se abría ante ella, así, pudo distinguir juegos conocidos como eran el *Cluedo* o el *Scrabble*, también barajas de cartas y otros tantos juegos de mesa de los que no había oído hablar nunca.

—¿A qué te gustaría jugar? —preguntó ilusionado.

—Si digo que al parchís... ¿suena a poco aventurero y nada arriesgado? —Entrecerró los ojos y arrugó la nariz, inquieta por su respuesta.

Lisardo estiró el brazo hacia la balda más alta para rescatar de esa altura el tablero, junto a los cubiletes del juego solicitado por ella.

—Estaba nervioso por si te decidías por el *Monopoly*, ese juego y yo no nos llevamos nada bien, soy un mal negociador para la compra y venta.

Buscaron una de las coloridas mesas bajas y se acomodaron en sendos taburetes de piel negra, suave y muy desgastada, a la altura de la diminuta mesita.

—¿Preparada?

—¿Me dejas hacer trampas? —preguntó de manera pícaro juntando las manos.

—¿Eres de las que sacan cinco y se cuentan diez?

—O alguna más. —Guiñó un ojo, seductora.

—Soy un blando, me dejo —dijo levantando ambas manos.

—No hace falta que te dejes, basta con que te quites las gafas. Si no ves bien sin ellas mis trampas pasarán más desapercibidas todavía.

Sus rostros se encontraban muy próximos, tanto como el día que compartieron películas en la cafetería frente al cine. A Eloísa le apetecía disfrutar de sus ojos al completo en esa cercanía obligada, debida a un diámetro de mesa que invitaba a confidencias, aunque esas, sabía que no era aún hora de tenerlas. También invitaba a besos, pero no, de estos tampoco habría... Pero lo que no podrían evitar era el intercambio de miradas y todos aquellos pensamientos que provocasen estas y que intentarían descifrar uno en los ojos del otro.

«Sí, Lisardo, va a ser una partida de parchís de lo más interesante y entretenida», se dijo

convencida. Y para ello iba a lanzarse a ayudar un poquito.

—¿Puedo? —pidió ella con timidez y profundo respeto al estirar su mano antes de sujetar sus horribles gafas.

El asentimiento de Lisardo hizo que ambas manos volasen hasta las patas de sus gafas para quitárselas con cuidado y después guardarlas en el interior del pequeño bolso que había dejado reposando en el suelo.

—Para mí fichas rojas y amarillas. —Las dispuso en su lugar mientras Lisardo hacía lo propio con las verdes y las azules—. Pues ya estamos listos —dijo ella sujetando su cubilete para hacer sonar el dado con energía en el interior.

Ese sonido repiqueteante se repitió a lo largo de toda la tarde. Jugaron varias partidas, durante las cuales únicamente se les escuchó para contar las casillas que el dado indicaba y alguna que otra risa de júbilo por parte de Eloísa en cada ocasión que sacaba un seis o ganaba.

La despedida esa tarde fue frente al portal de la casa de Lisardo.

—Como ya sabes donde vivo, ¿te parece si mañana vienes y te cocino mi plato preferido?

—¿Una comida? Sí, me apetece comer contigo —dijo ilusionada.

—Yo no he dicho nada acerca de comer. —La seriedad con la que habló fue desconcertante.

—¿Y entonces? —dijo ella sin entender su propuesta.

—Y entonces, tendrás que venir para verlo. Nos vemos a las doce, para hacer la compra.

Segundo C.

—De acuerdo —accedió sin discutir, tal y como él siempre hacía con sus propuestas—. Pues hasta mañana.

Ya se perdía calle abajo cuando recordó que las gafas seguían en su poder. Rápidamente giró sobre sus propios pasos y al hacerlo, descubrió que Lisardo permanecía inmóvil ante su puerta, le sorprendió que no la hubiese llamado cuando tan necesarias eran para él las gafas. Cuando se situó a su altura se miraron con atención, él parecía querer decir algo, pero no se acababa de lanzar por algún motivo.

—Mi miopía no me permite distinguir bien las figuras a según qué distancia —dijo al fin.

—¿Por qué no me has avisado para que te las devolviese? Las había olvidado por completo.

—Quería ver lo que sentía —alegó sin apartar la vista de su rostro.

—No te entiendo. —Eloísa se inquietó, pero una inquietud muy parecida a la de días atrás en el parque, cuando él le regaló unas bonitas palabras hechas poesía sobre sus ojos.

—Conforme te ibas alejando no era capaz de apreciar bien todos los detalles que conforman tu físico, todas esas características que te describen. Has llegado a una altura de la calle en el que ya no sabía si eras tú u otra persona, te has integrado entre el resto, ya no te distinguía, no veía nada... Ha sido como perderte. —Su mirada, clavada sobre los ojos de Eloísa era tan intensa que casi lograba intimidarla.

No esperaba una confesión así y no pudo evitar emocionarse, los ojos se le aguaron con rapidez y prefirió bajar la vista para disfrutar del momento. Pero él de nuevo volvía a quedarse en silencio y entonces aprovechó para buscar las gafas en su bolso. Al alzar los ojos no supo si tendérselas o ponérselas ella misma, y como esto último era lo que realmente le apeteecía, optó por deslizarlas sobre el puente de su nariz con delicadeza.

—No me ha gustado esa sensación de pérdida. Me he sentido mal, extraño, casi asustado.

—Entonces no dejes de mirarme —avisó ella regalándole una gran sonrisa.

—Eloísa... ¿lo de quitarme las gafas era únicamente una broma para no ver tus trampas mientras jugábamos?

—¡¡¿Todavía no lo has entendido?!!

—No, la verdad —parecía realmente confuso.

—¡Lisardo! —protestó entristecida. No comprendía la confusión de aquel hombre tras todas las miradas cómplices que habían intercambiado esa tarde, más intensas que nunca, puesto que poder disfrutar de sus ojos, sin el parapeto de la montura de sus gafas, era algo muy agradable de contemplar.

«Y ahora resulta que no entiendes que me agrada mirarte y que tú me mires con esos ojos color aceituna», se dijo frustrada.

—¡Pues no te lo voy a explicar! —explotó enfurecida—. Te dije el día que nos conocimos lo que pensaba de tus gafas. Sé que tu oído funciona perfectamente, lo que no entiendo es por qué te niegas a escuchar.

Eloísa echó a andar, no pensaba decir nada más, taconeaba deprisa deseando alejarse de allí.

—¡¡Quizá tiene algo que ver con que he sido prácticamente invisible para el mundo durante toda mi vida!! —alzó la voz para que llegase hasta la distancia que ya les separaba.

—Quizá tu mundo ha empezado a ampliarse y ya no eres invisible, ¡¡pero sí ciego!! —le espetó también alzando la voz cuando se hubo girado.

No pensaba esperar una nueva réplica y volvió a emprender el regreso a casa. No estaba de humor para aguantar las gracias de Lara y no sabía cómo iba a reaccionar cuando esta se pusiese a criticar, por enésima vez, lo que ocurría con su vida.

Atravesar la entrada de su piso y enfilar directamente hasta su habitación, todo fue uno. Su compañera, que no se daba por vencida con facilidad, la persiguió. Al segundo la tenía llamando a la puerta con un repiqueteo contra la madera que sonaba muy musical.

—Lara, no, ¡por favor! —le pidió molesta—. No estoy de humor.

—¿Os habéis peleado? Dime que sí.

Irritada y dolida con su súplica, se incorporó de la cama donde se había echado y le abrió la puerta; si no la enfrentaba sabría que no lograría que su amiga callase.

—¿Qué te ha dado con Lisardo? —le recriminó Eloísa, aburrída de sus comentarios.

—¿Qué te ha dado a ti para que quieras casarte con un extraño? —le recriminó Lara a su vez. Crispada, terriblemente frustrada, se lanzó a hablar.

—Me ha dado un arranque de soledad, porque estoy sola, Lara, por si no te has dado cuenta: con mi familia en otro país; sin compañeros de trabajo, para los que no existo desde que me despidieron; sin mi mejor amiga, ¡que se marcha en breve lejos de mí! —Sin apenas darse cuenta había ido elevando el tono de voz—. Me ha dado que, lo que en un principio inicié por dinero ahora me ha hecho descubrir a una persona tan o más sola que yo, alguien cuya presencia hace de mi vida algo alegre, agradable, cuya compañía buscaría a todas horas porque en nada tengo que ocupar todas las tristes horas de mi día a día.

Tomó aire para poder pasar las ganas de llorar que se le estaban acumulando en los ojos desde que se había despedido de Lisardo.

—¡Lara! —gimió—. Es bueno, noble y generoso, disfruta con mis ocurrencias, sé que le hago feliz, y él me lo hace a mí, ¿qué hay de malo en compartir tu vida con otro y poder alegrarnos los días mutuamente? Lo hago contigo, llevo haciéndolo años ya desde que compartimos piso.

—Te olvidas de que no estamos casadas.

—¿Y qué más da? Es un papel, un trámite pero que va a servir para vivir la misma situación que tú y yo tenemos: hacernos compañía. —Sujetó las manos de Lara en un intento de reforzar lo que estaba diciéndole.

—¿Tengo que recordarte que tenéis un trato y que este tiene fecha de expiración...? ¿Semana santa dijiste, no?

—¿Y si Lisardo y yo conseguimos que esa fecha de expiración desaparezca de la ecuación y tan solo nos quedamos él y yo?

El teléfono de Eloísa sonaba insistente en el interior de su bolso, lo ignoró por respeto a Lara y a la conversación que no habían acabado; pero los timbrazos no dejaban de repetirse y se decidió a ver qué era tan urgente.

Al mirar la pantalla comprobó que era Lisardo y se lo hizo saber a Lara. Esta se disponía a alejarse rumbo a la cocina cuando, sujetándola del brazo, la detuvo. A continuación pulso el manos libres. No tenía la más remota idea de qué era lo que deseaba decirle ese hombre, pero sí tenía claro que quería que su compañera lo escuchase.

Nada más descolgar él se lanzó a hablar.

—Estamos disgustados, lo sé, lo que ya no tengo tan claro es en qué grado: un enfado simple, un gran enfado o si ha sido una pelea. No llamo para disculparme, un ciego lo es por alguna razón y sea esta la que sea no se le puede culpar por su ceguera: nació así o algo ocurrió para quedarse sin vista. No tengo la culpa de no ver lo que tú, porque nadie lo ha visto antes, ante eso: ¿qué debo pensar? ¿que te burlas? Espero que no, no intuyo en ti esa necesidad que tienen algunos de herir. Entonces, ¿simplemente quieres agradar? No es necesario, Eloísa, eres agradable incluso sin abrir los labios, sin pronunciar palabra alguna.

Lara se mordía el labio inferior atenta a las palabras que salían por el altavoz del teléfono y Eloísa miraba a un punto indefinido de la pared que tenía frente a ella.

—Sé que soy una persona agradable, pero lo que nunca he sido es mentirosa. Para mí tus ojos son bonitos, quizá tú no lo crees, y no porque nunca te lo hayan dicho, sino porque no sabes cómo miras. La belleza no está tanto en su forma, tamaño y color sino en el modo en el que los usas. — Un nudo le atenazó la garganta, pero se obligó a seguir—. Tu mirada es limpia y transparente, ¡porque tú lo eres! Y esas cualidades salen hacia afuera, haciendo bellos a tus ojos. ¿Cómo no iban a gustarme si me miras de muchos modos y todos ellos son especiales?

Se hizo un silencio a ambos lados del teléfono y continuó:

—Estoy dolida con el mundo por hacerte sentir así.

—Y yo estoy dolido contigo porque intentes hacerme ver algo que no existe, el mundo lleva mucho tiempo diciéndome lo que soy, lo ven ellos y lo veo yo, ¡no intentes cambiar lo que no se puede! —se exasperó Lisardo—. Puedes darme una razón o veinte seguidas si quieres, ¡da igual!, no vamos a discutir esto, porque discutir no entra en nuestra «historia». —Esa palabra le llegó con acritud a Eloísa, como una clara advertencia.

Y ella no sabía qué decir para intentar calmarlo.

—Eloísa, no somos la bella y la bestia, al final no se va a producir la metamorfosis. No intentes darme consejos para que haga «mejoras», no seas como mi madre, diciéndome lo que debo cambiar.

Se indignó con su comentario, le dolía, y mucho, que pensase así de ella.

—Jamás intentaría cambiarte, eso es algo que debes hacer tú solo, sin consejo de nadie, si es que te apetece hacerlo. Te pido perdón si es la impresión que te he dado, pero una cosa sí debes concederme: si llevas toda la vida escuchando a todo el mundo creo que justo es que me escuches cuando yo opino.

—¿Y para qué iba a servir? Tanta gente no puede estar equivocada en sus apreciaciones sobre mí.

—La diferencia es que yo nunca hago apreciaciones, digo la verdad y según parece por tus reacciones, la verdad duele. Pero hay que aceptarla, siempre, aunque no desees verla, pero si te animas a aceptarla quizá compruebes que todo el mundo estaba equivocado, incluido tú.

—Eloísa...

—Querido Lisardo —le cortó sin dejarle hablar—, ¿por qué la opinión de los demás vale más que la mía?

—Porque tú no buscas herir y se me hace extraño, nuevo, raro... ¡¡imposible!! —Sus palabras llegaron cargadas de tristeza. Lara y Eloísa se miraron, la primera con arrepentimiento, y ella con ganas renovadas por continuar con el plan original por el que había contactado con aquel hombre.

—Yo soy alguien nuevo en tu vida, una extraña, rara en organizar citas y haré lo que parecía imposible: que te presentes ante la familia con tu mujer.

—¿Crees que conseguiremos llegar a ese día después de lo de hoy? —preguntó él con timidez.

—Lo de hoy no llega ni a enfado. Hasta mañana, Lisardo.

—Siempre tuyo, Eloísa.

La cita para que Lisardo le explicase cómo hacer su plato favorito fue más divertida de lo que un principio podía parecer. Primero hicieron la compra en un supermercado cercano a su edificio. Después pudo conocer la casa a la que se mudaría en breve: dos amplios y luminosos dormitorios y una habitación convertida en sala de grabación donde él componía, ayudado por el espléndido piano de cola que presidía aquella estancia. Por último, comprobó la soltura que él tenía en la cocina, un espacio reducido pero equipado hasta el último detalle y que se abría a un diáfano salón.

Con unas explicaciones claras y concisas preparó ante ella lo que a simple vista parecía una deliciosa musaka. Mientras se acababa de hacer en el horno, Lisardo deleitó sus oídos tocando para ella un pequeño repertorio de canciones. Y por si acaso Eloísa ya no lo había hecho mientras él cortaba, pelaba y troceaba los ingredientes, durante esos momentos musicales pudo acabar de embelesarse con la agilidad y destreza de sus largos y finos dedos sobre las teclas. Arrancando con maestría las notas de piezas clásicas y otras no tanto, como cuando solicitó una de sus canciones preferidas: *Bohemian Rhapsody*, de Queen.

Cuando el plato estuvo listo llegó el momento cumbre de aquella jornada: Lisardo buscó un recipiente de cristal, en el interior del cual depositó la mitad de la musaka, después, cortó un gran trozo de papel aluminio para cubrir el bol y finalmente se lo tendió.

—¿Y esto? —inquirió ella sin entender lo que acababa de hacer.

—Para que comas, ¿no te apetece?

—Sí, ahí sentada, contigo a la mesa —indicó hacia el salón.

—Conmigo a la mesa tendríamos que hablar y usted, señorita, se larga ahora mismo, porque conocernos no entra dentro de su plan. Hasta su próxima cita. Envíame el lugar y la hora por wasap, hoy ya hemos hablado demasiado.

Antes de que se diese cuenta la estaba acompañando a la puerta. Posando casi con levedad su mano sobre la espalda de Eloísa, la empujó hasta el descansillo para, por último, cerrarle la puerta prácticamente en sus narices. Ya fuera de su casa dejó escapar una alocada carcajada ante el peculiar sentido del humor de aquel hombre.

De regreso a su piso degustó la musaka sin poder borrar la sonrisa de su rostro. Le había encantado la idea de la cita de ese día.

Y del mismo modo ocurrió la tarde siguiente, cuando acudieron a la galería de arte donde ella lo había citado. Lara ya le había hablado de ella, de lo curioso de las obras allí expuestas y quiso verlo por sí misma.

Los ojos de ambos descubrieron formas artísticas de lo más variado: lápices de colores esparcidos sobre una mesa de quirófano, televisores antiquísimos dentro de un contenedor, envases de yogur vacíos en una papelería, álbumes de fotos abiertos dentro de una bañera... Tanto que ver, todo tan extraño... Y lo más curioso para ellos fue leer el pertinente cartelito explicativo de cada obra con lo que deseaba representar el autor.

Estuvieron casi una hora vagando por las salas entre tanta excentricidad, comentando, sorprendiéndose cuando lo extraño de la exposición les superaba. Lisardo no podía dejar de reír cuando ella le avisó: «Era o venir aquí o ir a misa... allí también hay que estar juntos y en silencio».

No dejaron de citarse ni una sola tarde, alternándose en las propuestas para lo que harían durante esas horas que tendrían que compartir:

Él la invitó a un concierto de órgano en la catedral.

Ella propuso resumir una novela, y así lo hicieron, del mismo modo que ocurrió en la cita del cine. Lisardo eligió *La luz que no puedes ver*. Eloísa, en cambio, dejó a un lado la seriedad y quiso sorprenderlo con una narración infantil que leyó siendo niña, donde el pequeño protagonista no dejaba de cometer travesuras.

Él propuso compartir wasaps. Para ello, volvieron a citarse en el Parque del Retiro, donde buscaron asiento en un banco desde el cual debían observar a la gente que paseaba y simplemente describir lo que veían, contándolo a través de mensaje. De estos salieron comentarios muy curiosos que dieron pie a inventar historias para muchos de aquellos extraños que desfilaron ante sus ojos.

La tarde siguiente la propuesta vino de Eloísa: ver una película en su casa.

—Cine en el sofá, palomitas, refresco de naranja y el silencio entre nosotros, ¿te apuntas?

—Sí, desde luego, pero ¿podría ser en mi sofá? No creo que me sienta muy cómodo si tu amiga Lara está en vuestro piso. —Su cara, azorada por la confesión que estaba haciendo, era de lo más enternecedora.

—Claro, sin problemas.

—Pero no se lo digas, no quiero que siga creciendo su animadversión hacia mí.

Eloísa intento hablar para disculpar de algún modo a su amiga, pero él no la dejó.

—No necesitas decirme nada, en serio. Sé que no le gusto, pero entiendo que se preocupe por ti y este plan de boda que tenemos entre manos.

Su respuesta fue simplemente sonreír a Lisardo, no era necesario añadir nada más.

La noche siguiente, se acomodaron en el sofá y disfrutaron de una comedia romántica sin grandes pretensiones, pero que les hizo dejar escapar la carcajada en más de una ocasión. Al acabar la película, Eloísa lanzó una propuesta que dejó completamente descolocado a Lisardo:

—Me gustaría dormir contigo —le soltó mientras le ayudaba a recoger el bol con las palomitas que habían sobrado y los vasos de refresco.

La mano de él quedó en suspenso sobre la pila del fregadero sujetando los vasos, las cuencas de sus ojos no podían haberse agrandado más de lo que en esos momentos ya estaban.

—Creo que compartir esa experiencia puede hacer que nos sintamos bien el uno con el otro, y si conseguimos estar cómodos compartiendo cama la convivencia no debe de ser muy difícil, ¿qué me dices?

—Que de acuerdo —dijo al fin sorprendiendo a Eloísa con su aceptación.

La acompañó hasta la habitación y entre los dos prepararon la cama.

—Cambié las sábanas ayer, pero si lo prefieres las cambio de nuevo.

—Siempre hueles a limpio y no creo que sea diferente con tu ropa de cama. Lo que sí necesito es alguna camiseta, no he traído ropa para pasar la noche.

Lisardo buscó una en los cajones de la cómoda y se la tendió, después pasó al interior del baño a cambiarse. Se deshizo de sus vaqueros y de su bonita blusa negra de cuello y puños rizados, para pasar a deslizarse en el interior de la holgada camiseta de algodón blanco que él le había prestado. Se lavó los dientes de la manera más rudimentaria: usando su dedo cubierto de pasta.

El reflejo del espejo, al ejecutar esa rutina de higiene, le mostraba a una chica de mejillas arreboladas ante la que sin duda era una invasión en la intimidad de aquel hombre. No había sido premeditado, había surgido sin más mientras veían la película y le apetecía probar esa experiencia con él, una tan simple como inocente: dormir, compartir la cama, no había más en su propuesta y sabía que, si él ya había empezado a conocerla, entendería bien qué esperaba de todo aquello. Era algo incitante y esa proximidad podía provocar muchas cosas, seguramente desasosiego en ella, simplemente al pensar que la pudiera rozar con sus manos. Pero no deseaba que fuese esa noche. No, en esa ocasión nada iba a pasar entre ellos y tenía la certeza de que él lo sabía.

Con rapidez le envió un mensaje a Lara para avisar de que no iría a pasar la noche a su piso. Pero silenció el teléfono de inmediato, lo último que le apetecía era leer alguno de sus jocosos comentarios. Sin duda estos habían perdido intensidad tras la llamada telefónica de Lisardo que ella le había permitido escuchar a través del manos libres, pero invariablemente seguía dejando caer alguna pulla que otra.

Al salir del baño él ya se había colocado el pijama: camiseta y pantalón largo en un anodino color gris claro. Sin darle apenas tiempo a Lisardo para que se fijase qué tal le sentaba su camiseta a una mujer, se metió entre las sábanas mientras él se cepillaba los dientes. Intentaba adivinar en qué lado dormiría él, cuando descubrió que este la observaba desde el umbral del

baño y lanzó sobre ella lo que parecía una advertencia:

—Esto no será necesario una vez nos hayamos casado.

—Lo sé, ya vi el otro día la excelente cama que tienes en la habitación de al lado, no te obligaré a pasar por esta tortura de nuevo.

—¿Tortura? —inquirió él divertido.

—Lara dice que no dejo de moverme —avisó.

Lisardo fue junto a ella y se deslizó entre las sábanas. Antes de recostar la cabeza sobre la almohada se quitó las gafas y las dejó sobre la mesita, después la miró largamente, sin su protección de cristal.

—Buenas noches, Eloísa —dijo con gravedad.

—Hasta mañana, querido Lisardo —respondió ella con dulzura.

Después apagó la luz y se giró para darle la espalda. Eloísa se inquietó pensando que tal vez no pudiera dormir y no hiciera más que molestarlo. Ella no tenía trabajo al que acudir temprano, pero no así Lisardo, y lo último que deseaba es que él amaneciese sin haber pegado ojo. En esas tribulaciones estaba cuando escuchó su voz saliendo de la oscuridad.

—Así que dices que huelo a limpio... —se había girado y la miraba semiincorporado.

Su vista se había acostumbrado a la penumbra de la habitación y pudo ver bien sus ojos.

—Sí —dijo algo confusa con su comentario, no entendía a qué venía. Esperaba no haberlo molestado y de ser así no habría entendido el porqué.

—No suena muy masculino ni embriagador —dijo él un tanto mohíno.

—Entonces tabaco y cuero —anunció ella como si de una recomendación encubierta se tratase.

—Suena excitante, primitivo. —El tono de esas palabras saliendo de sus labios tuvieron el efecto de excitarla.

—Y a la vez reconfortante y sensual. —Y ahora, el tono de Eloísa, sonaba demasiado provocador sin pretenderlo.

Lisardo volvió a su posición inicial, acostado de espaldas a ella. Se hizo de nuevo el silencio.

—¿Quién olía así, Eloísa?

Nadie que ella hubiese conocido. Era una fragancia que había olido hacía años ya y que le resultó muy masculina e increíblemente embriagadora, pero nunca se atrevió a regalarla, ni siquiera a sugerirla, puesto que nunca le había gustado imponerse sobre los gustos o preferencias de sus parejas. La respuesta era por tanto clara y contestó de inmediato:

—Ningún hombre ha olido así para mí.

A la mañana siguiente cuando despertó, Lisardo ya no se encontraba en la cama. Comprobó la hora en su teléfono, eran más de las nueve y sabía que él ya no estaría. Al encaminarse hasta la cocina descubrió sobre la encimera un plato con unos deliciosos trozos de esponjoso bizcocho y un termo que, si no se equivocaba, contendría chocolate. Junto a estos elementos encontró una nota y la sujetó de inmediato para leerla:

«Y si la lava de tu chocolate llega algún día a quemar de nuevo mi inquieta lengua, que esta se detenga, porque sin duda prefiero mil veces morir antes que proferir palabra alguna que pueda herir y hacer que se endurezca un corazón como el tuyo, dulce y tierno como este bizcocho».

Las alegres carcajadas de Eloísa se mezclaron con unas emocionadas lágrimas: reía y lloraba

al mismo tiempo. Se sentía feliz y no quería dejar de serlo.

# Capítulo 6

## Cuando ya somos marido y mujer

La belleza de Eloísa resaltaba de manera hiriente, debido a la pureza del vestido de encaje blanco en el que se había enfundado para perpetrar aquel embuste de matrimonio. Lara la miraba consternada mientras los fotografiaba intercambiando las alianzas de casados. Esas que habían elegido dos días atrás junto al anillo de pedida. Sus recuerdos volaron con rapidez hasta aquella distinguida joyería.

—Elige el que más te guste —invitó Lisardo cuando entraron a la tienda.

Incrédula, Eloísa dudaba del ofrecimiento.

—¿Por qué? ¿Para qué? —le preguntó sin entender.

—Antes de casarse hay que prometerse, ¿no? Bueno, pues lo haremos bien, con el anillo que elijas ahora serás mi prometida.

El dueño de la joyería los miraba expectante, a la espera, sin duda, de hacer una sustanciosa caja con aquella pareja.

—Si es tan amable, ¿nos deja un momento que decidamos? —le preguntó Eloísa con educación a aquellos ojos con el símbolo del euro reflejado en sus negras pupilas—. No es necesario hacer esa compra —le dijo a Lisardo cuando el joyero estuvo relativamente lejos de sus palabras.

—Quiero hacerlo, deja que lo haga.

—Pero es un gasto innecesario, un trámite absurdo —añadió con pena por el derroche sin sentido, ese del que, por desgracia, era consciente desde que no tenía trabajo.

—Quiero tener una prometida —dijo él con algo parecido a la ilusión en la voz.

—Nos casamos pasado mañana —le recordó, por si había olvidado ese dato.

—No me perdonaría no haber dado los pasos correctos para que esto sea lo más real posible. A ver, dime, ¿cuántas veces has estado prometida?

—Ninguna.

—Pues entonces, juega conmigo a esto... Yo he jugado a todo con tu plan de citas ¡Di que sí! —parecía suplicar.

—Está bien —asintió divertida con su propuesta—. Pero debes elegirlo tú si jugamos según las normas.

—De acuerdo. —Alzó la mano para atraer la atención del dueño y en cuanto este se plantó ante ellos, Lisardo, sin pensarlo dos veces, señaló con el dedo índice sobre el cristal de la vitrina que había entre ellos—. Quiero ese anillo, el tercero empezando por la derecha.

Eloísa miró con curiosidad mientras el joyero lo sacaba de su refugio y se lo pasaba a Lisardo, este no tardó en colocarlo en el dedo correspondiente. Los tres miraron maravillados el resplandor que los diminutos diamantes que rodeaban el aro desprendían desde su nueva ubicación.

—Excelente elección —aplaudió el vendedor.

Eloísa, regresando mentalmente al ayuntamiento donde acababa de contraer matrimonio, admiraba encantada cómo la alianza de casada, un sencillo aro de oro amarillo, encerraba el anillo de prometida. Su madre siempre los había lucido así y ella deseaba hacer lo mismo: llevarlos en el mismo dedo, porque quizá uno atrapaba el otro como una promesa de algo que le hubiese gustado tener en su vida, de ser realmente sincero el enlace que estaban celebrando.

Un alegre «puede besar a la novia» resonó en la diminuta sala de la casa consistorial prácticamente vacía, haciendo que ambos separaran los ojos de sus dedos entrelazados para posarlos en sus labios, enmudecidos tras darse el «sí quiero». Eloísa miró enternecida al hombre que tenía ante ella. Se había sorprendido con su aspecto al verlo llegar hasta donde Lara y ella esperaban en el recibidor del pequeño ayuntamiento.

Tras unos minutos de tensa espera por parte de la novia, él había aparecido en la puerta principal, acompañado de otro hombre, en el que prácticamente no había reparado, puesto que había fijado la mirada en los andares decididos de Lisardo encaminándose hasta ella.

Recordó el modo en el que dos días después de su primera entrevista en la cafetería, él le había enviado un escueto mensaje al teléfono en el que le indicaba que deseaba iniciar la historia con ella, dando a entender así que la había escogido.

Ese día Eloísa se quedó con las ganas de saber cuántas chicas habían respondido al anuncio, sentía verdadera curiosidad, sobre todo quería saber si se había entrevistado con más candidatas o ella había sido desde el principio su primera opción. Decidió que guardaría su duda para lanzarla en el momento conveniente.

Sin separar los ojos de Lisardo al plantarse ante ella, rastreó su atuendo para observar cómo había elegido, para unirse en matrimonio un pantalón vaquero pitillo color negro, de tiro bajo que marcaba, lo apreció con agrado, unas bonitas caderas; la camisa blanca acompañante, que más tarde la novia descubriría un tanto arrugada, remetida en los pantalones, acentuaba su delgada figura de anchos hombros. Sin duda, bajo su sempiterno chándal escondía un bonito y cuidado cuerpo.

Pese al frío, lucía una sencilla americana negra, y una estrecha corbata también de color negro que Eloísa pensó le daría al acto algo de falsa seriedad. Su pelo lucía recogido en aquella coleta que ella detestaba y que intuía que era el trámite más fácil que él había encontrado para despreocuparse por su pelo, ese al que no prestaba nada de atención, salvo para lavarlo.

Inmóvil y en silencio, había esperado a su prometido a los pies de la escalera. Haciendo esta, en esos momentos, de improvisado altar: era la novia la que esperaba al novio en esa ocasión y no al revés.

Y lo había aguardado ansiosa, nerviosa, con ganas de extender los brazos hasta él, hasta el hombre al que, gracias al par de semanas que llevaban de largas citas y divertidos encuentros, ya empezaba a conocer: una persona tímida y retraída que utilizaba su música para que los demás le conociesen tal y como era; un ser sensible en extremo, que había hecho de su aspecto físico su escudo. Ese en el que ella no creía que rebotasen los comentarios y las miradas tal y como él quería demostrar al mundo.

Tras desposarse, Lisardo se desenlazó de la mano de su mujer del mismo modo que si esta ardiese y a ella le dolió su premura por soltarse. Ya había observado que evitaba todo contacto corporal y no sabía cómo iban a salir del que consideraba uno de los trámites más hermosos que pudiese existir entre un hombre y una mujer: el de besarse una vez declarados marido y mujer.

Su mirada voló por encima del hombro de su flamante esposo para descubrir los despavoridos ojos de Eduardo, el amigo y testigo del enlace; Lara, junto a él, no presentaba mejor semblante. Aquellas dos personas eran a la vez confidentes y testigos del falso amor que acababan de jurarse sus respectivos amigos.

Entonces volvió a mirar a Lisardo y este se inclinó hacia ella. Un dulce y penetrante aroma a cuero y tabaco, ese que desprendía el perfume que tanto le gustaba para un hombre, le llegó en una inspiración, junto a su cuello. Se estremeció de puro gusto cerrando los ojos ante aquella sensual y masculina fragancia. No pudo más que sonreír satisfecha.

Él se acercó más, lentamente, para envolverla con sus largos y delgados brazos y susurrarle sobre el oído, con la voz más cálida que nunca le hubiese escuchado a nadie, un emocionado y sincero «gracias».

Eloísa se sintió plena, dichosa con ese lazo físico en el que él la envolvía y los dos llenaron casi al mismo tiempo sus pulmones de una bocanada de aire que reconfortaba a medida que inundaba sus pechos. Al separarse, se sonrieron alegres y fue el momento perfecto para que ella depositase sobre aquella suave mejilla un beso, tímido, pero rebosante de los mejores deseos de la nueva historia que se abría ante ellos.

Días después del enlace, Lisardo le había ayudado con la mudanza, sorprendido ante la cantidad, casi industrial, de ropa que poseía.

—Te dije que te ayudaba con la mudanza, no creí que fueses a montar una tienda de moda. — Lisardo, con ojos incrédulos, no dejaba de recorrer con la mirada la cantidad de bolsas y fundas que había desperdigadas en la entrada del salón—. ¿Y todas esas cajas?

—Zapatos —dijo ella con desgana.

—No, ya, imagino, pero quiero decir: ¿están llenas?

—Claro, no voy a mudarme y a llevarme cajas vacías.

—Pero ¿cuántos pares de zapatos necesita una mujer? —Lisardo sonaba casi ofendido.

—Una mujer no sé, yo muchos... Bueno, al menos antes, cuando trabajaba. Ahora ya no necesito tantos. Pero debo vaciar el piso, ¿lo entiendes?

—Muebles no habrá que llevar, ¿o sí? Dime que no. —Juntó las manos en un teatral gesto al que ella respondió negando con la cabeza—. De acuerdo, pues vamos bajando.

Lara hacía ya varios días que se había mudado. Ejercía como profesora de secundaria haciendo una sustitución en otra provincia. Se había cansado de ir y venir en coche a diario, de ahí que prefiriese alquilar una casa cerca de su nuevo trabajo. El piso volvía a manos de su dueño y los efectos personales de Eloísa permanecerían en el trastero de Lisardo hasta que la separación se hiciese efectiva.

De manera cuidadosa, había seleccionado las prendas y complementos que utilizaría, dejando lo imprescindible y más básico para su uso diario, pudiendo echar mano de prendas más exclusivas cuando fuese necesario. Él le había asignado una habitación, pero haciéndole una importante recomendación: su ropa debería colgar del mismo armario ropero en la que lo hacía la de él.

Estaba absolutamente convencido de que cuando su madre conociese el nuevo estado civil de

su hijo, ella no haría más que intentar averiguar hasta el último detalle. Y para asegurarse de que todo funcionaba como debía no les dejaría tranquilos hasta que no les visitase, llegando incluso, si eso le parecía necesario, hasta fisgar en la habitación del recién estrenado matrimonio.

Lisardo sonreía ante la invasión textil que se había apoderado de la, en esos momentos, inestable y combada barra del interior de su armario.

—Gracias a que tengo poca ropa... De no ser así no sé dónde habrías puesto tus cosas — comentó él, divertido.

Y ella aprovechó para atacar uno de sus flancos como ya había hecho al conocerlo con el comentario acerca de sus gafas, solo esperaba que sus palabras no provocasen un cataclismo entre ellos.

—Ahora que lo dices, ¿qué deportes practicas?

—¿Deportes? —Frunció el ceño claramente extrañado con la pregunta.

—Sí, como siempre vas en chándal pues me he dicho a mí misma que debes de hacer mucho ejercicio, porque lo llevas a todas horas... y en todas partes. —Él se echó a reír de manera escandalosa—. Si me he casado con un vigoréxico me gustará saberlo ahora, al principio de la relación —dijo con sorna.

—Practico natación tres veces por semana.

—Ahhh... Deporte para el que el chándal es un elemento imprescindible.

—No siempre visto con chándal. —Parecía defenderse.

—¡Gracias a Dios! Ibas muy bien el día de la boda, la única ocasión en que te he visto diferente.

—Es lo más cómodo. La ropa de deporte, quiero decir.

—Te he visto vestir así incluso para ir a la discográfica.

—¿Y quién me iba a mirar allí?

—¿Tú? ¿Te parece poco? Pero está claro que te gusta cuando te miras, ¿no?

—¿Qué crees? —preguntó molesto.

—Yo no creo nada, aguardo una respuesta para respetar tu opinión.

Lisardo se atusó la coleta de manera nerviosa, gesto que siempre hacía cuando se sentía incómodo y después emitió un leve resoplido.

—No, claro que no me gusta lo que veo, pero ¿sabes qué? Que es lo que hay y me conformo.

—Lisardo se encogió de hombros para reafirmar lo que decía.

—¿Quieres saber qué opino yo?

—Sí, claro —afirmó él con un suave gesto de la cabeza.

—A mí no me gustas con esa ropa cuando te miro.

Él hizo una mueca de desdén y ella la interpretó de manera clara: le herían sus palabras, pero se iba a hacer el indiferente.

—Bueno, nunca hablamos de que en esta historia yo debería gustarte.

—He dicho que no me gustas con esa ropa, no que no me gustes. —Él pareció ruborizarse, incrédulo ante lo que escuchaba y ella aprovechó que hubiese bajado la guardia para contraatacar —: Tienes un oído especial, educado para percibir notas y registros para los que el común de los mortales no estamos preparados. —La mirada de Lisardo se perdía hacia sus pies, hasta aquellas horribles zapatillas que ella detestaba cada vez que entraban en su campo de visión—. ¡Lisardo!

Alzó la voz de modo perentorio para hacer que la mirase y entendiese que deseaba decirle.

—Escucha cuando te hablo y aprecia bien el tono de mis palabras, aprende de una vez a distinguir el sarcasmo puro e hiriente de la sinceridad más absoluta. Diferencia las buenas intenciones de los comentarios superfluos y por compromiso, el decir la verdad del fingir lo que no se siente... Aprende cuando se te dice algo con el corazón —concluyó acalorada.

Eloísa le hablaba como si en lugar de palabras emplease golpes de confianza: uno, otro y otro más, un gancho de derecha y otro directo a su depósito de autoestima para hacer subir los niveles. Pero él se limitaba a cerrar los ojos y a negar casi a cámara lenta con la cabeza. Después, desapareció rumbo a su estudio para perderse entre su música durante varias horas.

Con el permiso del dueño de aquella casa había comprado cojines para el solitario sofá del salón y unas alegres y coloridas toallas para el baño, desterrando así las negras y desgastadas. Además, Lisardo la complacía en el capricho de tener siempre flores frescas en casa, no era un gran cambio en la decoración, pero sí detalles que daban a entender que en ese hogar había ahora una presencia femenina. Si llegado el caso era necesario para despejar dudas frente a su familia.

Un par de fotos del día de su boda presidían la entrada del piso y una de las estanterías situada junto al televisor, en esta última se les veía justo en el momento en que Lisardo la abrazaba emocionado para agradecer que se hubiese embarcado en aquella mentira junto a él.

El día que Lara le mostró la foto no pudo dejar de contemplarla durante varios minutos. El teléfono se apagaba ante la inactividad del aparato y ella no dejaba de toquetear la pantalla para hacer que se iluminase una y otra vez y poder recrear así la vista, no sin asombro, en aquella pareja que transmitía algo no muy alejado del amor.

—Diría que te gusta este hombre y no solo por su agradable compañía —había comentado, casi con temor, su amiga al verla embelesada ante la instantánea allí atrapada.

—Merece gustarle a alguien en el modo en el que cualquier hombre desearía.

—No es eso lo que yo estaba sugiriendo.

—Te he entendido.

—¿Y...? —había insistido Lara buscando la respuesta que su amiga le estaba escatimando.

Y esa respuesta llegó en forma de tímida sonrisa dibujada en su boca y un brillo especial en los ojos de Eloísa, por lo que, sobran las palabras para Lara que conocía a su amiga demasiado bien.

—¿Él lo sabe?

—Creo que se niega a saberlo —le había contestado con desánimo a Lara devolviéndole el teléfono.

En la foto de la entrada se miraban sonrientes tras depositar los anillos en sus correspondientes ubicaciones provisionales a la espera de que, una orden, dictada por cualquier juez, diera aquel matrimonio por disuelto.

Tras la boda, tenían exactamente veintidós días para acabar de contarse todo lo necesario y hacer creíble su historia. Poco más de tres semanas para conocer sus vidas y poder mentir consumadamente, sin miedo a ser descubiertos porque nada había que perder.

O al menos eso creían ambos, seguros y convencidos de que aquello era simplemente un juego, una tomadura de pelo sin mayores consecuencias más allá de ridiculizar a aquellos que

tantas y tantas veces lo habían hecho con un hombre que nunca se quejaba de la retahíla de consejos, supuestamente bienintencionados, que ofrecían los miembros de su familia.

Esa familia que debe hacerte sentir protegido, esas personas que te hagan ver que perteneces a algo grande, algo importante, mostrándote todo su amor para hacerte saber que tú eres parte fundamental de ellos. Y en cambio a él no dejaban de regalarle, con demasiada frecuencia, necias palabras sin que las pidiese. Lisardo no pedía nada y nada esperaba, pero ser el blanco de todas las gracias sin sentido ya había colmado su paciencia.

Y así, siendo desconocedores de la historia personal de cada uno, aunque unidos por el lazo de la confianza, continuaron hablando. Tras su trabajo, se buscaban en el salón y hacían los «deberes», ese era el modo en que él llamaba al intercambio de información.

Lisardo era el más prolijo en detalles. Eloísa escuchaba no solo con atención, también con deleite, ya conocía esa faceta de excelente orador de su marido y más apreciaba eso en él cuanto más le rebelaba. Contaba su propia vida relatándola casi como una novela o un cuento. Triste, eso sí, pero lleno de detalles, de retazos de conversaciones, de anécdotas en las que ella se sumergía, tanto que parecía haberlas vivido.

Disfrutaba escuchándolo, parecía revivir con él los momentos tristes cuando los relataba; entonces, el salón en el que estaban sentados se volvía gris, casi lúgubre: su madre se casó en segundas nupcias con Serafín, el hermano de su ya fallecido marido, el padre de Lisardo, cuando este apenas contaba con un año.

De ese matrimonio nacieron dos niños, Juan y Miguel, dos chicos alegres, de carácter abierto y extrovertido que hacían las delicias de su madre, contra el carácter tímido y retraído de su primer hijo con el que lidiaba casi a diario pretendiendo cambiar a aquel muchacho.

La obcecada personalidad de su madre fue la que sin duda hizo que poco a poco fuese encerrándose más y más en sí mismo, haciendo de él un niño, y después un joven, nada encantador si se comparaba con sus hermanastros.

—Siento que nada me une a ellos, que somos unos extraños y eso me parece algo muy triste —le confesó en una ocasión.

El hijo mayor era el huraño, el taciturno, el que a todos evitaba y el que, a la fuerza, todos acabaron por ignorar. ¿Quién conocía realmente a Lisardo? Podía decirse que nadie, pues a nadie llamaba la atención; la carencia de atractivo al entrar en la pubertad era ya evidente, dotándole, de cara a los demás, de una fealdad que no era tal.

Sus hermanos sacaron siempre ventaja de su carisma y supieron imponerse sobre él, pasando de la indiferencia a las bromas, primero infantiles, luego sin sentido, hasta por último rozar la crueldad con sus comentarios más mordaces.

¿Qué había hecho su padrastro y otrora tío? Nada y peor aún, su madre asistía impasible a lo que malentendía que era una relación entre hermanos mal avenida. El hermano mayor no era sino un dardo sobre el que descargar sus idioteces, esas que había aprendido a ignorar y que con el tiempo se habían suavizado pero no desaparecido.

Lisardo se dedicaba a la música como más le gustaba hacerlo: componiendo y haciendo arreglos. Tocaba el piano y la flauta dulce y tenía, además, una pequeña banda de música folk en la que tocaba y de la que era el autor de la mayoría de los temas de su repertorio. Todo ello era justo lo que Ágatha, su madre y directora de la escuela superior de arte dramático, no deseaba.

En cambio, parecía sentir un enorme orgullo por Miguel, profesor en un conservatorio de

Viena. Juan también había cursado estudios de música pero no se dedicaba a ello sino a los negocios familiares, al igual que su padre.

En breve conocería a toda la familia, abuela materna incluida. En ese capítulo de su vida, el salón se tintaba de colores alegres, los de una mañana radiante, y llenaban de sonrisas y miradas brillantes a Lisardo y por ende a Eloísa. Esta escuchaba entusiasmada, empapándose hasta el más mínimo detalle de la historia de una neoyorquina adinerada y, desde hacía diez años, viuda del español que había conocido en sus viajes de juventud; prendándose, no solo de España y de todo lo que el país contenía, sino también de Manolo.

Este era un hombre serio y cabal como ninguno conocido por ella antes, cuyo nombre le provocaba gran hilaridad al escucharlo, pero que le resultaba tan divertido intentar pronunciarlo, que las lágrimas brotaban cada vez que pretendía llamar la atención de aquel joven cariacontecido que le había robado el corazón a Nora, la americana atolondrada. Ese hombre serio era el abuelo de Lisardo, un reconocido empresario en la industria del helado.

—Él era un feúcho como yo, pero supo conquistar a la chica mona venida desde tan lejos —sentenció él su relato.

Y con su sentencia, Eloísa miró una vez más las fotos que él le mostraba de la familia y concluyó, observando con atención, que no había tantas diferencias entre Lisardo y sus dos hermanos. Físicamente eran prácticamente iguales, altos y delgados, de rostros enjutos. Variaba el color de sus ojos: verdes en su marido, marrones en los cuñados. El resto que los distanciaba era básicamente la indumentaria y el estilo al peinarse y, qué duda cabía ya, la personalidad y las formas.

La familia de Eloísa, en cambio, nada tenía que ver con la de su marido. Su padre era un suizo que no tenía grandes recursos, pero derrochaba encanto a la hora de hablar. Su verborrea elegante y culta había conseguido enamorar a Carmen en uno de los viajes que él emprendió a España para aprender el idioma.

Durante un breve tiempo vivieron en Asturias, en la casa familiar de ella, pero antes de que Eloísa naciera ya estaban instalados en Suiza, donde ambos, maestros de profesión y corazón, inauguraron una academia de apoyo y refuerzo en Matemáticas, su gran pasión. Eloísa se había mudado a España con dieciocho años para cursar estudios universitarios y se consideraba tan suiza como española. Su español era perfecto, aunque tenía un deje un tanto extraño sin que se marcara de manera muy evidente el acento francés.

Todos los que la escuchaban hablar la miraban con curiosidad y algo sorprendidos, puesto que parecía que impostaba la voz, como si pretendiera hacerse la dulce o dar a su voz más musicalidad de la que en realidad poseía. Lara le decía que sonaba como una pija de las de libro.

A él le fascinaba escucharla canturrear en francés, cosa que hacía muy a menudo entre tarea y tarea. A veces la observaba a escondidas y otras abiertamente, justo hasta que ella se percataba de su presencia y callaba, un tanto cortada, ante el que era el experto oído de su marido. También le gustaba cuando ella contaba cualquier cantidad en su lengua materna.

—*Un, deux, trois, quatre, cinq, six, sept...* ¡Oh, no me mires! —decía ella dejando caer de nuevo las monedas en la cartera al ver que la observaba con tanta atención.

«Me resulta más fácil contar en francés, es la lengua en la que aprendí a hacerlo», le dijo la primera vez que contó el dinero ante él al ir a pagar en un supermercado.

Eloísa y Lisardo eran buenos compañeros de piso, respetaban horarios y compartían

responsabilidades sin ni siquiera haberlas establecido. La habitación que albergaba el piano también era un pequeño estudio, lugar donde pasaba la mayor parte del tiempo, aunque ella nunca escuchaba qué sucedía allí dentro, puesto que siempre trabajaba haciendo uso de los auriculares, pero eso no le impedía sugerirle que los desconectase tan a menudo como podía.

—Deja que escuche lo que haces —le pedía insistentemente.

—Solo hago cambios y arreglos, hasta que no está compuesto del todo no es agradable.

Se frustraba ante sus negativas, pero asentía resignada. Entonces, de vez en cuando, como si se tratase de un regalo para ella, él abría la puerta de su pequeño habitáculo de trabajo y tocaba alguna melodía ejecutada al piano, sorprendiéndola en lo que en ese momento estuviese haciendo: poner una lavadora, leer uno de los muchos libros que plagaban las estanterías de aquella casa, cocinando o durante su rutina diaria de ejercicios de yoga.

De inmediato interrumpía su actividad, paralizada, extasiada, enamorada de aquellos dedos que arrancaban notas preciosas y que anhelaba enredados entre los suyos cada vez que él los ponía ante ella.

Sin poder evitarlo, se acercaba hasta la habitación que hacía de estudio, asomándose sigilosa hasta el umbral y allí se dejaba envolver por la melodía como si esta abrazase todo su cuerpo, deleitándose de las caricias con las que él regalaba al teclado, esas que ya estaba empezando a soñar sobre su rostro, en la piel de sus brazos, en el hueco de su cuello, en la curva de su espalda, en la estrechez de su cintura, en todos y cada uno de los recovecos de su cuerpo preñado de deseo.

# Capítulo 7

## Cuando descubres lo que no eres

Cuando Lisardo no trabajaba en su estudio, a menudo lo hacía en la discográfica y algunos días, movida por el ansia de disfrutar de su presencia antes de que llegase a casa, salía a la calle y recorría a pie la distancia que les separaba para esperarlo a la salida del inmueble.

Recordaba bien su cara de asombro el primer día que se le ocurrió hacer aquella visita inesperada. Ella se paseaba sin prisa arriba y abajo de la acera, frente al conocido edificio. Deseaba darle una sorpresa, al fin y al cabo nada más importante tenía que hacer, puesto que su vida transcurría en la tranquilidad más absoluta.

Por desgracia, los meses de desempleo que ya pesaban sobre ella la habían acostumbrado a la rutina de estar desocupada, aunque no por ser una costumbre de su día a día podía afirmar que la situación le resultase placentera.

Eloísa taconeaba despreocupada. Esa mañana había elegido un vaporoso vestido verde pistacho, ajustado al pecho. Para abrigarse se había decantado por una cazadora corta de piel color naranja. El contraste de colores hacía que más de una chica se girase a mirarla con agrado, conocía aquella sensación y no podía negar que le gustaba cuando sus *looks* eran tan bien recibidos por propios y extraños. No se había maquillado y lucía una despeinada coleta alta.

En la misma acera de la discográfica se encontraban una gran variedad de comercios y servicios: una floristería, una barbería, una óptica, una cafetería y una tienda de paraguas y bolsos. Locales en los que, después recalaría Eloísa, en orden de menos a más cercanía al portal por donde estaba deseando que apareciese su marido.

Su mirada quedó fija en la tienda de paraguas. Echó la memoria atrás y se dio cuenta de que ese estaba siendo el otoño menos lluvioso desde hacía tiempo. El dependiente, y probable dueño, un señor de mediana edad, lucía un aspecto impecable tras el mostrador: vestía un traje negro con camisa blanca, completado con una corbata de color gris perla que le daba un cierto aire de padrino de boda. Plumero en mano, se afanaba en quitar el polvo de las estanterías donde descansaban una gran variedad de bolsos y carteras masculinas.

En los diez minutos que llevaba de espera en la calle ya había observado que nadie había entrado en su establecimiento. A Eloísa le habría gustado estar por un momento dentro de la mente de aquel señor elegante para saber qué debía sentirse tras permanecer, hora tras hora, sin recibir ningún cliente y sin poder comprobar como los artículos que ofrecía eran del agrado de algún comprador.

Eloísa sujetó su reloj para mirarlo, un bonito y elegante colgante que lucía al cuello; le gustaba cualquier reloj que no se usara en la muñeca: de broche, de imperdible, de bolsillo... Lara incluso le llegó a regalar uno de anillo, que en honor a la verdad le parecía el colmo de lo absurdo, pero que ella usaba de vez en cuando con orgullo de lo diferente, raro o poco práctico, según fuese el ojo que juzgase aquel diminuto artificio.

Al comprobar la hora, concluyó que Lisardo todavía tardaría un poco más en salir y decidió visitar al solitario dependiente. La sonrisa con que este la inundó nada más pisar su tienda le hizo sentir que deseaba una conversación con él, y sabía que al término de esta no podría escapar de allí sin un paraguas entre las manos.

Pablo parecía mucho mayor de lo que aparentaba visto desde la acera, probablemente ya debería de estar jubilado, pero el amor al trabajo le hacía resistirse a abandonar el que era, él mismo así se lo confirmó, el negocio en el que había trabajado desde que tenía uso de razón y que antes que él lo habían hecho varias generaciones de su familia.

El dueño había empezado a hablar sin preguntar nada, el simple saludo cortés de Eloísa y la mirada perdida de esta entre los diversos artículos que allí se exponían, había sido pie suficiente para que Pablo empezase su disertación acerca de la calidad del género que vendía. Dato este que no era necesario siquiera precisar. Era obvio que aquellos paraguas nada tenían que ver con esos otros que se compraban de manera apresurada en un día de lluvia, cuando esta te sorprendía y echabas mano de cualquiera de las muchas tiendas, tipo bazar, que ofertaban casi todos los productos al mismo precio, siendo de una calidad dudable, y de fabricación, en algunos casos, llevada a cabo a saber por qué inexpertas manos.

Pablo lo estaba relatando a la perfección, conocía los entresijos de su negocio, los bastidores de los talleres de paraguas: los buenos, los excelentes y de calidad inigualable, y también aquellos otros hechos o mejor dicho «malhechos» pero que indiscutiblemente se vendían en cantidad mucho mayor que los que él ofertaba.

—Es lo que hay, señora.

Esa fue la concluyente y lapidaria frase con la que acabó la defensa de su negocio, aquel que ambos sabían que se iba a la mierda. De hecho, a Eloísa no le habría molestado si hubiese acabado su monólogo con esa otra exclamación, tan vulgar pero más terrenal y descriptiva y sobre todo más dura. No solo para los oídos, también para los sentimientos que Pablo había puesto en su negocio hacía años ya, cuando él era aquel joven chaval al que habían enseñado las características que debía poseer un buen paraguas. Ese muchacho que jamás hubiese osado pronunciar una palabra tan soez pero a la vez tan exacta para definir el estado de su vida, que era una extensión de la tienda en la actualidad.

Eloísa se dio cuenta de que en ningún momento el hombre se había interesado por saber qué deseaba. Tal vez ya había dejado de interrogar, desactivando esa pregunta de sus funciones vitales, desengañado por todos aquellos probables clientes que parecían interesados en algún artículo. Justo hasta que se fijaban en el precio que pendía en la diminuta etiquetita, atada con hilo de algodón blanco al mango del paraguas y donde figuraba el precio escrito con bolígrafo.

—Me llevo este —dijo ella de pronto, acercando hasta el pequeño mostrador, de envejecida y desgastada madera, un elegante paraguas largo, negro como las alas de un cuervo, decorado con una bonita empuñadura de madera oscura, tan suave y pulida que era todo un placer acariciarla al sujetarla. Le encantó el cierre: dos bellotas barnizadas enroscándose gracias a un sencillo cordón.

Los ojos de Pablo la miraron descorazonados, incrédulos, sabios, más que nunca antes, puesto que su hábil ojo de vendedor había estado observando con atención cada uno de los movimientos de la joven desde que esta pusiera un pie en la tienda y sabía que en ningún momento había mirado la famosa etiquetita con el precio: aquel escrito había sido garabateado por su misma mano con un número de dos cifras bastante bajo, consideraba él, dada la excelente calidad

del producto elegido.

—¿Quiere saber cuánto cuesta? —inquirió cauteloso.

—No es necesario, me gusta para mi marido y deseo comprarlo para él. —Su vista se perdió hacia el gran ventanal del escaparate—. Ojalá llueva hoy, me encantará estrenarlo mientras paseamos juntos refugiados bajo esta maravilla.

Y Eloísa deseó con todas sus fuerzas que aquel deseo se hiciese realidad, ese y tantos otros que siempre aguardaban escondidos en su interior. Esos deseos que se veía incapaz de pronunciar en voz alta porque la mayoría de veces no creía posibles de tan normales que eran. Lo más sencillo, a veces, nunca ocurría.

Acababa de dejar su tarjeta de crédito en estado doliente, lo sabía, pero no le importaba. Se había despedido de Pablo con su habitual sonrisa, esa que regalaba minuto a minuto, cada día, ya fuese a un conocido o no, puesto que no podía alejarla de ella, simplemente porque era parte de su boca. «Naciste con una sonrisa dibujada en tu pequeña boquita», le decía siempre su madre.

Y cuando Carmen lo contaba, todos la miraban incrédulos de que un bebé que acababa de pasar por un trance como el del nacimiento tuviese una sonrisa para aquel personal sanitario que la había recibido hacía ya treinta y cinco años. «Me da igual lo que piensen o digan los demás, viniste al mundo feliz y nunca debes dejar que nadie borre lo que alguien, más grande que cualquier mortal, pintó para ti en tu cara», le dijo su madre de forma tajante en una ocasión.

Su progenitora se enorgullecía de que su pequeña hubiese nacido el siete de marzo: el día de santa Perpetua y santa Felicidad. Su padre siempre hacía la broma de que debieron llamarla con el nombre de Felicidad Perpetua, porque rara vez se entristecía y siempre sacaba el lado positivo a todo lo que le ocurría.

Contigua a la tienda de paraguas se encontraba una cafetería, esta tenía un par de bonitos y coloridos bancos pegados a su fachada, donde los clientes que gustasen de disfrutar del día, podían sacar su bebida a la puerta. La acera no era lo suficientemente amplia como para disponer allí una terraza y esos bancos suplían a la perfección esa carencia que otros locales de las proximidades sí ofrecían.

Se imaginó a Lisardo disfrutando de su consabido refresco de naranja en aquel largo y bajo mueble pintado de los colores más estrafalarios mientras la vida se movía ante él, para contemplarla con su habitual seriedad, encontrando, tal vez en cualquier gesto o conversación banal, un motivo de inspiración para algunas de sus composiciones. Uno de los camareros, que parecía tener un momento de descanso, fumaba despreocupado en la puerta.

—¿Le apetece sentarse y disfrutar de una de nuestras infusiones de flores? —ofreció amable.

—No, gracias —agradeció complacida—. Espero a mi marido, no tardará en aparecer.

—En otro momento quizá —dijo el muchacho sin perder la jovialidad.

A continuación, se fijó en las dependientas de la óptica: las blancas batas, cortas y abotonadas en oblicuo sobre sus hombros tenían un corte y una hechura que se ajustaba a la perfección a sus graciosos cuerpos. Paraguas en mano, echó un vistazo al impoluto y bien ordenado escaparate de su negocio.

A Eloísa le bastó un solo segundo para concluir que cualquiera de las gafas que allí se exhibían harían que la cara de Lisardo saliese de su escondite, ese en el que prefería vivir disimulando tras una montura horrible y anticuada, esa que no creía que hubiese estado acorde con los rasgos de aquel hombre ni siquiera el día que las compró.

Ella podía averiguar algunas características de la personalidad de la gente por su modo de enfrentarse a los complementos o la ropa. Así, estaban los que usaban esta como mero objeto que debía tapar un cuerpo desnudo. Esas personas, si de verdad se sentían a gusto con su imagen y no era por pura dejadez, eran las que más admiraba, porque no temían mostrarse tal cual eran sin complementos más allá de los puramente necesarios.

Después, estaban los que hacían de su atuendo una manera de diferenciarse de los demás, su estilo vistiendo era fácilmente reconocible.

También estaban aquellas personas que se escudaban tras una prenda, como un gran bolso, o los que se agazapaban tras una gorra. Y algunos temblaban al dejar atrás el invierno, ya que eso suponía no ocultarse tras capas y capas de ropa rematadas con un informe abrigo.

Lisardo se escondía tras sus gafas y completaba su *look* dejado con la coleta de pelo descuidado para enfrentarse a diario a la misión de su vida llamada: «Quieroserinvisibleydesaparecerdetuvista». Y por supuesto, apellidada: «Nomemiresmásporfavor».

Unos pasos más allá de la óptica, los ojos de Eloísa se posaron en el hombre que se afanaba en cortar el pelo a un relajado muchacho sentado en el interior de la barbería. El pensamiento de la odiada coleta de su marido sin duda la había transportado hasta allí.

Desde el cristal casi podía percibir el sonido de las tijeras al cerrarse y en su mente dibujó aquella onomatopeya como si saliese de un cómic: *chick, chick, chick*, o tal vez era *cuish, cuish, cuish*, no se decidía por cuál era la más exacta de las dos. El peluquero se sintió observado y alzó la vista de su bien ejecutado corte para fijarla en la chica que lo miraba atenta tras el cristal. Ella elevó levemente el paraguas y lo agitó para obsequiarle con un saludo.

Sin perderse ni uno solo de sus movimientos, la tendera de la floristería seguía con la vista a Eloísa. Esta se inclinaba sobre uno de los ramos de rosas blancas sobre las que unas diminutas gotas de agua brillaban al tímido sol que ese mediodía no se animaba a dejarse ver del todo; escondido, cohibido tras el abrigo de nubes del que había hecho su escudo, al igual que lo hacía Lisardo tras sus gafas, esas que ahora veía enfocándola desde la puerta de la discográfica.

Su marido pestañeaba atónito, al tiempo que contemplaba a aquella bonita chica inclinada sobre unas flores, intentando aspirar un olor que nunca habían tenido; el gesto era el adecuado ante tanta belleza reunida en aquel recipiente de latón, pero el que las flores ya ni siquiera desprendiesen aroma alguno ya no era tan adecuado o conveniente para Eloísa. Pensó que era raro, era inapropiado, era hasta ofensivo que una flor no oliese, era una belleza muerta, igual que una flor de plástico, con la crueldad de que esas no eran seres vivos y las de la floristería sí.

Se incorporó como accionada por un resorte y le lanzó una arrebatadora sonrisa a la que él, ya lo sabía, no correspondería. Nunca lo hacía cuando se sentía desbordado por los gestos o palabras de su mujer.

—¿Qué haces aquí? —inquirió, acercándose hasta ella.

—Espero.

—¿A quién? —preguntó todavía sin entender qué hacía ella allí cuando era tan obvio.

—A mi marido... para volver a casa.

—No era necesario —cortó el bonito momento con esa capacidad aprendida suya para destrozar instantes sin parecer necesitado de halagos como ese o ningún otro.

—Para mí sí —respondió sin venirse abajo por sus palabras—. Y dentro de unos minutos

también lo será para ti.

—¿Por qué?

A ella le hubiese gustado que simplemente disfrutase del hecho de que estuviese allí por él, pero como ese no parecía ser motivo suficiente, le ofreció una aclaración:

—Va a llover y te he traído un paraguas, no quería que te mojases —le dijo, mostrando su reciente adquisición.

Lisardo miró hacia el cielo y arqueó una ceja al notar el sol que, una gran nube al descorrer su cortina, había dejado que le diese de lleno en la cara.

—No va a llover y ese paraguas lo acabas de comprar... Todavía cuelga de él la etiqueta —le dijo un tanto arisco, señalando aquel papelito con la cifra escrita por Pablo que aún pendía del mango de madera. El dueño le había ofrecido envolverlo, pero Eloísa había rehusado.

Sin venirse abajo por sus desplantes verbales, agarró a su marido por el brazo y miró segura y convencida hacia delante, animándole con ese gesto a echar a andar. Envarado, Lisardo hizo lo que debía: empezar a caminar, y al hacerlo pasaron por delante de todos y cada uno de los establecimientos donde ella había recreado su mirada a la espera de que él acabase su trabajo.

Hacía ahora el mismo recorrido pero a la inversa. La florista le sonrió amable, el barbero levantó la mano para despedirse al verla pasar ante su ventanal, las chicas de la óptica la miraron divertidas inclinando un tanto la cabeza... Y el camarero de la cafetería, que parecía haber encendido un cigarrillo con la colilla del otro, observó a la singular pareja. Una chica con un desbordante optimismo en la mirada que anunciaba que el mundo les esperaba a ella y a su acompañante: un hombre inseguro y algo atribulado, que parecía llevar el peso del mundo sobre sus anchos hombros.

—¿Le apetece ahora esa infusión? Lisardo puede hablarle bien de ellas —dijo el muchacho al parecer reconociendo a un cliente habitual.

La risa de Eloísa inundó la calle al ver la cara de extrañeza de su marido.

—Quizá otro día, Sergio —contestó Lisardo acelerando el paso—. ¿Conoces a toda esta gente? —preguntó sin ocultar su sorpresa.

—No, solo han sido amables conmigo mientras te esperaba.

Pablo, al verla pasar, salió de detrás del mostrador asomándose a la puerta.

—Caballero, disfrute de su paraguas —le deseó a Lisardo.

—¡¡Nos vamos en busca de la lluvia!! —Eloísa reía blandiendo el largo paraguas.

Y por una vez su deseo se iba a hacer realidad, porque sin saberlo, unas cuantas calles más allá de donde habían iniciado su paseo, iban a necesitar guarecerse. Y en previsión de que el cielo quisiera descargar al fin, Eloísa se negó a subir en autobús o en metro para volver a casa, deseaba caminar y deambular por las calles menos conocidas.

—¿Hasta dónde quieres llegar? —preguntó él tras unos cuantos minutos de paseo.

—Ya me has oído: hasta que encontremos la lluvia.

Pasaron por calles y más calles, estrechas y zigzagueantes, largas y cortas. Doblaron inesperados recovecos, entraron en pequeñas plazuelas que parecían colocadas allí a propósito en aquel momento. Sortearon el intenso tráfico del mediodía, y a medida que avanzaban el cielo se iba cerrando cada vez más sobre ellos.

—El parte del tiempo no predijo lluvia para hoy —anunció él con voz cansada.

Y ella le contestó, como si de una anciana sabia y respetada se tratase, que el parte

meteorológico no sabía de paraguas sin usar, aburridos de dormitar perezosos sobre las estanterías de la tienda de Pablo. Ni tampoco entendía de objetos hechos con materiales de primera calidad confeccionados por manos expertas en el gremio; no sabía, ni siquiera, que cualquier objeto comprado deseaba ser estrenado, tenía un cometido y debía cumplirlo.

—Los objetos no tienen deseos. —Su marido sonrió, divertido ante el monólogo que aquella mujer, que poco a poco se iba revelando para él, le decía con tanta pasión.

—Sí los tienen, solo debes intuirlos cuando los tengas delante tuyo, si están destinados para ti sabrás qué desean.

Entonces Eloísa pensó en las ligeras y veloces tijeras del barbero vaciando de pelo insustancial la cabeza del hombre que paseaba junto a ella. Y después vio unas bonitas gafas de pasta posándose sobre la fina y bien definida nariz de Lisardo, logrando al fin que sus ojos llegasen a destacar para que todos pudieran asomarse a esas dos ventanas dejando salir al exterior la luz que él desprendía.

Sabía que había objetos que ayudaban a continuar hacia delante si ese era tu deseo y tenía claro que aquel hombre deseaba continuar, pero no se animaba a dar el paso, quizá porque temía enfrentarse al otro Lisardo, ese que intuía desde que lo conocía, escudándose bajo objetos como el desastroso chándal o su sempiterno chaleco rojo.

—Este paraguas tenía el deseo de protegerte hoy, por eso lo he comprado. No digo tonterías, Lisardo, me pediste que jugase contigo al regalarme este anillo de prometida y eso hago, ¡haz tú lo propio! —dijo, deteniéndose de pronto y plantándose frente a él—. Sigue andando y encontraremos la lluvia, ¿vienes? —preguntó entre sonrisas.

Las grandes y suaves alas de aquel cuervo pudieron desplegar al fin bajo el cielo de una ciudad gris y húmeda. El agua cayó como hacía mucho tiempo que sus habitantes no veían. Lisardo reía incrédulo con el fenómeno como si nunca antes hubiese visto llover, empuñaba con mano firme el mango de su regalo mientras Eloísa se acurrucaba junto a él. Llegaron a casa con los pies empapados, sin duda aquel paraguas de excelente calidad no protegía los zapatos de charcos y calles inundadas.

—¿No vendían botas de agua en esa calle que tuviesen el deseo de venir con nosotros? —preguntó él quitándose las coloridas zapatillas y contemplándola con una gran sonrisa plantado descalzo en el centro del salón de su casa.

Eloísa recogió aquella felicidad hecha credulidad en todo lo que ella le había dicho y pensó que iban por buen camino. Así pudo constatarlo cada vez que iba a esperarlo a la puerta de su trabajo y recorrían, hasta volver a casa, decenas de itinerarios distintos, uno cada día, para encontrar en cada ocasión algo diferente: un sol espléndido, viento azotándoles la cara y el pelo, calles desiertas, avenidas atestadas de tráfico o gente moviéndose apresurada.

A menudo se cruzaban con personas que se giraban a mirarlos curiosos cuando ella saltaba divertida entre los adoquines, o esparcía con sus pies los montones de hojas pardo-rojizas que se arremolinaban en el suelo.

Y pudieron, gracias a sus paseos, descubrir pequeñas librerías de lance, adorables y coquetas cafeterías, fruterías exóticas... Una nueva ciudad se abría para los dos y ellos la disfrutaban del modo más intenso, como nunca antes de conocerse habían hecho; bien fuera por la prisa diaria, por la carga de trabajo, por no saber mirar lo que les rodeaba o bien porque no estaban en presencia de la compañía adecuada para poder saborear esos instantes.

Lisardo tenía su ración de sorpresas a la vuelta y también a la ida, antes de salir de casa: la primera vez que ella se despidió de él con un beso en la mejilla, aquel hombre tímido no fue capaz ni siquiera de balbucear un incomprensible «hasta luego». Y a Eloísa le maravilló ese momento, por su sorpresa, por su azoramiento... Porque podía rozarse unos segundos con él y aspirar ese aroma a cuero y tabaco del perfume que él ya no había dejado de usar solo por ella.

En los días que se sentía inspirada organizaba algún juego para él: «Te espero entre esta calle y esta». Y después de consultar en *Google Maps*, Lisardo protestaba: «Hay más de cinco calles entre una y otra, me costará dar contigo». A lo que ella replicaba divertida: «Así será más placentero el encuentro».

«He reservado mesa en un restaurante de la calle tal», y de nuevo, tras la consulta en internet, venía la queja: «Esa calle está plagada de restaurantes, si no me dices el nombre tendré que buscarte en todos los locales y no sé lo que tardaré en encontrarte». Y eso era justo lo que ella deseaba: que entrase a todas partes y con la cabeza bien alta mirase a todas las mujeres allí congregadas para buscarla. «Así te sentarás a comer con más ganas», era su tranquila respuesta.

Y así un día tras otro, hasta aquel que supondría un punto de inflexión en el modo de verse de Lisardo.

—Te espero en la terraza del bar *La Galaxia* —le había dicho poco antes de que él acabase su trabajo.

Y allí estaba, sentada y a la espera con una cerveza bien fría en la mano. Él no tardó mucho en aparecer. Dejando el botellín a un lado, se incorporó al verlo doblar la esquina de la plaza donde se ubicaba aquella terraza, esta solía estar llena a rebosar a esas horas por jóvenes universitarios.

Los clientes que no encontraban mesa bebían en las escalinatas de acceso a la plaza, justo donde ella se encontraba. Lo observó durante unos segundos, fijándose con atención en toda la gente allí congregada; con su característico gesto nervioso, se atusó la coleta varias veces pero no lograba distinguirla. Ella le envió un mensaje:

—¿Por qué tardas tanto?

—Estoy desde hace rato aquí pero no te veo.

—Pues yo también estoy aquí. —Escribió ella.

—¿Dónde? Dime qué llevas puesto a ver si así logro localizarte.

—Entonces el juego de hoy carece de gracia, has de descubrirme.

—Esto es como en los libros de *¿Dónde está Wally?* —refirió Lisardo mientras lo veía sonreír al teclear esas palabras.

—Algo así, sí.

—Con la diferencia de que *Wally* sí sé cómo viste.

Eloísa vio como guardaba el móvil en el bolsillo de su pantalón pitillo negro para después otear por todo el espacio de nuevo. Hasta que por fin, tras un minucioso escrutinio por su parte, la encontró. Sus ojos se posaron rápidamente sobre ella, aunque la saltaron continuando con la búsqueda, para una milésima de segundo después volver sobre aquella sonrisa inconfundible que le regalaba su mujer a escasos metros de donde él se encontraba. Entonces se acercó y la recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Pero... ¿por qué vas vestida así?

—¿No te gusta? —inquirió ella abriendo los brazos para que la viese bien.

—No, claro que no, estás..., estás horrible —sentenció él.

Eloísa le había robado su clásico uniforme, ese que usaba prácticamente a diario desde que lo conocía: camiseta desgastada, pantalón de chándal con puños y su terrible y maltrecho chaleco rojo. Para rematar el atuendo se había peinado del mismo modo que él lo hacía: una dejada coleta baja.

Días atrás había encontrado en un cajón del salón unas viejas gafas de Lisardo, prácticamente parecidas a las que lucía. No lograba entender por qué las había cambiado si eran el mismo modelo. «Cambiar para seguir igual..., igual de mal», se dijo apesadumbrada. Le había quitado los cristales y en ese momento observaba a su marido tras la montura de aquellas horribles gafas.

—¿Y así querías que te reconociese?

—Sí.

—Es imposible —aseveró él.

—¿Por qué?

—Porque entre tanta gente y con esa pinta no destacas en nada, como no sea para mal.

Lisardo acabó de hablar y parecía haberse escuchado. Entonces se quedó mudo durante un tiempo y Eloísa intuyó que sopesaba lo que él mismo acababa de decir.

—Y ahora, vamos a comer, tengo reservada mesa en el restaurante de ahí enfrente —anunció ella.

—No —dijo él casi en un susurro.

—¿No? ¿No, qué? —inquirió entrecerrando los ojos.

—Que no quiero entrar a comer así contigo, con esas pintas.

Permanecieron parados en mitad de la acera sin dejar de mirarse durante lo que a ella le pareció una eternidad. Aquel silencioso e inagotable cruce de miradas sirvió para mostrar a un Lisardo tan inseguro e indefenso...

—Yo llevo entrando a cafeterías y restaurantes contigo desde que nos conocemos y tú ibas así vestido —le recordó de manera innecesaria.

—Ya, lo sé... ¡¡Y lo siento!!

Lisardo se dio la vuelta y la dejó sola. Eloísa tenía clara una cosa: jamás se habría comportado de ese modo de saber que su marido era feliz enfundado en aquellas horribles prendas. Lo que no entendía era que, si tanto le desagradaban, ¿por qué continuaba vistiéndose con ellas día tras día?

Con aquel aparente juego le había hecho mirarse en un espejo que claramente odiaba, solo esperaba que diese el paso para empezar a quererse. Al día siguiente era la ansiada cita familiar y ella necesitaba que él estuviese convencido y seguro ante los comentarios que se avecinaban.

# Capítulo 8

## Cuando empezamos a mentir

La casa de la abuela de Lisardo se encontraba en un pueblecito de la sierra de Madrid. Durante el trayecto él había conducido en silencio, removiéndose inquieto todo el tiempo como si aquel asiento le estuviese provocando una tremenda erupción en el trasero.

Prácticamente no habían hablado mucho desde el incidente del día anterior, pero ya ante la puerta de la propiedad de su abuela y sin bajarse del coche, él conectó la luz del techo y giró la cara para mirar a su acompañante, que esperaba expectante ataviada con sus mejores galas para cumplir con la presentación en sociedad.

Eloísa lucía una falda larga de tul en tono gris ceniza; el tejido estaba salpicado aquí y allá por diminutas lentejuelas con forma de estrellas plateadas que refulgían con cada uno de sus movimientos. Un cuerpo negro satinado, de cuello redondo y manga al codo cubría la parte superior. Las elevadas sandalias de terciopelo negro y su larga melena alisada eran sus únicos complementos.

—Querida Eloísa... —empezó él, mirándola con gesto grave.

Esa fórmula de cortesía la llenó de satisfacción.

—No sé si eres un ángel de pasarela o si eres la mujer más guapa, simplemente creo que eres la mujer con la que cualquier hombre querría pasar el resto de su vida... Y yo soy el marido falso con más suerte del mundo y tengo que pedirte perdón.

—¿Por qué? —inquirió confundida mientras, de manera despreocupada, le alisaba aquella estrecha corbata negra que ya había lucido el día de su boda. Él había elegido la misma ropa para presentarse a la cena de Nochebuena.

—Por mi frase de nuestro primer día... «Tampoco es que seas muy guapa» —recitó él, y al recordar ese instante se tapó los ojos con la mano y agitó la cabeza entristecido, enseguida volvía a mirarla—. Soy un borde que tiene menos tacto que un erizo al que le acaban de hacer una colonoscopia sin anestesia.

Sus palabras provocaron que la risa de Eloísa inundase el reducido espacio del coche, él continuó contemplándola embelesado hasta que se hizo el silencio.

—No eres muy guapa porque eres preciosa.

Escuchó su halago inundándolo con una enorme sonrisa pintada de carmín, agradecida por el piropo.

—Me hiciste reír con tu comentario, tranquilo.

—¡¿En serio?! —se asombró.

—«Tiene sentido del humor», esas fueron las palabras que dije, para más indignación de mi guardaespaldas.

Los dos se echaron a reír de manera jovial, sin duda recordando a Lara, provocando, de ese modo, unos leves ladridos del acompañante que esperaba en la parte trasera del coche: la perra

que un amigo de un amigo de Lisardo se había comprometido a cuidarle a una prima.

El pobre animal, un precioso bichón maltés de un blanco inmaculado y que debía participar en un concurso tras la Navidad, no había podido viajar con su dueña puesto que se estresaba en los aviones y había ido pasando de mano en mano para que alguien lo cuidase esos días de fiesta. Al bajar del coche, Eloísa arrastraba la maleta en la que ambos habían guardado su ropa y él cargaba con el transportín de Tizas, la perra.

Acudió a abrirles la puerta una señora de mediana edad, cuyos ojos podían haber saltado de sus órbitas al ver a Lisardo y a su acompañante en el umbral. Él le hizo de inmediato un gesto de silencio llevándose el dedo índice a los labios y con susurros hizo las presentaciones entre Eloísa y Aurora, la persona que cuidaba de Nora y de la casa de esta. Le pasaron el transportín para que se ocupase del perro, después dejaron la maleta a un lado y por último enfilaron hacia el que parecía el salón, desde donde provenían alegres voces y risas.

Tan solo dieron un par de pasos más. Eloísa se detuvo al ver que él también lo había hecho, miraba hacia el techo y respiraba intranquilo. Entonces se puso frente a él para hacer lo que mejor sabía: sonreír sincera, acogiendo entre ese abrazo, de brazos invisibles, a un ser que sufría cuando nada de todo aquello era necesario. Extendió la mano para buscar los trémulos dedos de su marido y pudo comprobar que él estaba frío, casi helado, necesitaba calor y también valor para enfrentar lo que aguardaba en el salón que debía de antojársele tan lejos... Eloísa se asió a aquella mano y acercándose con timidez susurró en el cuello de su marido:

—Vamos a comérmolos —dijo convencida.

—Con patatas —replicó él, echándose a reír provocando la alegre y risueña carcajada de su mujer.

Y así cruzaron el umbral de aquel túnel que les aguardaba: divertidos, unidos, felices, por lo que no hubo necesidad alguna de fingir nada para resultar creíbles. Lo que eran en ese momento no había necesidad de mostrarlo de ninguna otra manera más que la que los demás, atónitos y silenciosos espectadores de aquella pareja, estaban contemplando en esos momentos.

—Familia, os presento a Eloísa... Mi mujer.

Eloísa, reconociendo aquellos rostros gracias a las fotos mostradas por Lisardo en tantas ocasiones durante las charlas de sofá y confesiones, observó las caras de sorpresa que tenía frente a ella. Se escucharon unos cuantos improperios de asombro por parte de los hermanos que prefirió obviar y después vio a Ágatha, la madre de Lisardo, derramar sobre la mullida alfombra parte de la copa que sostenía entre las manos, debido a la celeridad al incorporarse.

Las cuñadas, gemelas casi idénticas por su modo de peinarse y vestirse, permanecían estáticas, casi hieráticas, como si de esculturas egipcias se trataran.

Serafin, el tío y padrastro de Lisardo, la recorría con ojos incrédulos sin dejar de fumar, exhalando volutas de humo hacia el alto techo, en el que pendía una enorme lámpara sobre la que Eloísa no pudo dejar de fijar la vista recreándose en el refulgir de docenas de bombillas. Cuando volvió a bajar la vista hasta aquel curioso y expectante público, solo en la abuela obtuvo un eco de la que era su permanente sonrisa.

Nora era una señora de unos setenta años, de cuerpo estilizado, que lucía un delicado cutis, casi de porcelana, con muy pocas arrugas. Su pelo, teñido de un naranja brillante, le encantó a Eloísa al momento. Se la veía jovial y feliz mientras miraba a su nieto con orgullo asido a la mano de su esposa.

Unas alegres risas, y pasos acelerados bajando en tropel por las escaleras, hicieron de presentación para los niños de la casa, que entre gritos de «tío, tío» se echaron sobre este haciendo que aquellas manos entrelazadas fuesen propulsadas hacia delante, provocando así que se rompiese el nudo de apoyo que ella había creado hacía escasos segundos.

Dos niños, de unos cuatro y cinco años se colgaron de la delgada figura de su tío y la niña, más pequeña, se subió sobre los zapatos de Lisardo como si fuesen a bailar. Mientras la algarabía provocada por los pequeños continuaba, Nora extendió la mano hacia el nuevo miembro de la familia en un claro gesto de invitación a ir junto a ella.

La velada transcurrió tal y como Lisardo le había anunciado, nada se había salido de lo previsible: el largo y tedioso interrogatorio al que fue sometida al conocer la noticia, el continuo intercambio de miradas llenas de sospecha e incredulidad ante el nuevo matrimonio entre la mayoría de los miembros sentados a aquella mesa...

También había tenido su ración de miradas de recelo de la madre y las de altivez de las cuñadas. Tuvo que escuchar los comentarios mordaces de los dos hermanos pequeños que no parecían hacer mella en el orgullo del hermano mayor, pero que sí llenaban de rabia e indignación a Eloísa, porque sabía que él sufría.

Pero sin duda se quedó con la parte positiva, ya que, en el otro frente de aquella contienda contaba con las sonrisas de cariño de la abuela y los abrazos de Erika, la niña de Juan, que no por previsibles y esperados eran menos agradables.

Entre todos decoraron el abeto natural que aguardaba en el recibidor, a los pies de la escalinata. La tradición de esa casa exigía que, cada Navidad, todos los miembros de la familia aportasen adornos nuevos y Eloísa, conocedora de ese término, no dejó escapar la ocasión para colgar una delicada bola de cristal, adquirida en su niñez en Suiza y que había hecho que su madre le enviase. Al colgarla en el abeto no pudo más que evocar con preocupación la cara de sus padres, puesto que nada les había comentado de su nuevo estado civil. Tampoco sabía cómo comunicarles una noticia así y por eso había dejado pasar los días.

En un hogar en el que imperaba la música, no podían faltar las canciones tras la cena. Como si de una diva del bel canto se tratase, Ágatha interpretó un par de temas mientras Lisardo, Juan y Miguel tocaban el piano, el violín y el clarinete respectivamente. Al contemplar a su suegra, allí en medio plantada, pudo apreciar bien la excelente figura que lucía: era alta y muy delgada, con el pelo castaño recogido en un elegante, aunque excesivamente tirante moño.

Y como Eloísa deseaba resultar no solo creíble sino adorable, también se animó a cantar para todos los allí reunidos, y en especial para los más pequeños, una canción infantil de su país de origen. Acompañada al piano por los largos dedos de su marido acariciando las teclas, los niños reían divertidos al escuchar las onomatopeyas que su nueva tía emitía al imitar a la oveja, al perro, al pato... y también un tambor, la trompeta y unos cuantos sonidos más que *El pequeño Noel*, tal y como rezaba la canción en francés, había traído del cielo como regalo para ella.

Pero quizá, el gesto que había hecho disolver cualquier duda que los allí reunidos pudiese albergar sobre su matrimonio, había sido cuando ella, totalmente embelesada escuchando a Lisardo tararear ante los presentes una de sus últimas composiciones, había encerrado entre su mano los largos y huesudos dedos de aquel pianista que tecleaban en cualquier superficie, como si el no hacerlo supusiera que la melodía se perdería irremediablemente en el olvido y que jamás podría recuperarla.

Para Eloísa resultaba toda una tentación esa elegante mano sobre el blanco mantel; esa mano que nunca se atrevía a tocar y que aquella noche los niños le habían arrebatado el dulce momento al fin conseguido al irrumpir alegremente en el salón mientras les desenlazaban los dedos.

Ella no sintió los siete pares de ojos adultos posados en su gesto enamorado, ni tampoco en sus dilatadas pupilas llenas de asombro mientras miraba al hombre ilusionado que tarareaba y tocaba aquel piano imaginario, por lo que no buscaba ser creíble, tal y como era el cometido encomendado. Únicamente buscaba un roce, la calidez de otro ser que estaba tan solo como ella.

Y Lisardo, al sentir ese suave contacto, giró no solo el rostro, también la palma de aquella otra mano que lo sujetaba para llevársela hasta los labios y dejar, en ese cálido receptáculo, un delicado beso que arrancó en ella unas brillantes y emocionadas lágrimas que no llegaron a caer.

La tradición también exigía que la noche de Nochebuena se quedasen a dormir para amanecer todos juntos la mañana de Navidad y poder así abrir los regalos. Lisardo, sin aparentar incomodidad alguna por la situación, tal y como ya ocurriese la noche que ella le propuso dormir juntos, hacía rato que se había dormido en la estrecha cama que debían compartir. Eloísa, en cambio, trataba sin éxito de conciliar el sueño cuando él se incorporó sobresaltado.

—¿Y la perra? —preguntó alarmado.

Entonces Eloísa abrió los ojos al darse cuenta de que, ocupados como habían estado cumpliendo con las formalidades de la cena, se habían olvidado por completo de la invitada que ellos mismos habían traído a la casa.

Procurando no hacer ruido, bajaron hasta la cocina donde pensaron que Aurora había dejado el trasportín. Y allí lo encontraron, pero vacío. Se miraron preocupados y él se encaminó hacia la habitación de Aurora, adonde Eloísa le siguió. Lisardo encendió la luz del pasillo y esta iluminaba a medias sobre la cama cuando abrió la puerta.

—Aurora, despierta —Lisardo la zarandeaba sin que aquello sirviese de mucho—. Creo que suele tomar pastillas para dormir... ¡Aurora! —levantó un poco más la voz.

La adormilada mujer emitió un suave quejido.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin abrir los ojos.

—La perra, ¿dónde está? —Lisardo levantó uno de aquellos parpados cerrados, pero sin conseguir despabilarla.

—No sé, por ahí, le abrí la puerta... Quería hacer sus cositas...

Una carcajada atronó a los pies de la cama procedente de la garganta de Eloísa, que no pudo reprimir la risa al escuchar ese diminutivo saliendo de la boca de aquella señora de complexión tan grande y de carácter un tanto rudo. Entonces, Aurora por fin abrió los ojos, aunque realmente no miraba hacia ninguna dirección en concreto.

—Pero la dejé abierta para que volviese. —Cerró los ojos de nuevo y parecía profundamente dormida—. Espera y te ayudo... La busco contigo. —Aunque continuó en la misma posición pese a su amable ofrecimiento.

—¡Qué desastre! ¡Ahora a ver quién encuentra a ese animal! —se lamentó él.

Salieron de la habitación de Aurora y se encaminaron hacia la puerta que comunicaba con el jardín trasero.

—Joder, ¡qué frío! —aulló Lisardo cuando el gélido aire de la madrugada azotó su cara. Sin dar un paso más y desde la misma puerta empezó a llamar a la perra entre susurros—. ¡Tizas! ¡Tizas!

Eloísa lo contempló con la incredulidad pintada en el rostro.

—¿En serio crees que así vas a encontrarla? ¿Llamándola desde el umbral de la puerta? —dijo jocosa.

—¿Y qué quieres? Estoy helado —se defendió él.

—Igual también lo está ese pobre animal.

—Pero si la puerta estaba abierta, ¿por qué no vuelve?

—Vamos a buscarla, podría estar herida —sugirió ella.

—Espera, traeré unas linternas.

Al cabo de unos minutos, Lisardo volvía junto a ella en la puerta de acceso al jardín. El frío era helador, casi hiriente, penetrando bajo la fina capa de la tela de sus pijamas. Apenas sí se vislumbraba nada, puesto que las luces de los faroles situados a ras de suelo no emitían demasiada luz, y una tenue niebla le daba a toda la propiedad un aire un tanto tétrico y amenazante.

—Nos separamos, tú por ahí y yo a la derecha —sugirió él entre vaharadas de un aliento a punto de la congelación.

—No, ni hablar, yo no conozco este sitio, no me quedo sola —avisó convencida dando pequeños saltitos intentando, inútilmente, entrar en calor.

—Así no acabaremos en toda la noche —refunfuñó él.

Empezaron a caminar precedidos por el haz de sus linternas.

—Pero ¿cuándo ha llovido? Se me atascan las zapatillas —rezongó él.

Eloísa se había enganchado del brazo de Lisardo y no podía dejar de reír, aunque no sabía si se debía al terrible frío, al temor a la oscuridad o a todo junto a un tiempo lo que le estaba provocando un gran nerviosismo.

—No te rías más, no entiendo qué tiene de gracioso estar casi desnudos y ahitos de frío a la búsqueda y captura de una perra estúpida que no sabe «hacer sus cositas» y encontrar el camino de vuelta, ¡que esto no es Yellowstone!

Y de nuevo la carcajada inundaba aquella parte del húmedo jardín.

—¿Hartos? —emuló su palabra riendo de nuevo.

—No, ahitos —le aclaró él debidamente—. ¿Es que tú no tienes frío? Porque yo estoy aterido.

—Esto es algo peor que frío, porque siento como si las orejas se me fuesen a caer enteras, si tropiezas con algo ya sabes lo que es. —Sus dientes castañeteaban mientras hablaba.

Entonces se hizo un silencio y escucharon unos leves y amortiguados gemidos. Por unos segundos permanecieron inmóviles al mismo tiempo que aguzaban el oído y enfocaban con las linternas en todas direcciones.

—¿Qué es eso? —Lisardo preguntó entre susurros.

—Quizá el Oso Yogui a la búsqueda de las cestas de los campistas. —Eloísa explotó entre castañeteos con una nueva carcajada ante su ocurrencia—. No lo sé, igual es Tizas; estará herida como te he dicho.

No sin dificultad, debido a lo deslizante de la suela de sus pantuflas, subieron un pequeño terraplén y tras unos arbustos, Eloísa detectó movimiento y se decidió a iluminar mejor para

descubrir cómo en esos momentos un perro el doble de grande que Tizas la montaba con gran habilidad. Lisardo todavía no había visto la escena, ocupado como estaba en quitarse el barro de sus zapatillas de estar por casa.

—Lisardo, ven, está aquí —le susurró bajando un poco la linterna para no interrumpir a los animales.

Entonces él se acercó y contempló atónito la escena de amor perruno.

—Pero ¡¡qué dices!! Esa no es Tizas —negó convencido, o al menos intentando autoconvencerse.

Podía entenderse la negativa de Lisardo a aceptar la identidad del animal, puesto que la perra, totalmente mojada y embarrada, había perdido la belleza de su largo pelaje blanco y sedoso para lucir otro marrón *enguarrinado*. Aquel manto, que normalmente caía suavemente sobre ella para hacerla una digna ganadora de concurso de mascotas, había sido sustituido por un felpudo de lodo donde el mastodonte canino limpiaba sus enormes patas al mismo tiempo que la sujetaba para asirla firmemente a su cuerpo ansioso.

—Sí que es Tizas... Disfrutando, pero es ella.

Lisardo parpadeaba sin acabar de dar crédito y Eloísa le dio un manotazo para que bajase el potente chorro de luz que estaba deslumbrado a los animales.

—Pues sí que está herida, sí, ¡¡y yo muerto!! —exclamó horrorizado ante el panorama que se abría ante ellos—. Dios santo, ayer la llevó su dueña a la peluquería, ¡¡tiene exposición pasado mañana!!

Se escucharon unos ladridos muy cerca de donde se encontraban y Lisardo enfocó nuevamente con la linterna.

—Pero si hay más perros... No irán a montarla todos, ¿no? —susurró alarmado.

—Diría que sí, y es más: tendrá cachorros de varios perros.

—Pero ¿qué dices?

—Lo que oyes, lo leí hace años no sé dónde.

Entonces Eloísa ilustró a Lisardo sobre cómo era la naturaleza cánida a la hora de concebir a su prole. El panorama que ofrecían en esos instantes era de lo más cómico: ellos dos, enfundados en sus livianos pijamas, ateridos de frío y encaramados sobre aquella elevación de tierra para dar y recibir información canina entre sonoros castañeteos de dientes. Y ante ellos, una jauría de perros intentando ganarse los favores de aquel bonito ejemplar de su especie.

—Dios bendito —masculló Lisardo antes de gritar y resbalar para caer rondando por el terraplén en lo alto del cual estaban observando la escena de amor.

Eloísa, agobiada con la caída, enfocó con su linterna hacia la hondonada para descubrir a un hombre tan embarrado o más que la perra.

—¿Estás bien? —preguntó con creciente preocupación.

—Sííí —se escuchó su lamento quejumbroso debido al golpe—, hasta que venga a por mí la dueña de la perra. Entonces, dejaré de estarlo.

Las carcajadas volvían a resonar por todo el jardín cuando Eloísa bajaba por el terraplén para ayudar a Lisardo. Con tan mala suerte que la delgada suela de sus pantuflas le hicieron resbalar también para caer, como si de un peso muerto se tratase, sobre el cuerpo ya magullado de su marido.

Intentar salir les llevó unos cuantos minutos, durante los cuales las risas por la ridícula

situación no ayudaban a Eloísa, que concentraba toda su fuerza en lanzar carcajadas a la oscura noche, volviendo su cuerpo flojo y distendido, con lo cual, cada vez que intentaba apoyarse para incorporarse y permitir que también lo hiciera él, Lisardo veía cómo el cuerpo, completamente embarrado y húmedo de su mujer, resbalaba una y otra vez sobre el suyo.

Lisardo le pedía seriedad pero al final hubo de rendirse a la evidencia, la situación era tan cómica que acabó riendo tanto o más que ella.

Unas horas después y ya cambiados de ropa, intentaban entrar en calor frente a la chimenea que todavía permanecía encendida en el salón y allí aguardaron el regreso de Tizas. Ni que decir tiene que hubo que darle un par de largos y jabonosos baños para dejarla medianamente presentable, pero sin duda con un pelaje que ahora lucía como el mejor de los estropajos de esparto que jamás se hubiese visto.

Dos días después y al regreso de su dueña, el aspecto con el que encontró al «amorcito de mamá» fue el mal menor al que Lisardo y Eloísa hubieron de enfrentarse. Confesarle que iba a ser «abuela» fue casi un drama, lloraba ante sus atónitos ojos con una pena indescriptible. Y según comentaron después, jamás habían visto encajar tan mal una noticia, por lo que obviaron, de forma piadosa, el cóctel de ADN que la perrita albergaba en su interior. Sin duda, tiempo tendría de descubrirlo, sobre todo cuando ya estuviese bien lejos de sus oídos, evitándose así, escuchar más lamentos.

A Tizas, en cambio, se la veía radiante, feliz, así lo anunciaba el grácil contoneo con el que había regresado de su noche de amor. Sin duda no todo parecían ser desgracias, al menos no para ella.

## Capítulo 9

### Cuando vemos que los demás también mienten... y no pasa nada

De nuevo una reunión familiar en la que volvían a cumplirse los pronósticos de Lisardo: la fiesta de Nochevieja estaba resultando un auténtico aburrimiento. Eloísa ya había conocido a casi toda la familia: el resto de hijos de Nora y también a esos primos que, en fechas muy próximas, se casarían.

Ella era sin duda la sensación de la noche y no había dejado de ser el centro de atención de todos los corrillos que se formaban en el gran salón. Apenas sí había tenido tiempo de pasar un rato a solas con su marido, por lo que se limitaban a mirarse, como si de dos jovencitos se tratasen, intentando decirse cosas con los ojos y sofocando risas cuando él hacía gestos de hastío tras el familiar con el que ella no tenía más remedio que conversar.

—Si ahora mismo se fuese la luz bastaría con tu presencia para seguir iluminando este salón —susurró tras ella aprovechando que por fin se había quedado sola un instante.

No esperaba sus palabras y una enorme sonrisa se dibujó en su cara al escuchar el bonito halago. Él permanecía sin moverse a sus espaldas y Eloísa, expectante, hizo lo propio; entonces se inclinó sobre ella, con mano trémula le apartó el cabello para aspirar el débil pero delicado aroma que el perfume de su mujer desprendía al contacto con su blanca piel. Eloísa se giró de inmediato al notar su aliento en el cuello, ese hálito la había hecho estremecer y no pudo evitar sonrojarse, algo poco habitual en ella, lo que provocó la sorpresa en él al descubrir su turbación.

—¡Perdona! No era mi intención violentarte. —Su disculpa vino acompañada de una visible confusión.

—¿Por qué crees que me has violentado?

—Es la primera vez que veo que te sonrojas.

—Sonrojarse no siempre es por algo desagradable —comentó con gravedad para que él lo tuviese claro.

—Creía que sí, que mi gesto al olerte te había desagradado, pero es que no he podido evitarlo... Hueles... —dejó en el aire lo que iba a decir.

—¿Sí? Continúa, ¿a qué huelo? —le animó a seguir hablando, presa de una excitación creciente, provocada primero por su aliento sobre ella y ahora por la acuciante necesidad de escuchar sus palabras.

Él cerró los ojos y sonrió de manera tímida. ¡Cómo adoraba esa sonrisa! Sabía que podía morir mil veces y una más en cada ocasión en la que él se la dedicaba, aunque fuese de manera inconsciente, porque la turbaba, la excitaba, la conmovía, la llenaba... Y él se veía seductor, irresistible, irrepitable, único, solo él y solo para ella.

—Hueles a la felicidad que me produce escuchar la mejor de las melodías. —Abrió los ojos para descubrir la alegría que sus palabras habían provocado en ella.

Eloísa se echó sobre su marido, aspirando ese perfume que tanto le gustaba que él usara.

Cuando se llenó de ese sensual aroma a cuero y tabaco susurró en su oído:

—Es la melodía de la mujer de Lisardo, la que tú has compuesto y solo tú puedes escuchar.

—¿Tantas veces como desee? —susurraba a su lado con un aliento cálido que para Eloísa rozaba la tortura.

Por toda respuesta, inclinó levemente su cuello, ofreciendo de nuevo su aroma para ser aspirado por él. Y cuando volvía a hacerlo creyó que podía deslizarse hasta el suelo alfombrado de aquella estancia presa del deseo más arrollador.

Después de eso, tan solo deseaba que continuase aquel momento íntimo y mágico que se había creado entre los dos como si no hubiese nadie más en el salón de Nora, pero un vulgar comentario los sacó del maravilloso trance para darse cuenta de que muchos les miraban y no sin asombro:

—¡Coño, Lisardo! ¡Que me voy a tener que creer lo vuestro, joder!

Nicolás, uno de los nietos de Nora, acababa de arruinarlo todo, provocando no solo varias carcajadas, sino también el asco más profundo en Eloísa al ver cómo recorría con ojos hambrientos su figura enfundada en el elegante y estrecho vestido de terciopelo negro que esa noche lucía.

—¡Dios, qué gente! De verdad, vengo por mi abuela, que si no...

Eloísa no le dejó acabar, sujetó su mano y tirando suavemente de él lo arrastró hasta el pie de las escaleras para sentarse y aislarse un rato del resto. Cuando se sintió algo más tranquilo empezó a hablar.

—¿Sabes? Muchas nocheviejas, insufribles como esta, me largaba de aquí, sacaba la moto de mi abuelo del garaje y me escapaba hasta el pueblo más próximo. Allí hay un par de tabernas, algunos vecinos salen esta noche y puedes llegar a pasar un rato divertido, o al menos mucho más agradable de los que vayas a tener aquí. En una ocasión mi abuelo me sorprendió cuando salía por la verja exterior.

—¿Qué ocurrió?

—Pues lo creas o no, se subió a la moto y nos fuimos juntos. No era hombre de actos sociales y las fiestas le superaban, igual que me ocurre a mí... Al regresar dos horas después nos dimos cuenta de que, salvo mi abuela, nadie nos había echado de menos, aunque conociéndonos no alarmó a nadie.

Lisardo no solo le mostró sus sentimientos de añoranza hacia esas escapadas en la última noche del año, sino que también le propuso realizarla juntos. Sin embargo, cuando Eloísa denegó la oferta, agobiada para no disgustar a Nora, no pensaba que iba a ser ella misma la que lo propusiera una media hora después, justo en el momento en el que el salón donde todos se encontraban empezó a quedarse helado.

Hacía ya rato que algunos invitados se habían quejado de que hacía frío, los que no habían dejado de beber no notaban nada, pero cuando el hermano pequeño de Lisardo fue a echar un vistazo confirmó que la caldera estaba rota.

La chimenea del salón, aunque grande, no era suficiente para caldear la planta baja de aquella casa y cuando el frío empezó a hacer mella en todos los invitados y estos anunciaron uno tras otro que se marchaban, Nora, realmente disgustada por el contratiempo, se puso nerviosa sin saber cómo deshacerse en disculpas. Fue entonces cuando llegó la propuesta de Eloísa: cargar los coches con las bandejas de comida y bajar hasta el pueblo a celebrar la Nochevieja en una de las

tabernas.

En un primer momento hubo negativas de lo más variadas: «No, deja, quita, olvídalo, anda ya, estás loca...», acompañadas de sonoros resoplidos: «Pfff, bufff, uggg...», a los que debía añadir un nutrido repertorio de malas caras: desdén, desprecio, indiferencia, asombro, pasando por el asco que era la cara de Ágatha.

Después llegaron los «pero» seguidos de los «y si»: «Y si no hay nada abierto hoy», «y si no nos dejan pasar», «y si no cabemos todos», «y si es un completo aburrimiento...».

Hasta que se escuchó el último de los «y si» quejumbrosos saliendo de la boca de Lisardo: «¿Y si hay riesgo de fuga de gas, revienta la caldera y salimos todos volando?». Ya no se escuchó nada más que el ruido propio del desalojo rápido, carreras y preguntas del tipo: «¿Yo qué cojo?», «¿tú qué llevas?», «¿en qué coche nos subimos nosotros?»...

Eloísa y Lisardo se obsequiaron con un cruce cómplice de miradas que no era sino: «Nos vamos donde tú querías» y «me he salido con la mía». Ella ya no quiso preguntar nada, pero a lo largo de la noche una duda atravesó su mente en más de una ocasión: la de sí él no habría roto la caldera a propósito para trasladar la fiesta fuera de aquella casa.

En escasos minutos habían desalojado y salían rumbo al pueblo. Tres kilómetros después, una larga caravana de coches aparcaba lo más cerca posible de la plaza, dispersándose por callejuelas adyacentes.

Lisardo, que conocía a Felipe, el dueño de la taberna, se adelantó para avisar de que llegaban y preguntar si les permitía traer como invitadas varias bandejas de comida. Aquel señor, que por su edad ya debería estar jubilado pero que, por su aspecto físico, fibroso y musculado de armario de tres puertas, era feliz atendiendo en su bar, dijo sí a todo lo propuesto al instante.

Los cuatro parroquianos que allí se hallaban concentrados miraron, asombrados, cómo un batallón de gente, ataviada con sus mejores galas, invadía su bar habitual. Felipe abrió la sala contigua al local que hacía algunas veces de restaurante, allí colocaron el refrigerio y se encendió el fuego de la chimenea.

El grupo de música de Lisardo, que había acudido también a la fiesta de Nora para amenizar la velada, colocó los instrumentos en un rincón, junto a la barra y enseguida empezaron a tocar el repertorio más variado de canciones. El único detalle era que la banda solo tocaba melodías instrumentales y carecían de cantante, pero de entre un grupo de muchachas que llegó al cabo de un rato, animadas por las voces que escapaban de la taberna, la más resuelta se había ofrecido a cantar si alguien le daba un micrófono.

Uno de los clientes anunció que su mujer era la encargada de custodiar la llave de la iglesia, «y como por suerte está dormida», anunció muy ufano, él podía sustraer la llave y, bueno, no creía que nadie se fuese a molestar por «coger prestado» uno de los micrófonos. La propuesta fue acogida entre aplausos de inmediato por casi todos los allí congregados y Eloísa no salía de su asombro al ver como hacía escasos minutos eran renuentes a todo y ahora veían correcta la propuesta de aquel vecino de tomar algo sin permiso y previo al allanamiento de la casa de Dios.

Ágatha, la persona que más quejas había proferido al escuchar la idea de Eloísa, andaba seria, disgustada, del mismo modo que si aquel lugar oliese realmente mal. Se notaba que estaba fuera de su ambiente, casi desubicada. Su marido, en cambio, lo miraba todo con su desidia habitual, pasando más tiempo fuera que dentro del local para poder así disfrutar de sus acompañantes más fieles: sus cigarrillos negros.

El resto había formado grupos animados, charlaban, bebían todo aquello que Felipe y su sobrina no dejaban de servir. Otros jugaban a los dardos; al billar, algunos; los más, bailaban y coreaban los grandes éxitos con los que Lisardo, su grupo y la improvisada cantante estaban amenizando la noche. Allí se escucharon títulos tanto en inglés como en español de lo más variado, desde pop hasta *rock* y también canciones del propio grupo.

Juan se animó a tocar el violín acompañado al teclado por su hermano y a Eloísa, al contemplar la escena, le hizo pensar que no parecía haber diferencias entre ellos. Cerró los ojos un instante para desear que lo que la música unía a esos dos hombres, con una facilidad suave y elegante, sirviese al fin de nexos para mejorar su relación.

Poco antes de las doce salieron a la plaza para comer las uvas frente al reloj de la pequeña iglesia. A esas horas de la noche ya eran muchos los paisanos que al escuchar el ambiente que salía del bar se habían animado a bajar y la sensación que producían todos ya era de una gran fiesta.

—¿No quieres uvas? —le preguntó Eloísa al comprobar que, al acercarse el momento de las campanadas, su marido no sostenía una de las bolsitas preparadas para la ocasión en casa de Nora con el dorado fruto en la mano.

—No me gusta la tradición y, además, detesto la uva. ¿Y las tuyas? —le preguntó al fijarse también en sus manos vacías.

—Tampoco me gusta esa tradición. —Se miraron encogiéndose de hombros mientras sonaban los cuartos—. Pero podemos iniciar otra —invitó ella sugerente.

—¿Cuál sería? —El último cuarto sonaba y Eloísa se acercó a su marido, tanto como para que sus narices se rozasen y entonces sonó la primera de las campanadas.

—Esta —dijo depositando un beso en su mejilla, gesto que volvió a repetir al ritmo de la segunda campanada.

Lisardo, divertido, veía como Eloísa alternaba sus mejillas para darle hasta once besos. Pero con la última campanada él desvió la cara y los labios de ambos se rozaron, al ser aquella una nueva tradición cualquier gesto que se introdujese era sorprendente pero bienvenido. Entonces le sujetó la barbilla y empezó a besarla, primero mordiendo con exagerada lentitud el labio inferior de su mujer, para después atrapar por completo la boca de la permanente sonrisa, queriendo casi aspirarla para sí, dejando que la sustancia de la que esa mujer estaba hecha lo empapase por completo.

Eloísa rodeaba el cuello de Lisardo, asiéndose para intentar que él no se alejase de ella aunque el beso se acabase en un instante. Se dejaba besar, se dejaba sorprender: el hombre tímido no era inexperto en el arte de unir a otra boca.

Pero pese a la renuencia a separarse acabaron por alejarlo de ella: su banda y el «público» lo reclamaba para que la fiesta continuase.

El reloj de la plaza marcaba las cinco de la mañana cuando Ágatha se acercó hasta ellos para anunciar que se marchaba junto a Serafín.

—Lisardo, no encuentro a tu abuela, y estoy tan agotada que ni ánimos me quedan para seguir con la búsqueda. Igual hasta ha vuelto a su casa y ni siquiera se ha tomado la molestia de

decírmelo, así que, por favor, ¿la lleváis vosotros si aún continua por aquí?

—No te preocupes, acabo de recoger todo esto —señaló a su teclado que continuaba conectado a un altavoz—, y la busco, no puede estar muy lejos.

Los últimos rezagados empezaban a retirarse en busca de sus coches y una vez que todo quedó recogido, Lisardo se acercó hasta la barra, quería preguntar a la sobrina de Felipe si sabía qué había sido de Nora.

—Pues... —parecía algo cortada al hablar—, resulta que hace ya un buen rato que la vi subir con mi tío hasta la casa.

Indicó con un suave movimiento de cabeza hacia la escalera que comunicaba la taberna con la planta superior. La media sonrisa con la que pronunció aquellas palabras desconcertó a Lisardo, pero no así a Eloísa, que ya había podido observar, en varias ocasiones durante la noche, las largas conversaciones que Nora mantenía con Felipe cuando este no atendía la barra.

—Ah, pues subo a buscarla —dijo muy decidido.

—No sé si es buena idea —comentó Eloísa.

—Pero ¿cómo no va a ser buena idea? Debemos irnos y aquí no podemos dejarla.

Lisardo ya se lanzaba escaleras arriba y fue tras él. Una vez en la planta superior se encontraron con un estrecho y corto pasillo en el que se veían un par de puertas, solo una de ellas estaba cerrada.

—Abuela —llamó entre susurros.

—Anda, ven, la esperamos abajo —le pidió Eloísa.

—¿Qué pasa? Pareces nerviosa.

No acertaba a encontrar las palabras adecuadas para explicar lo que con toda probabilidad estaba ocurriendo entre Nora y el fortachón.

—¿Te acuerdas hace una semana, cuando descubrimos a Tizas en el jardín? —Le apartó con suavidad la mano que ya agarraba el picaporte dispuesto a hacerlo girar.

—Sí, cómo olvidarlo.

—Pues como cruces este umbral mucho me temo que vas a repetir ese momento y tampoco vas a poder olvidarlo jamás —siseó junto a su oreja.

—¿De qué estás hablando?

—Venga, Lisardo, ¿no me digas que no has visto a tu abuela toda la noche pegada a Felipe?

Lisardo parpadeaba como único signo vital visible, puesto que se había quedado paralizado. Por un instante Eloísa pensó que ni siquiera respiraba.

—Tu abuela todavía es joven, ¿acaso te sorprende?

—Pues sí —dijo él, atónito.

En el silencio que se hizo mientras él asimilaba lo que su mujer, comparación canina de por medio, intentaba hacerle entender, se escucharon unas alocadas y divertidas risas procedentes de una garganta femenina que ya no dejaban lugar a dudas. Momento que aprovechó para conducir a Lisardo con suavidad hasta la planta baja y allí, acodados en la barra y con una Eloísa casi adormilada —no así él, que permanecía con los ojos como platos acomodando la idea de su abuela abrazada a la mole humana que era Felipe—, esperaron el regreso de Nora.

Media hora después y ya los tres sentados en el coche, Nora lanzó una sentencia que fue precedida de un sonoro suspiro digno de la mejor película de enamorados:

—Esta ha sido sin duda la mejor Nochevieja de toda mi vida.

Lisardo ya se aventuraba a replicarle algo a su abuela cuando Eloísa contuvo su lengua al presionarle la mano y lanzarle una bonita sonrisa que él alcanzó a distinguir pese a la oscuridad reinante.

—¿Sabéis qué? —Se escuchaba de nuevo la cantarina voz de Nora—. Me gusta cómo os queréis, no es el modo en el que lo hacen tus hermanos con sus mujeres, eso se ve a la legua.

Intercambiaron miradas cómplices que no pasaron desapercibidas para la pasajera del asiento trasero.

—Y adoro la forma que tienes de mirar a mi nieto, Eloísa, ¿sabes por qué? Porque sé que es la misma forma en la que yo miraba y admiraba a mi marido.

Asistir a las cenas en casa de Nora y poco tiempo después a las bodas de los dos primos de Lisardo y la de aniversario de uno de sus tíos, no había servido más que para una cosa, aunque importante y muy reveladora, sin duda: darse cuenta de que los demás también mentían, que fingían tener bonitas relaciones o matrimonios consolidados y perfectos que no eran tales.

Sin ir más lejos a las cuñadas de Lisardo se las veía hastiadas con sus vidas, pese a que no dejaban de repetir en cada ocasión que podían, que se enorgullecían de su opción al elegir el dedicarse a su familia y no trabajar, dejando de ese modo pasar los días en una rutina continua.

Otro claro ejemplo: el de Ágatha y su marido, que apenas sí se dirigían la palabra pese a que uno no daba un paso sin la otra, él por propia inseguridad y ella para que se viese bien a las claras quién mandaba en esa relación y lo corto que lo tenía atado. Recordaba cuando Lisardo le habló de la boda de su madre con su tío, él le hizo partícipe de su opinión al respecto y la conclusión a la que Eloísa había llegado era que la viuda se casó con quien más a mano tenía y pensaba que jamás amó a ese hombre en realidad.

Para colmo, Nicolás, el primo bocazas que no había dejado de perseguirla con la mirada durante toda la fiesta de Nochevieja, se había atrevido a tirarle los tejos a Eloísa en un momento en el que ella disfrutaba de una copa a solas en una de aquellas insoportables bodas. Esas de las que ella creía que solo eran una demostración del «y yo más». Los primos y sus respectivas parejas parecían que estaban compitiendo por el título a la mejor boda del año, ya dudaba de si no habría en juego algún premio de conseguir acabar mejor posicionados.

Creía recordar que existía un programa de televisión en el que cuatro parejas luchaban por un viaje de novios gratis. Sabía que ninguno de los primos necesitaba ese premio, pero tal vez sí el de ser elegidos como los mejores organizando una boda para satisfacer de ese modo el ego y la autoestima.

Eloísa, previendo lo que Nicolás podía llegar a hacer, le había dado instrucciones a su marido, claras y muy concisas, casi sonaban a una orden y así quiso que lo interpretase él: «Cada vez que me aleje de ti quiero que poses tus ojos sobre los míos y que me hagas el amor con la mirada». Observó como Lisardo tragaba saliva y sin darle tiempo a reaccionar concluyó con resolución: «¡Hazlo! Y que todos al observarnos sepan lo que estás haciendo».

Y Lisardo obedeció, porque posar la mirada en su mujer era sencillo: era bonita, encantadora y se veía increíble dentro de aquel sofisticado vestido verde esmeralda. Y hacerle el amor con la mirada era de lo más natural desde hacía tiempo para él: unas veces en casa cuando ella no se

percataba y otras, así lo decían sus ojos, preso de un gran deseo que él no disimulaba.

Eloísa sentía aquella ardiente mirada, la sostenía y se bañaba en ella, para regalarle a él, instantes después, una seductora sonrisa que también lo bañaba por completo, haciendo de Lisardo el hombre más feliz y exultante de todos los allí congregados.

—No me digas que te gusta Lisardo de verdad. Vamos, cuéntame, ¿qué juegucito os traéis los dos? Te prometo que seré discreto, y una mujer como tú y un hombre como yo... —Nicolás se había colocado frente a ella y le susurraba a media voz comiéndosela con los ojos.

Mientras él hablaba, Eloísa no había dejado de mirar a los ojos de su marido por encima del hombro de aquel idiota al que no le daba vergüenza alguna que Silvia, su esposa, se encontrase a escasos cinco metros de ellos y pudiese escuchar o al menos intuir qué estaba ocurriendo. Le regaló una espléndida sonrisa a Lisardo y después, recogiendo levemente el bajo del vestido para caminar mejor, se dirigió en tono dulce y educado a Nicolás antes de alejarse de él:

—Disculpa, no te escuchaba, me he quedado tan solo con tu «no me digas...» —dicho lo cual se encaminó hasta Lisardo y dejó que este la rodease de forma cariñosa por la cintura, después se acercó a su oído para decirle una banalidad que provocó, por un lado la risa en él, y también la fulminante mirada de Nicolás, al contemplar la indiferencia con la que aquella mujer lo había tratado.

Sí, todos mentían en uno u otro aspecto de su vida, aquello no era sino un escenario donde cada cual mostraba lo que quería, no obstante si tenías un poco de interés y te fijabas con atención, descubrías que muy pocos eran lo que pretendían ser.

Asistían a mundanales eventos y su vida diaria transcurría entre la normalidad más absoluta, casi en una lenta pero agradable espera, aunque no sabían muy bien de qué. Era un simple dejar pasar los días hablando, conociéndose, mirándose, admirándose prácticamente en algunas ocasiones, por ejemplo en aquellas en las que continuaba sorprendiéndolo con sus visitas inesperadas a la salida de su trabajo: Eloísa tenía cientos de juegos con lo que provocar en su marido el asombro más absoluto. Sin duda, uno de los que más perplejo le había dejado fue cuando, después de tomar una ligera comida, ella le había propuesto visitar enfermos en un hospital cercano a la discográfica.

—¡¡No hablas en serio!!

—¿Por qué no? ¿Sabes cuánta gente anciana hay sola? Solo tenemos que ir, comprobar en qué habitaciones hay enfermos solos y ofrecernos para hacerles compañía.

—Eloísa, ¿tú te escuchas? No puedes colarte en las habitaciones de un hospital así, sin más, ¿qué va a pensar de nosotros el personal sanitario?

—Absolutamente nada, no sabrán si somos una nieta, un sobrino o un amigo, ¡no te agobies! —dijo sonriendo maliciosamente—. Tú déjame hacer a mí, mira —le dijo abriendo su mochila—, he traído libros y revistas, podemos ofrecernos para hablar, para leer si les apetece o para oír sus historias... Siempre es muy necesario ser escuchado, ¿tú no lo has necesitado alguna vez? —Vio el gesto de asentimiento de su marido y tiró de él, que renuente se resistía a encaminarse hasta el hospital de la calle contigua.

En realidad, le había mentado haciéndole creer que ofrecerían su compañía sin más, pero la

verdad era otra. Días atrás había contactado con una asociación en la que los voluntarios colaboraban de manera altruista con diversos hospitales para realizar esas visitas. Sin duda tenían un control de todas las personas asociadas.

Eloísa, una hora antes, ya había visitado el hospital y se había presentado en el control de enfermería, con lo cual, antes de que ellos llegaran ya le habían indicado un par de habitaciones en las que ofrecer compañía. Aunque para ella sonaba mucho más intrépido tal y como se lo había propuesto y no pensaba revelar la verdad a Lisardo hasta unos días después. Su cara de desconcierto, casi atemorizado al entrar en las habitaciones, mirando por encima de su hombro a la espera de que alguien viniese a llamarles la atención, para Eloísa no tenía precio.

La experiencia había resultado ser un acierto, disfrutando no haciendo aparentemente nada, pero dándose a los demás de un modo tan intenso regalando su tiempo a quien tanto lo necesitaba gracias a esas visitas inesperadas.

Sobre la mente desocupada de Eloísa sobrevolaba una idea de manera recurrente, y se había dado cuenta de que esa idea no era algo nuevo, sino que había nacido años atrás, mucho tiempo antes incluso de ser despedida: estaba pensando viajar hasta Japón, donde un amigo dirigía una empresa de publicidad. Este llevaba desde su creación ofreciéndole trabajo, pero la idea de vivir en un país tan lejano siempre le había impedido lanzarse a esa aventura.

Tras meditar sobre su precaria situación, había decidido que por fin aceptaría la oferta una vez que nada la atase a Lisardo. Aunque prefería no pensarlo, entendía que su historia tenía plazo de expiración, tal y como Lara siempre le había recordado y si no podía evitar que eso realmente sucediese, prefería definitivamente dar un giro radical a su vida.

Pensando en cómo hacer más llevadero su estatus de parada y sacar el máximo provecho a las horas desocupadas, había decidido aprender japonés. Su marido le había facilitado las cosas: una conocida lo hablaba a la perfección y estaba buscando la manera de ganar un dinero extra, por lo que de inmediato habían empezado con las lecciones particulares que él se había ofrecido a pagar gustoso. Así fue como Eva entró en la vida de ambos.

La profesora de japonés era una menuda y resuelta chica morena, de grandes ojos azules, que resultó ser una excelente ayuda para aprender un nuevo idioma. No solo explicaba la gramática de forma sencilla y eficaz, sus clases eran amenas y divertidas y las alternaba con actividades en la calle, para salir así de la rutina tras una mesa o el libro. También le había buscado a Eloísa un grupo de conversación con el que quedaba para practicar una vez a la semana.

Eloísa le regalaba sorpresas a Lisardo y le hacía participe de sus juegos y él se dejaba querer por los diversos objetos que había dejado entrar en su vida: pasada la Navidad, la visita al dentista le había deparado unos *brackets* transparentes en sus deformados dientes.

Poco tiempo después, unas bonitas gafas de pasta marrones, más grandes que las actuales y que dejaban no solo ver su rostro sino poder al fin apreciarlo, habían volado del escaparate de la

óptica para darle alegría a su cara y hacer salir de su escondite a sus ojos.

Así mismo, se había desecho de su uniforme y si bien no era la elegancia personificada, había encontrado en los vaqueros estilo pitillo y las camisas entalladas y con las mangas recogidas sobre el codo, unos excelentes aliados para darle forma a su espigada silueta.

Lisardo, aunque muy poco a poco, había descubierto qué objetos deseaban volar de las tiendas para irse con él y mostrarle así, al resto del mundo, el hombre que siempre había estado ahí pero que nadie, excepto ella, había visto.

Eloísa no había acudido a su cita habitual de los jueves para visitar enfermos. Cuando Lisardo llegó al hospital y no la vio en la entrada probablemente no supiera decir por qué, pero se asustó. Podía tratarse de un simple retraso, pero él notaba la vena de su cuello latir acelerada y su corazón encogido. Tras varios intentos por que le contestase al teléfono decidió ir a casa. Nada más abrir la puerta de la entrada escuchó el alarmante sonido que provenía del baño: Eloísa vomitaba como si la vida se le fuese a escapar por la boca. Dudoso de si pasar o no, llamó a la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó antes de oír el sonido de la cisterna vaciarse por completo.

—Pasa —le dijo con voz apagada.

Eloísa, arrodillada frente al inodoro, intentaba incorporarse y él se adelantó a ayudarla.

—¿Qué te ocurre? —inquirió, claramente alarmado.

—Se me olvidó añadir a mi excelente currículum que sufro migrañas... Hacía tiempo que no me encontraba así de mal, pero tranquilo —dijo al ver su cara de preocupación—, se me pasará, no tendrás que divorciarte... No al menos por esto.

Intentó sonreír, aunque sin éxito. Entendió que se estaba desmayando cuando ya se desplomaba hacia el suelo. Había vomitado repetidas veces y no había ingerido nada tras cada visita al cuarto de baño, por lo que estaba completamente deshidratada. Cuando despertó, instantes después, se encontró en su cama, la luz deslumbrante de la lámpara de su mesita le hizo manotear a tientas para buscar el interruptor.

—Perdona, ya la apago, qué torpeza la mía —se disculpó—. ¿Puedo hacer algo?

—¿Puedes traer agua? Y déjame a oscuras, por favor, si consigo dormir quizá se me pase antes.

Pero el dolor pulsátil no iba a ser benevolente con ella y aquel episodio duró hasta pasada la medianoche, cuando por fin cayó rendida al sueño.

Gracias a las persianas completamente echadas, seguía todo en la más absoluta oscuridad. Tanteando sobre la mesita de noche, acababa de encontrar su teléfono y comprobó que eran casi las dos del mediodía. Se levantó para ir al baño y al salir al pasillo encontró algo que la sorprendió: Lisardo, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de su habitación y abrazado a sus rodillas parecía esperarla. Tenía la cabeza inclinada y creyó que dormía. Se arrodilló junto a él que, al presentirla, alzó el rostro con rapidez.

—¿Qué haces aquí? —Se fijó en que llevaba la misma ropa que el día anterior.

—Espero —dijo con algo cercano al alivio al contemplarla ante él.

Intuía la respuesta a la pregunta que ella le iba a hacer a continuación, pero quiso jugar, del

mismo modo que la primera vez que él se sorprendió al esperarlo a la salida del trabajo.

—¿A quién?

—A mi mujer... para volver a casa.

—Ya estás en casa, no era necesario —dijo ella sonriendo.

—Para mí, sí. —Lisardo se incorporó y le sujetó la mano para hacer que ella también se pusiera en pie—. Tú has estado todo un día fuera.

—¿Y qué has hecho todo ese tiempo?

—Ya te lo he dicho, esperar.

—¿No te has movido de ahí? —inquirió incrédula, señalando hacia donde él había estado sentado.

—Esperar a que tú me necesites me ha dado fuerza para aguantar.

Eloísa no sabía si aquel «a que tú me necesites» se refería únicamente a solicitar su ayuda en esos momentos de malestar o por el contrario era algo mucho más intenso: esperar a que lo necesitase en su vida en general.

«Claro que te necesito», gritaba en silencio mientras se miraban a escasos centímetros tan solo a la espera de que él la pudiese escuchar y la estrechase en sus brazos para besarla, del mismo modo en el que lo había hecho para darle la bienvenida al año nuevo. Pero ninguno de los dos habló.

Después de la memorable noche de las campanadas de fin de año, habían instaurado la costumbre de entablar una conversación de habitación a habitación antes de dormirse. Un dormitorio se encontraba situado frente al otro, las puertas siempre solían dejarlas abiertas y no sabían cómo habían iniciado aquella rutina, más propia de chicos de campamento en verano que de dos adultos.

Podían hablar tan solo unos minutos o pasar una hora completa contándose cosas y siempre acababan con un silencio, nunca deseándose buenas noches. Y cada noche que llegaba ese mortificador silencio para Eloísa, ella miraba con atención hacia la puerta, esperando a que él por fin se decidiera y cruzara el umbral. Pero eso nunca ocurría, pese a que creía que era el paso natural tras besarse del modo en el que lo habían hecho.

La tensión flotaba en el aire desde su regreso de casa de Nora tras la Nochevieja, flotaba como si de un fantasma se tratase: entre sus miradas, en los silencios, en las palabras pensadas, pero no dichas y que pululaban en aquel piso que compartían. Estaban en cada roce fortuito o buscado, en cada risa y en todas las sonrisas espléndidas que Eloísa le dedicaba día tras día.

# Capítulo 10

## Cuando más felices fuimos

La casa de Mallorca de Nora era un espacio para el disfrute, el descanso, la diversión, el intercambio de miles de charlas, de momentos, y todos buenos y agradables... En el remoto caso de que Ágatha, capitán único de aquella familia avinagrada, no se empeñase en hacer de cada instante de su vida, y la de sus allegados, una pose y un anuncio de educación, buenos modales y perfección.

No había duda de que algunas cosas habían cambiado desde que Eloísa había llegado a esa familia. Una prueba era que Nora había invitado a Felipe a la isla y allí estaba aquel hombre, en calidad de lo que Ágatha no se atrevía ni a soñar en sus peores pesadillas.

El primer día en la isla, Eloísa había propuesto hacer una acampada con los niños para pasar la noche en el jardín. Lisardo y ella andaban rebuscando en el trastero, lugar donde Aurora les había comentado que había visto por última vez la tienda de campaña cuando ambos quedaron inmóviles y en el más absoluto silencio al escuchar como alguien, al que no veían, entraba al trastero para segundos después iniciar una conversación telefónica no apta para oídos sensibles.

Escondidos tras una gran estantería, distinguieron con claridad la voz de Nora hablando con alguien. Al principio, y llenos de desconcierto, Lisardo quiso asomarse para hacerse visible, pero la conversación fue subiendo de tono y la propia sorpresa no les dejó moverse de su escondite.

—¿Con quién habla? —le susurró Lisardo a su mujer al oído.

—Apostaría a que con Felipe.

—Pero si Felipe está abajo, lo acabo de dejar fumando en el jardín.

Por toda respuesta ella se encogió de hombros. Estaba claro, al menos para Eloísa, que a aquella pareja le gustaba jugar.

—Tápate los oídos —le sugirió Lisardo llevando hasta sus orejas las manos para hacer lo propio.

—No, ¿por qué? —Sonreía incrédula al verlo de esa guisa.

—Porque esto no está bien —dijo agobiado.

—Es bonito —le dijo ella apartándole las manos y obligándole a escuchar.

Lisardo negaba con los ojos cerrados, claramente avergonzado por las palabras que en esos momentos su abuela le hacía llegar al musculoso de Felipe en oleadas de ardientes insinuaciones. Eloísa tuvo que taparse en más de una ocasión la boca para sofocar la risa al descubrir a Lisardo abanicándose con la tapa de un libro que había sacado de la estantería. Con la frente perlada de sudor, se le veía claramente sofocado.

Cuando al fin Nora abandonó el trastero, su nieto, aliviado, se apoyó en la pared para mirar a Eloísa con los ojos abiertos como platos.

—Desde que te conozco no hacemos más que ser testigos de las más variadas muestras de amor —dijo él resoplando de manera sonora.

—¿Y no te parece maravilloso?

—Lo de los perretes tenía un pase, pero lo de mi abuela con Felipe me tiene alucinado.

—¿Y lo felices que son? Anda, vamos a bajar y seamos testigos de las miradas que se lanzan cuando creen que nadie más sabe lo que se acaban de decir.

Eloísa arrastró a su renuente marido hasta la planta baja. Allí, sentados ante al televisor del salón, se acomodaban en el gran sofá, Felipe junto a Ágatha y el marido de esta, mientras que Nora se había situado, estratégicamente, en un sillón frente al resto.

Desde el quicio de la puerta pudieron comprobar cómo la felicidad inundaba la cara de Nora ante las miradas cómplices que Felipe le lanzaba, sin que nadie más fuese consciente de ellas. Una enorme sonrisa se pintó en los labios de Lisardo, primero al ver la escena y a continuación para regalársela a su mujer que la recogió con todo el placer del mundo.

Lisardo hacía uso de la vieja motocicleta de su abuelo aparcada en el garaje y salía con Eloísa a diario en busca de calas perdidas y escondidas, descubiertas por él tras años de vagar solo durante las vacaciones de Semana Santa o verano. Una de sus noches de confianzas de dormitorio a dormitorio, le había confesado que en una de esas calas había perdido la virginidad y que todos los años tenía algún encuentro con más de una bañista.

Aquella noche, lo recordaba perfectamente, no hizo falta que él se explayase en detalles para que a ella le entrase calor con la confesión y hubiera de separar el liviano edredón de su cuerpo, un tanto alterado al pensar en él junto a otra mujer.

Se bañaban, nadaban, se sentaban perezosos bajo el sol, compartían bocadillos como comida tardía, paseaban, leían... sus libros y después los intercambiaban, pero sin acabarlos, ya que leían en la página donde cada uno se había quedado y entonces opinaban sobre lo que les parecía la historia o los personajes en ese punto de la lectura en la que los habían descubierto. También se leían uno apoyado, o semiacostado, sobre el otro. O hablaban de todo y a veces, la mayor parte del día, no hablaban de nada porque sentían que no lo necesitaban.

Pero cuando le urgía esa necesidad de que Lisardo le hablase lo anunciaba sin reparos, así fue como le pidió que le contase algo inesperado para él:

—Ya sabes lo mucho que me gusta escucharte cuando me hablas y me explicas cosas.

—Sí —dijo él por toda respuesta desperezándose en la toalla en la que estaba tendido.

—Me gustaría oírte mientras me cuentas alguno de esos encuentros que tenías aquí, con esas chicas. —El corazón se le aceleró con la petición y tras formular esta creyó que había dejado de bombear sangre, saltándose un latido... dos, a la espera de su respuesta.

Lisardo giró el rostro hacia ella para mirarla incrédulo. Después se incorporó con rapidez para sentarse tal y como hacía ella: con las piernas encogidas, abrazando sus rodillas. Sostuvieron las miradas durante unos instantes.

Eloísa habría pagado por entrar en su mente y descubrir qué había generado su petición en él. Qué pensaba, qué sentía, ¿se había violentado? ¿Creía que era algo muy íntimo? Y sí, lo era, por supuesto, pero buscaba la confianza plena entre ambos, la complicidad, el conocerse en todos los aspectos y para eso era necesario hablar de todo, de lo que ella pedía también.

Cualquiera que estuviese al tanto de su matrimonio de conveniencia le habría dicho que esa

intimidad, en su caso, no era necesaria. Para ella, en cambio, la relación que ambos habían ido forjando pedía esa intimidad, y otra mucho mayor: una no narrada, sino vivida. Y ella quería esa intimidad, la deseaba, iba a luchar por ella. Lo único que esperaba era ser correspondida.

Lisardo desvió la mirada hacia las olas que rompían muy cerca de sus toallas extendidas, el mar estaba revuelto ese día y no animaba a nadar. Lo observó mientras permanecía ensimismado largos minutos, todo apuntaba a que no estaba por la labor de hablar. Aunque no iba a pedírselo de nuevo.

Ya aceptaba aquel «no» silencioso cuando él empezó su relato:

—Conocí a varias mujeres, de algunas no recuerdo ni siquiera el nombre, nos vimos una sola vez y no las volví a encontrar, ni siquiera por casualidad. La primera vez surgió de repente, fue ella quien se presentó. Yo andaba solo, como siempre, buscando calas donde perderme y en una de ellas apareció esta chica, junto con un grupo de amigas. No recuerdo como fueron los pasos previos antes de que todo sucediese, solo sé que si cierro los ojos, únicamente veo el instante de nosotros dos haciendo el amor, por llamar de algún modo a los que hicimos en la penumbra de la gruta, escondida de todas las miradas de aquella pequeña playa. Después de esa tarde creí, en mi bendita inocencia, que estaba enamorado sin remedio y por eso la busqué como un loco romántico por todas partes. Al final conseguí dar con ella... para que ella me ignorase a mí y a mis ilusiones, sin miramiento alguno. Yo tenía diecinueve años, era mi primera vez, en todo: en que alguien se fijase en mí, en enamorarme, en hacer el amor... y el tonto también.

La miró antes de continuar.

—Por si te lo estás preguntando: fue un puñetero desastre, creo que solo disfruté yo, dudo de que ella lo hiciese con aquel inexperto muchacho que casi eyacula antes de penetrarla. De ahí que, cuando me ignoró por completo, como si yo fuese invisible del todo, la única conclusión que saqué es que si nada quería saber de mí, era por culpa de la deprimente hazaña sexual; lo que me hizo generar más inseguridad en lo que al sexo respecta, por si ya no tenía bastante con mi portentoso físico.

»Doy gracias a que comprendí que en esos encuentros, vividos durante el tiempo de vacaciones, las chicas tan solo buscaban disfrutar un rato, sin más pretensiones. Entendí que si yo me libraba de mis miedos y mis complejos, y sobre todo, si me olvidaba de enamoramientos y de querer fascinar a nadie, yo podía ser como ellas: un buen rato, así, a secas.

»Decidí, por tanto, aprovechar la próxima oportunidad, si es que se daba el caso. Y no es que lo fuese buscando, mis dotes para seducir eran nulas, pero a veces surgía sin más. Coincidí con varias mujeres solas en muchas calas diminutas y escondidas. Mi segunda vez fue totalmente diferente, quizá tuvo mucho que ver el que ella fuese más experta que la primera chica. Dirigió aquel encuentro, en el que yo no fui más que un instrumento para darle placer.

Eloísa escuchaba sin apenas moverse. Lisardo se encontraba frente a ella, pero en algunas partes del relato desviaba la vista hacia el mar, entornando los ojos como si fuese a la búsqueda de aquellos recuerdos de juventud.

—Aprendí, descubrí el sexo, me descubrí a mí mismo, llegué a conocerme bien, a saber qué me gusta y que no. Lo mejor es que me liberé de un peso tremendo al sentir que ellas disfrutaban conmigo. Y en silencio me reía de mis hermanos cuando conocían a alguna muchacha y ninguna les convencía lo suficiente porque no eran perfectas, siempre tenían algún defecto. Mientras ellos esperaban a la reina yo disfrutaba del cortejo, como suele decirse.

Lisardo sonreía con malicia y también lo hizo Eloísa, evocando las caras de sus cuñados.

—Conocí a muchas mujeres, pero una de ellas fue la que me dejó huella: Sofia. Pensaba que sería un encuentro furtivo más, pero aquel verano que cumplí los veinticinco, y tras nuestro primer encuentro, la descubrí una tarde rondando la puerta de la casa de mi abuela. Me estaba esperando, ¡a mí! Imagínate mi sorpresa, yo ya había entendido hacía años que no debía esperar nada de esos momentos, que nunca encontraría amor ahí. Ni tampoco una relación más o menos duradera. Y sobre todo, asumí que hacerme ilusiones con alguna de esas mujeres era únicamente tiempo perdido y malgastado en sufrir sin necesidad.

»Sofía no tenía nada de especial, quiero decir, todos lo somos de un modo u otro para alguien, pero ella no destacaba por nada físicamente. Era una chica que habría pasado desapercibida en cualquier parte: cuerpo aniñado, delgadita, piel muy blanca, pelo corto, suave y muy rubio, casi de muñeca, pechos diminutos... A Sofia le gustaba un chico de su país, en Holanda. Y a la vuelta de sus vacaciones tan solo deseaba poder seducirlo y que él viese en ella a una mujer deseable. Tenía una teoría: pensaba que, probar lo que significaba dar y recibir placer haría que su cuerpo se revistiese de un halo de sensualidad. Me explicaba su razonamiento: sentía que al hacer al amor se investía de una túnica de erotismo, que la bañaba de una pátina que no tenía siendo inexperta en cuestiones amorosas. Creía firmemente que, haber probado el sexo la hacía apetecible y estaba convencida de que ese chico la miraría con otros ojos. Me buscaba a diario, únicamente para que le hiciese el amor, pero yo tenía claro que simplemente me estaba usando y que solo pensaba en aquel holandés.

Lisardo sonreía con ternura, sin duda evocando el cuerpo y el rostro de aquella menuda chica. Inspiró aire de manera intensa y clavó sus pupilas en los ojos expectantes de Eloísa. Esta creyó que, aunque imperceptiblemente, se había acercado más a ella. Ahora sus rodillas se rozaban.

—Repetir encuentros con Sofia me ayudó a experimentar. Ensayo y error. Entonces descubrí el cuerpo femenino y aprendí qué puede darles más placer.

Los nervios de Eloísa se crisparon ante lo que él narraba. Lisardo bajó la vista desde sus ojos, para continuar por sus mejillas hasta detenerse en la bonita barbilla de su mujer, y desde ahí, dejarse caer. Sentía cómo aquella sensual mirada resbalaba por su terso cuello hasta el desbordante escote del pequeño bikini, mostrando unos incitantes y redondos pechos apenas cubiertos por la tela dorada del traje de baño. Sus pezones se encogieron cuando él clavó en ellos sus ávidos ojos y habló de nuevo, empleando un tono más bajo, más dulce, más íntimo:

—Aprendí a acariciar, a lamer y a saborear, a soplar sobre ellos para hacer que las areolas se encogiesen, duras y expectante por probarlas.

Un latigazo de placer estremeció a Eloísa, ahora su pecho subía y bajaba ante los latidos frenéticos de su corazón. Lisardo la excitaba con su relato y deseaba lanzar un grito angustiada tan solo de pensar que él no la fuese ni a rozar.

—Aprendí cómo se debe morder ejerciendo la presión exacta sin llegar a lastimar. Aprendí de esa humedad que os desborda y de cómo hacerla llegar, valiéndome de todo yo: mis manos, mi boca, mis labios... mi lengua, para por fin nadar en ella y poder ahogarme a la vez que ellas lo hacían.

Eloísa cerró los ojos, presa de una ansiedad que no dejaba de aumentar, sudaba por cada poro de su electrificada piel. Sentía que estallaría de un momento a otro cuando notó esa humedad

que él nombraba unida a la creciente excitación en el centro mismo de su ser, provocada, únicamente, por la voz de aquel hombre, su marido, ese que sentía tan cerca en esos momentos, tanto que le parecía tenerlo dentro, pero que en cambio estaba tan lejos.

—Una mujer abierta por completo para ti, no solamente por la posición de su cuerpo, sino abierta de mente, de corazón, esperando por ti, sin complejos, sin ataduras, sin pensar, sin juzgar ni analizar. Deseosa porque entres en ella y la invadas por un momento, que colonices su ser, que la hagas sudar, gritar y gemir, que tiemble contigo, que la hagas vibrar... Aprendí a entrar y salir, a deslizarme en el interior de aquellos cuerpos ansiosos y logré ejercer el control sobre mí y mis propios deseos y urgencias. Descubrí cuando ser lento y cuando acelerarme, cuando hablar y cuando callar.

Se acababa de inclinar sobre ella para hablar entre susurros con voz ronca:

—Sé cuándo pronunciar palabras que pueden enardecerte más.

Eloísa estaba sufriendo y él lo sabía, pero al separarse de ella quiso tocarlo, atrapar su mano para llevarla hasta su pecho, sentirlo al fin donde lo estaba echando de menos. Con ojos llenos de tristeza, él negó con la cabeza, convencido.

Escucharon unos alegres gritos infantiles. Eloísa cerró los párpados con fuerza. Se había olvidado por completo de que habían quedado con sus cuñados y los niños para pasar la tarde juntos.

—Eloísa, aprendí que sois un recipiente maravilloso, que se debe cuidar y tratar con esmero, porque el placer no es cosa de uno solo, sois una creación excepcional, la mejor de todo el universo.

Lisardo se levantó de un rápido salto y se zambulló en el agua. Ella ardía y sabía que debía imitarle si no quería acabar abrasada, sentada en aquel pedazo de arena bañada por el mar. Solo esperaba que las olas de este no le arrancasen de cuajo toda la intensidad de lo que acababa de experimentar y que dejaran algo, alguna migaja si acaso Lisardo acababa su relato como debía: con ella entre sus brazos.

Aquella tarde transcurrió entre juegos con los niños y estos no dieron tregua para nada que no fuese estar pendientes de ellos. Al regresar a la casa, actuaron como si la encendida narración de esa tarde no hubiese tenido lugar; cenaron en familia y a la hora de siempre se marcharon a su habitación.

Eloísa ya llevaba un par de minutos acostada a oscuras cuando él salió del baño. Escuchó sus pasos acercándose hasta la cama y se detuvo ante esta, sin llegar a deslizarse entre las sábanas. No entendía qué ocurría pero esperó.

—Conocí a varias mujeres, Eloísa, pero en ninguna encontré la magia que destilas tú. Todo aquello fue sexo sin más, pero lo que nunca pude saber es qué se siente al dar todo de ti de otro modo... De un modo tierno y sentido pero con alguien a quien amas y te corresponde.

Se hizo un silencio de nuevo hasta que él lo rompió, llenándola de pena e incomprensión.

—Lo siento, Eloísa, pero no puedo meterme en la cama contigo. No conseguiría dormir y estoy realmente cansado.

Esa noche lloró vaciándose en silencio y mientras lo hacía, sin emitir sonido alguno, una idea se le enredó en la mente desesperándola. Necesitaba darse una ducha, sujetando el guante de crin para frotar todo su cuerpo con esa sequedad y rugosidad y hacer desaparecer los restos del deseo con el que las palabras de su marido habían impregnado su piel. Las llevaba ahí, casi tatuadas y

no las quería con ella, ni tampoco sobre ella, quería hacerlas desaparecer.

Pero no eran horas de despertar a toda aquella familia, las tuberías eran algo antiguas y producían más ruido del necesario, sobre todo cuando toda la casa estaba en absoluto silencio, toda la casa salvo su cerebro, que no dejaba de trabajar.

Así que, simplemente lloró, desahogándose para poder amanecer a la mañana siguiente con su habitual sonrisa en los labios, tal y como siempre hacía, incluso cuando todo se torcía y no creía merecer lo que le estaba ocurriendo.

Una nueva mañana siguió a esa eterna y perturbadora noche, para encontrarse con un Lisardo que se hallaba de un humor excelente. Nada parecía haber pasado entre ellos y Eloísa comprendió que era mejor así, había demasiados ojos puestos sobre ellos como para dar motivos de qué hablar.

Disfrutaron nuevamente de una más de sus apacibles tardes en la playa siguiendo con su rutina de pasar el tiempo sin demasiadas pretensiones. Así que volvían a conversar, a leer, a reír, como siempre desde que se conocían, pese a las intensas miradas que en ocasiones no podían evitar dedicarse.

Lisardo se alejó de la toalla y se entretuvo durante un buen rato, ayudándose de una de las muchas ramas de pino que la marea arrastraba hasta la orilla. Con ella dibujó en la arena el teclado de un piano enorme. Eloísa lo miraba encantada mientras depositaba restos de madera quemada de las diferentes hogueras que allí hacían los turistas por las noches para completar aquel piano con las pertinentes teclas negras.

—¿Te gustaría que tocara algo para ti? —propuso él.

Haciendo visera con la palma de la mano, evitando así que el sol le impidiese ver la bonita sonrisa que su marido le estaba dedicando, asintió complacida.

—Voy a imitar a Tom Hanks en la película *Big* y tocaré con los pies —anunció convencido.

—¿Qué pieza vas a tocar? —dijo incorporándose para ir a situarse frente al teclado y poder contemplar de cerca la divertida cara de Lisardo con aquel improvisado instrumento.

—*Para Eloísa.*

—¿No es *Para Elisa*? —preguntó entrecerrando los ojos evocando la obra de Beethoven.

—¿Quién quiere a Elisa pudiendo tener a una Eloísa?

El halago hizo que se mordiese el labio inferior y bajase la mirada un tanto azorada, pese a todo lo ocurrido entre ellos aquello era agradable de escuchar. Lisardo saltaba alternando los pies descalzos sobre las teclas de arena y emitía los sonidos de las notas de la escala musical en una innovadora composición. Cuando acabó, Eloísa se acercó hasta él:

—¿Puedo tocar yo también?

—Adelante —invitó con un suave gesto de la mano.

Empezó a saltar y a emitir unos raros sonidos guturales que hicieron enrojecer a Lisardo creyendo que moriría de tanto reír.

—¿Qué es eso...? ¿Qué suena? —decía entre carcajadas.

—No lo sé, me lo estoy inventando... No tengo ni idea de notas musicales.

De su boca salían ruidos que podían asociarse a timbres señoriales: *ding, dong, ding* y otros

sonidos que no se asociaban a nada.

—Definitivamente, el piano no es uno de esos objetos que desee ir contigo, ¿no?

Como impulsada por un trampolín, saltó fuera del teclado, cayendo con los pies juntos ante él. Las bonitas y acogedoras sonrisas de Eloísa hacía tiempo que tenían eco en Lisardo, ya no las obviaba y mucho menos era inmune a ellas, al menos no lo disimulaba.

Su marido le apartó de la cara un mechón de pelo que la suave brisa se empeñaba en hacer salir de detrás de la oreja, donde no dejaba de ponerlo. Ella tan solo podía reír encantada con su lamentable actuación, pero al cabo de unos segundos todo quedó en silencio, únicamente el romper de las olas en la orilla les recordaba dónde estaban.

Entonces, él se humedeció los labios y Eloísa posó sus ojos en ese gesto; al instante un suave sabor salado le llegó hasta su propia boca, como si ya pudiera estar saboreando la del hombre que tenía ante ella. En ese momento de su historia, esa inventada a la que ambos habían decidido jugar, solo había un beso: largo, profundo, sensual, tierno, excitante, arrollador... Tanto que arrasase con ambos y les hiciese caer hasta la arena presos del deseo más intenso y poder así acabar lo que había quedado pendiente la tarde anterior.

—¿De dónde sales? —susurró haciendo que ella se encogiese de hombros—. ¿Quién eres, Eloísa? —Bajó la mano por la fina piel de su cuello provocándole un leve estremecimiento, el primero de los que ansiaba que viniesen después si él se decidía a continuar.

—Soy un libro abierto, tan solo tienes que venir y pasar mis páginas —anunció con convencimiento, sintiendo un leve temblor en sus labios al hablar, aunque sin apartar los ojos de los de él.

A veces basta un aroma, un sonido, un inconveniente gesto para destrozar el mejor momento entre dos personas. Ya era la segunda vez que les ocurría, en esa ocasión, el familiar sonido de un pequeño motor les hizo percatarse de algo. Les estaban robando la motocicleta que tenían aparcada sobre el promontorio por el que se accedía a la cala. La cara con la que ambos se miraron lo decía todo: la vuelta se les iba a hacer eterna.

Para añadir más inconvenientes a la situación, la tarde caería muy pronto y no había forma de pedir ayuda, puesto que Eloísa se empeñaba, en cada una de aquellas escapadas, en no llevar teléfono y permanecer así lo más aislados del mundo posible, al menos hasta su vuelta a la casa familiar.

Sin perder un segundo en lamentaciones, recogieron todo y emprendieron la marcha para el regreso. Lisardo había calculado que, a buen paso, estarían en casa de Nora en unos cuarenta minutos. Pero en cierto punto de la carretera, la chancla de dedo del pie derecho de Eloísa decidió que no deseaba seguir adelante en aquella larga caminata que ya se estaba eternizando.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lisardo, agobiado por el inconveniente y sobre todo alarmado ante los kilómetros que todavía restaban por recorrer.

—Ahora... tus calcetines desean volar hasta mis pies, tú usas las zapatillas sin ellos y yo intento regresar lo más dignamente posible.

Pese a las rozaduras que las zapatillas le estaban provocando a Lisardo, este no podía dejar de reír en cada ocasión que la vista viajaba hasta los pies de su mujer, ahora envueltos en aquellos patucos blancos: los calcetines le quedaban grandes y resaltaban de manera ofensiva al final de sus bonitas piernas. La solución fue aceptable, por unos minutos, justo hasta que cada piedra de la carretera se clavaba de manera hiriente en sus plantas y se hizo demasiado evidente, por su rostro

contraído de dolor, que no podría seguir.

—Hacemos un cambio: te dejo mis zapatillas y yo me calzo esos estupendos calcetines — sugirió él, caballeroso, al verla sufrir.

—¡Si usas cinco números más que yo! Tampoco así voy a llegar muy lejos. —Suspiró cansada sentada en la orilla del camino—. ¿No me recriminas que no te haya dejado traer el teléfono? —preguntó cauta e incrédula.

—¿Y de qué iba a servir mi reproche? —afirmó encogiéndose de hombros al tiempo que le sonreía.

—Eres un encanto —le dijo llena de orgullo.

—Bueh... Si me permites... creo que hay diversas opiniones al respecto.

Ya iba a rebatir su queja cuando un desagradable ruido tras ellos les hizo girar la cabeza al mismo tiempo: una desvencijada y colorida furgoneta venía a su rescate.

—¿Dónde os llevo? —ofreció un alegre y adormilado muchacho desde la ventanilla del conductor.

—Unos kilómetros más abajo, frente a Cala Morada —dijo Eloísa de inmediato, por lo que no pudo apreciar el temor reflejado en los ojos de Lisardo mientras observaba el humo que salía no solo por el tubo de escape, ese que ya casi tocaba la carretera de tan descolgado como se veía, sino también por el inconfundible olor a marihuana que la furgoneta expelía.

Lisardo miraba algo atemorizado a su rescatador, un escuálido chico de unos veinticinco años, de pelo rapado y sonrisa permanente. Junto a él se sentaba una delgaducha muchacha que lucía la piel más pálida y enfermiza que ambos hubiesen contemplado jamás.

Y mientras él se enfrentaba a las dudas de la seguridad que aquella aventura podía depararles, Eloísa ya había descornado la puerta lateral para subirse a la furgoneta, antes de que su marido hubiese decidido si deseaba o no ser transportado por aquel trasto rodante. Ella se acomodó como pudo en la parte trasera, entre un sucio colchón y una pequeña e improvisada cocina en la que distinguió un grasiento hornillo sujeto a la chapa del vehículo, amén de otros tantos bártulos.

—¿El caballero sube o lo dejamos aquí? —inquirió con sorna el conductor.

Tirando de la mano de un inseguro Lisardo, consiguió introducirlo en la furgoneta y le hizo un hueco junto a ella. Pero cuando quisieron cerrar la puerta, esta se resistió de tal manera que tuvieron que optar por dejarla tal cual estaba. Solo entonces se percataron de la presencia de un perro: un enorme san bernardo que dormitaba sobre una andrajosa toalla estampada de colores flúor. Entre los ruidos del viejo motor les pareció escuchar los sonidos de los ronquidos de aquella mole peluda, probablemente adormecido por los efluvios del cánnabis.

—Tete y Vero —anunció el conductor presentándose.

—Eloísa y Lisardo —dijo él.

—*Joé*, qué fino ha sonado. —El muchacho se echó a reír emitiendo unos suaves rebuznos—. Manuel y Verónica he debido decir, para estar a vuestra altura... Tete es por Manolete, pero no toreo, ¿eh? —Volvió a reír con sus propias gracias—. Solo pesco, porque lo único que como es pescado, el pescado es la base de todo: patés, cremas, caldos, sopas y los palitos de cangrejo, eso es lo más para mí, ¡¡como pipas me los como yo!! —anunció muy ufano.

Eloísa, entre los muchos olores que invadían aquella furgoneta, había detectado una fuerte vaharada a pescado. Al mirar a Lisardo, lo sorprendió con los ojos un tanto atemorizados y

puestos en el techo, donde pendían algunos salazones de difícil identificación que se bamboleaban en sus sucios ganchos de manera peligrosa. Se imaginaba a su marido rezando, ante la inminente amenaza de que les cayeran encima de un momento a otro.

—A ella no le gusta. —Tete señaló a la chica con la barbilla.

—Pero me aguanto —dijo Vero encogiéndose de hombros.

—¿Y qué os ha pasado para que vayáis andando y descalzos por ahí?

—Nos han robado la moto —anunció Eloísa.

—Pues el que haya sido no andaré muy lejos, ¿queréis que lo busquemos?

—No, no, deja, deja, por hoy ya hemos tenido bastante actividad. —Lisardo declinó la invitación de buscar a los ladrones.

—Como queráis.

Se hizo un silencio, si es que acaso se podía clasificar así aquel incesante petardeo del tubo de escape. Al cabo de unos segundos Tete volvió a hablar.

—Si os hace... —Sobre el colchón, y entre ellos, acababa de aterrizar la bolsa que Tete les había lanzado. No hubo que inspeccionarla mucho para entender que se trataba de marihuana, junto a todo lo necesario para liarla.

—No, gracias. —dijo Lisardo con evidente aprensión.

—Joé, no te va nada de lo que propongo... A ver si con esto consigo que te animes: tu chica es muy guapa —dijo guiñándoles un ojo por el espejo retrovisor.

Una risa tonta invadió a Eloísa al percibir la turbación de Lisardo ante aquel comentario. Se sentía traviesa y se animó a replicarle al conductor.

—Vero también es muy mona —dijo ella con toda la intención, haciendo que los ojos de Lisardo se agrandasen excesivamente.

Invadida por no sabía qué espíritu aventurero, Eloísa se animó a sacar uno de los cigarros que ya estaba liado y para sorpresa de Lisardo lo encendió. Cuando ella se lo tendió para ofrecérselo, él se echó hacia atrás, negando repetidamente con la cabeza, movimiento al que añadió el de su dedo índice, como si este tuviese un motor que no pudiese desconectar.

Una única calada bastó para que se marease y le hiciera sentir arcadas, no había fumado en su vida, ni siquiera un simple cigarrillo, cuanto menos marihuana. Era su primera vez y la experiencia no le estaba gustando nada, aunque continuaba envalentonada y pensó que quizá con otra calada la cosa mejoraría. No fue así.

—A mí me gusta tu chica, a ella le gusta mi Vero, así que... si queréis nos lo montamos —anunció Tete con naturalidad—, ¿aparco por ahí, en cualquier sitio?

—Entre la pinada mejor, ¿no? —Eloísa continuaba con la tomadura de pelo hacia Lisardo sin dejar de contemplar su cara de estupor.

—A mí no me van los tíos, ¿sabes? Pero vosotros me habéis caído bien y yo, si alguien me cae bien hago lo que sea, así que... —dijo frenando en un cruce—. ¿Qué me dices, culo fino? —preguntó mientras se giraba a medias posando un brazo en el asiento que ocupaba Vero—. Como no has abierto la boca me lo tomo como un sí a todo lo que yo proponga.

Eloísa sonreía con ganas de echar a volar la carcajada y con un leve gesto de cabeza parecía invitar a su marido a liarse con el amable conductor. El rostro de Lisardo se veía rojo pero amenazaba con ponerse verde para pasar al negro más oscuro.

—¡Ufff, qué careto! Si te fumases uno como ella te relajaría la pelvis y me mirarías con ojos

golosones. —Tete volvió a sujetar el volante y continuaron el camino.

—Eso, relaja la pelvis. —Eloísa le guiñó un ojo al tiempo que le obsequiaba con un ligero codazo y daba una nueva calada.

—Mira, yo me bajo —le susurró Lisardo intentando incorporarse—. ¿Puedes parar? —le preguntó al muchacho.

—¿Pa qué? No hemos llegado, ¿dónde vas? ¿Qué prisas tienes...? ¿O es que te lo quieres montar ya? Pues una cosa te digo y ahora sí que me pongo serio.

Tete intentaba dar a su tono algo más de gravedad, aunque el leve adormecimiento con el que hablaba solo movía a risa. Pese a todo continuó con la que era una clara advertencia:

—No le hagas nada al perro, esas cosas no me van, te aviso que eso ya sí que no lo admito, porque una vez lo intentó un autoestopista que recogimos y...

Pero parecía que Lisardo no tuviese necesidad alguna de que el muchacho continuase con el relato y lo cortó en seco.

—¡¡Me bajo!! —dijo más alto Lisardo, ya incorporado y asomándose a la puerta lateral que continuaba abierta.

—¡¡Qué manía, chico!! —refunfuñó Tete.

Las carcajadas de Eloísa retumbaban por toda la furgoneta, pero al ver la furia con la que su marido la estaba mirando optó por secundar su idea.

—Será mejor que nos bajemos aquí mismo —solicitó Eloísa apagando el cigarro en el suelo de chapa oxidada de la furgoneta.

—Pues tenéis un problema, chicos: no puedo parar.

—¿Qué quieres decir? —gritó Lisardo para hacerse oír por encima del petardeo del tubo de escape.

—Pues que os tenéis que bajar en marcha.

—¡Pero si antes has parado para recogerlos! —protestó Eloísa, que ya no reía y ahora se preocupaba por tener que saltar sin calzado.

—He parado porque era en llano. Detrás de vuestra casa viene una cuesta, si freno la furgoneta después ya no la querrá subir, se me calará y nos dejará tirados y yo, paso. Así que o bajáis en marcha, o seguís camino hasta donde vayamos..., que no sé dónde vamos.

Y antes de que ella pudiese reaccionar, su marido había saltado con el vehículo en marcha, gracias a que este no hubiese alcanzado grandes velocidades ni en una recta en llano y eso salvó a Lisardo de unas cuantas lesiones. Eloísa se asomaba a la puerta corredera incrédula ante lo que ocurría, pero al comprobar que él estaba en perfecto estado, se decidió a saltar también, para caer rodando por el polvoriento camino.

Vivió su propia caída como si la estuviese contemplando en una gran pantalla de cine y al incorporarse, ayudada por Lisardo, solo se recordaba gritando como una posesa mientras saltaba y no dejaba de rodar.

—¿Por qué te bajas? Te parecía todo tan divertido que no entiendo por qué no has seguido con ellos —le soltó enfadado una vez que se hubo asegurado de que ella estaba bien.

—Solo bromeaba —dijo entre risas abrazándose a él.

—Pues no tenía ninguna gracia, ya me he visto sodomizado por ese tío en la parte de atrás de su piojosa furgoneta. —Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo haciendo que Eloísa no pudiese dejar de reír.

Tete, unos metros más allá, había sacado el brazo para despedirse de ellos.

—¡¡Un placer!! —le escucharon gritar.

En silencio vieron cómo se perdía al final del camino, aunque el gran revuelo que aquel trasto producía continuaron escuchándolo un rato más. Por suerte la casa de Nora se vislumbraba a escasos metros de donde se encontraban, ya solo debían internarse por el camino de la derecha para llegar a su destino.

—Tranquilo, con la familia Ingalls dentro de *La casa de la pradera* estaremos libres de toda perversión —dijo señalando hacia la enorme propiedad de Nora—. No cabe duda de que ese Tete era un sátiro. —Se carcajeó alegremente, aunque completamente mareada por el cánnabis.

—Ese viaje te ha trastornado...

—Si solo estaba jugando —se defendió casi lloriqueando.

—¿A qué? ¿Al amor libre? Ese tío hablaba muy en serio.

—Solo le seguía la corriente.

—Sí y casi acabamos amando al perro de no ser porque no le van esas «cosas».

—Faltaba Tizas en ese cuarteto amoroso —dijo jocosa.

—Sí, menudo cuadro y su dueña dándonos latigazos... Porno duro se llama eso, ¿no? Anda, camina —la exhortó al ver su inmovilidad—. ¡Dios, apestamos a porro! —dijo asqueado sin dejar de olisquearse la camiseta.

Lisardo la sujetó del brazo y tiraba de ella con suavidad para hacer que se moviese, de otro modo Eloísa se habría lanzado al suelo presa de una risa floja que no podía controlar.

Cuando al fin entraron al jardín, Aurora ya había preparado la habitual cena fría junto a la piscina. Las histriónicas carcajadas de Eloísa alarmaron a Ágatha, haciendo que esta se levantase como un resorte de la silla en la que languidecía como una autentica diva para salir a su encuentro.

—¿De dónde salís? Pero... ¿y qué pintas trae tu mujer? —Se escandalizó al percatarse de los calcetines en los pies de su nuera y comprobar que el calzado brillaba por su ausencia—. ¡¡¿Y esa peste?!! —gritó horrorizada al acercarse a su hijo y olfatearlo como si fuese un gran sabueso.

—¡Qué interrogatorio, Ágatha! Igual quieres oler como nosotros, verías como así no preguntabas tanto. —Eloísa le habló con un descaro que no era nada propio de ella; después, se descolgó la mochila que traía a la espalda y la abrió, para acto seguido depositar sobre la mesa, dispuesta para la cena, la marihuana que Tete les había lanzado no hacía mucho.

—¡¡Joder con tu mujercita!! —rezongó Juan divertido.

—¡Por dios, qué vergüenza! —Ágatha no dejaba de moverse inquieta alrededor de la mesa donde yacía la infortunada bolsa.

—¡¡Eloísa!! ¡¿Les has robado?! —le increpó Lisardo.

—¿A quiénes les habéis robado? De verdad, hijo, es que no te reconozco, ¿eh? —dijo su madre presa de los nervios sentándose para abanicarse de manera imperiosa con una servilleta.

—Nooo, claro que no he robado, es solo que no me ha dado tiempo a devolverle la bolsa —se defendió Eloísa tranquilamente mientras iba a echarse sobre una de las tumbonas ignorando a todos los allí presentes. Sentía los pies destrozados y todo el cuerpo magullado.

—Solo tenías que dejarla en la furgoneta —le regañó él.

Las risas a coro de la familia hicieron exaltarse mucho más a Ágatha.

—Pero ¿de dónde venís? Y esconded eso que los niños pueden salir.

—Están cenando dentro —dijo tranquilamente Juan—. Aurora les ha preparado la mesa en el

salón para poder ver la televisión. Y aunque se presentasen aquí ahora mismo, mamá, no saben qué es eso. Y, por cierto, ¿cómo sabes tú qué es «eso»?

—Lo sabe todo el mundo —se justificó su madre.

—No diría yo tanto —le replicó su hijo.

—Bueno, da igual, tiradla ya, fuera de mi casa, ¡fuera de mi vista! —gritaba Ágatha roja y casi despeinada.

—Hija, ya está, no es el demonio encarnado en hierba y después de todo... Yo nunca la he probado y la verdad, siento curiosidad —anunció Nora de forma tranquila haciendo chillar más a su hija y provocando nuevas carcajadas con el inesperado anuncio de la abuela.

—¿Qué ocurre con tanto grito? ¿Qué es esta histeria? —Miguel había salido de la casa; se acercaba dando grandes zancadas, visiblemente alarmado hasta donde estaban todos.

—Tu cuñada... —Su suegra la señaló con inquina—. Que se ha atrevido a traer porros a esta casa.

Miguel la miró frunciendo el ceño y todos al parecer aguardaban expectantes unas palabras en su tono habitual para aplacar las estridencias de su madre.

—¡Vaya, mamá! —dijo poniendo los brazos en jarras—. Por fin un poco de alegría en este muermo de vacaciones.

—¡¡Miguel!! —le chilló indignada.

—Hija... Relájate —suplicaba su madre.

—Esta familia se va al carajo, al CA-RA-JO —silabeó Ágatha enfáticamente encaminándose hacia la casa para desaparecer de la vista y oídos de todos.

—Sí, niña, qué bonita palabra, ¡que no se diga de la buena educación que te he dado! —Nora reía divertida, aunque sin dejar de mirar con atención la bolsita que había desatado todos los males.

Esa noche salió un coro de risas de entre los setos podados de aquella casa de vacaciones que probablemente pudieron escucharse desde varios metros de distancia.

En un momento dado de la «humeante» velada, Eloísa, que permanecía sentada junto a la tumbona que su suegro ocupaba, aprovechó para hacer algo que no había hecho desde que aterrizó en esa familia: hablar con aquel silencioso hombre. Para su sorpresa, también él se había animado a cambiar su famoso tabaco negro por esos otros cigarros de Tete.

Un simple saludo había bastado para que Serafín empezase a hablar como una cotorra. Así, Eloísa pudo descubrir que su gran pasión era la caza. Le comentó que la había practicado de joven, pero desde que se había casado con Ágatha esta le tenía terminantemente prohibida dicha actividad. «Como casi todo», había añadido en un imperceptible susurro. Ella pertenecía a una asociación en defensa de los animales y no estaba bien visto, ni era nada coherente, que su propio marido se fuese a pegar cuatro tiros de vez en cuando al monte.

—Me quito el deseo de cazar viendo programas de televisión —le decía entre calada y calada.

—Nunca he visto ese tipo de programas, ¿en qué consisten? ¿En ver simplemente cómo se dispara?

—Nooo, qué va, es mucho más que eso.

Entonces, hasta sus oídos, ahora enturbiados por el cánnabis, llegaron una serie de frases que para ella carecían de sentido pero que a su suegro parecían emocionarle bastante:

—Perdices con *pointer*, el gran jabalí de diez años, escopetas en manos veteranas, iniciando al *Patterdale terrier*... —Y así continuó aquel amante de la caza cuando Eloísa ni siquiera le prestaba atención, justo hasta que escuchó nuevamente a Serafín decir—: Conejos a perro puesto.

Las risas de Eloísa atronaron por todo el jardín al imaginarse unos enormes perros de porcelana «puestos» y dispuestos por todo el campo para intentar sorprender y cazar conejos.

# Capítulo 11

## Cuando nos descubrimos en la oscuridad

—Lisardo.... ¿No es esa es la motocicleta de tu abuelo? —Eloísa miraba atónita hacia la moto aparcada justo en la puerta de una tienda de golosinas y refrescos.

Miguel, gracias al coche alquilado para esos días en la isla, les había dejado en el pueblo mientras hacían unas compras y paseaban tomando un helado. El regreso habían decidido hacerlo en autobús.

—¿Qué hacemos? —le preguntó casi con temor a su marido, como si ellos fuesen en realidad los ladrones y no los dueños.

—¿Cómo que «qué hacemos»? Arrancarla y salir de aquí pitando montados sobre ella —dijo lanzando su helado, prácticamente sin probar, al suelo y enfilando hacia la moto.

—Quien la haya robado se nos va a echar encima, ¿no será mejor llamar a la policía? —Lisardo y ella habían dado parte esa misma mañana de lo ocurrido.

—¿Y que no lleguen a tiempo y la perdamos otra vez de vista? Anda, tira el helado y corre a subirte en ella, porque como tenga gasolina nos largamos de aquí a la de ya. —Sacó las llaves del bolsillo trasero de su pantalón vaquero, donde no se habían movido desde la tarde anterior.

—Acabo de comprarme el helado... Está entero —gimoteó con pena mirando su mano en la que sostenía una tarrina de turrón de tamaño casi industrial puesto que había elegido, si no la más grande, una de tamaño más que considerable.

—¡¡Que fuera el helado, te digo!! —dijo arrebatándoselo de la mano para lanzarlo contra el muro que más cerca tenían. Después tiró de ella y casi la empujó para obligarla a sentarse en la moto—. En otro momento te prometo que te compro un litro... para ti sola.

Pero antes de que Lisardo pudiese darle al contacto, dos muchachos, ninguno de ellos mayor de trece años, salieron de la tienda. El más bajito y enjuto de los dos, saltó como un resorte para lanzarse contra ellos.

—¡¡Cabrones, dejad mi moto!! —les gritó el imberbe adolescente, agarrando la mano que Lisardo ya tenía preparada con la llave.

—¡¡¿Tu moto?!! ¡Anda por ahí! Pero si tendrías que estar en la guardería todavía y montando en bici con «ruedines». Date una vuelta y acaba el zumo de pajilla ese que te has comprado —le dijo Lisardo con una tranquilidad pasmosa.

Pero lejos de amedrentarse, el chico se encaró aún más con él. En cambio, su compañero de fechorías, al ver que habían sido sorprendidos, intentó hacer desistir a su amigo:

—Anda, déjalo y vámonos de aquí antes de que nos metamos en un lío.

—Tío mierda, cobarde, siempre estás igual, eres un *rajao*. Lárgate tú si quieres, la moto la encontré yo y es mía.

—¡A mí nadie me llama tío mierda! —se defendió el más alto.

Ante los ojos anonadados de Eloísa y Lisardo, los dos chicos empezaron a discutir, elevando

cada vez más el tono de sus palabras; llegaron al clímax cuando, el muchacho que al principio parecía más razonable de los dos, se cagó en los difuntos del otro, y este, en ese punto del debate callejero, lanzó sobre la acera el brik de zumo y su cara empezó a adquirir una tonalidad muy similar a la del tomate madurado al sol más intenso. Hecho un energúmeno, y aullando como si estuviese poseído, ya cargaba toda su furia contra su amigo cuando Lisardo extendió el brazo para parar el golpe que se adivinaba en la cara del alto.

—En mis muertos no se caga nadie, ¿te enteras? —gritaba el chico completamente desatado, intentando darle un puñetazo que Lisardo, ya en pie sobre la acera y dejando a Eloísa sujetando la moto, volvía a parar como si fuese un *sparring*.

—Para... Que pares te digo —le dijo con voz neutra intentando tranquilizarlo.

—Hasta que no le parta la cara a ese no paro, ¡te voy a dar más palos que los que le da mi madre a la estera los sábados cuando limpia, por imbécil! —le gritaba fuera de sí—. ¡Te parto la cara, el alma...! ¡*Desgraciao!*

Para sorpresa de todos, Lisardo se sacó la correa del pantalón y sujetando esta por un extremo golpeó con ella, y con todas sus fuerzas, sobre el asiento de la moto. Entonces, el cuero del cinturón restalló como un rayo sobre el plástico quemado, dejando a todos más que impresionados y paralizados momentáneamente.

—Venga, vamos a pelearnos todos, ¿a quién le doy primero? ¿A ti? —le gritó al pequeño pendenciero.

—A este, por cagarse en mis muertos —dijo el ladronzuelo señalando a su asustado compañero.

—¿Y cuántos años tienes tú? ¿Tres y medio? ¿Cuántos muertos tienes que no soportas el insulto? —inquirió Lisardo con sorna, aunque aparentando gran seriedad, lo que confundió al chico, provocando que este se quedase pensativo unos segundos, mientras que su amigo, temblando de miedo, no dejaba de agitarse nervioso.

—Ninguno —contestó convencido al fin—, pero eso da igual, le parto la cara a este por lo que me ha dicho.

—¡Me cago en la leche! —Lisardo volvía a dar otro latigazo sobre el sillín dejando a Eloísa anonadada con la situación—. Adelante, ¿a qué esperas? Vamos a pegarnos todos, venga. —Un nuevo y sonoro latigazo restalló de nuevo—. Vamos a darnos de guantazos que es lo más divertido que se puede hacer.

Entonces se hizo un tenso silencio en el que todos se miraban con atención, como estudiando su siguiente paso a dar y las posibilidades de éxito que en realidad tenían.

—Anda por ahí, zopenco chiflado, y métete la moto por donde te quepa, total, ¡¡menuda mierda de cacharro!! Una miseria me daban por ella —soltó al fin el pequeñajo con total desfachatez, alejándose de allí con pasos acelerados intentando mostrar indiferencia.

Tras unos instantes de indecisión, el otro chico le siguió casi al galope; estaba claro que no podían pasar el uno sin el otro pese a todas las palabras dichas.

Eloísa y Lisardo no dejaban de reír recordando el gran momento de los latigazos mientras volvían a casa. Justo acababan de bajarse de la moto para descorrer la verja exterior, cuando un frenazo les asustó. Tete había aparcado de malas maneras su furgoneta y se encaminaba hacia ellos con cara de pocos amigos.

—¡Vaya, hoy no quieres intercambio de parejas por lo que veo! —soltó jocoso Lisardo al ver

el gesto serio del muchacho.

—Sois mala gente, que está bien que no queráis *na* en mi *furgona* conmigo, o con mi chica, pero ¿que me robéis la hierba...? *Joé*, tíos, cómo os pasáis, ¿no? Lo poco que tengo os lo ofrezco y vais y me lo birláis. Y el perro porque es grande, porque llega a ser uno de esos perrillos para llevar en un bolso de niña pija y también os lo lleváis. —Se le veía molesto pero no le acompañaba el tono que empleaba al dirigirse a ellos.

—Perdona, Tete —se disculpó Eloísa.

—De perdona *na* —la cortó de manera seca—, me dais lo mío y yo me largo. Ahora, no me lo dais y la tenemos gorda, yo de bueno soy tonto, pero a las malas... ¡¡A las malas me cago en *to*!! —gritó dando un puntapié al lateral de su furgoneta, sumando así una nueva abolladura a las muchas que ya lucía.

—Lisardo... ¿Ocurre algo? —preguntó Nora que ya se acercaba hasta la entrada desde donde provenían las voces.

—Nada, abuela. —Quiso tranquilizarla su nieto con escaso éxito.

—¿Quién es este joven?

Lisardo ya se palpaba por los bolsillos buscando su cartera para abonar lo fumado.

—Venga, culo fino... ¿En serio me vas a dar dinero? ¿En serio? *Amos* no me jodas. ¿Qué habéis hecho con lo mío?

—Lo suyo lo tengo yo —declaró la abuela acercándose a Tete que la miraba de medio lado; parecía estar estudiándola, midiendo a aquella elegante señora con la vista—. ¿Quiere pasar? No está bien discutir en la puerta. Nos tomamos algo y charlamos.

—Mire, señora... Yo charlar como que no, tengo poco tema de conversación y no me gusta aburrir al personal. Y menos en su propia casa, porque así no le dejo opción para que pueda largarse cuando yo entre en el frenesí de mi monólogo, ¿sabe *usté*?

—¿Y tomar algo? O mejor, se queda y comemos juntos.

—Hombre eso ya... ¿Y qué tienen para comer? Porque solamente como pescado y si lo pesco yo mejor.

—Si hay otra cosa a mí no me importa. —Tras ellos escucharon la voz de la silenciosa Vero que había bajado de la furgoneta no sabían bien en qué momento.

—Tenemos de lo que quieran, porque se prepara en un momento —ofreció Nora abriendo de par en par las puertas de su jardín.

—Mí perro también pasa, ¿le importa? Porque si le importa mal vamos y no quiero ser maleducado en su casa, pero entiéndame: el *animalico* también tiene derechos.

El «animalico» bajó de la furgoneta desperezándose cuando Tete descorrió la puerta lateral, dejando a la abuela clavada al suelo cuando se acercó a olfatearla con escaso interés, aunque babeándola de lleno.

—Su perro es bienvenido —dijo con una fingida sonrisa.

Apenas sí habían andado unos pasos cuando gran parte del jardín apareció ante ellos.

—¡¡*Ostilín*, que *piscinaca* guapa!! ¿Me puedo bañar? Le aseguro que estoy limpio, me meto a diario en el mar y la sal mata todo, ¿sabe? Pero tranquila, que el perro ni se acerca, me da asco nadar ahí si sé que está todo lleno de pelos. —Un escalofrío recorrió a Tete de abajo arriba.

Eloísa sonrió al contemplar aquel elocuente gesto, a la vez que Lisardo ponía los ojos en blanco, probablemente al recordar el colchón sobre el que aquella pareja dormía y que

compartían junto al san bernardo.

Aurora, desde la ventana de la cocina, les había visto acercarse y salió para hablar con Nora.

—Aurora, por favor, vamos a poner la mesa ya.

Sin pedir permiso alguno, Tete acababa de echarse en una de las tumbonas y miraba a su alrededor con aire de satisfacción.

—Me apetecen huevos rellenos —anunció como si fuese el dueño de la casa, al parecer ya no le importaba ingerir únicamente pescado—, ¿es posible?

—Es posible —dijo Nora.

—Pero, señora —protestó Aurora—, ya tengo la comida preparada, hoy me dijo que al no estar todos bastaba con unos bocadillos y algo de fruta.

—Bueno, quiero complacer a este chico, unos huevos se hacen en nada.

—Yo te ayudo —se ofreció Lisardo sujetándola por el brazo y encaminándose hacia la casa.

—¿Puedo entrar al baño? —pidió la voz tímida de Vero.

Eloísa la acompañó hasta el aseo de la planta baja. Cuando abrió la puerta y le dio al interruptor, la cara de emoción de la muchacha al contemplar aquel amplio espacio no tenía precio.

—Hace mil años que no entro en un baño en condiciones, siempre usamos los de las gasolineras o bares.

—¿De dónde sois? —inquirió Eloísa.

—Pues... —dijo sopesando la respuesta—, de ninguna parte en concreto.

Eloísa intuyó que, con esa cortante frase, la conversación estaba acabada y que nada más iba a saber de ella, por lo que optó por dejarla en la intimidad del baño. Había decidido esperarla junto a la puerta corredera que daba acceso al jardín, y cuando al fin salió, fue para sorprenderse al escucharla hablar de manera incontenible.

—Me he criado toda la vida yendo de pueblo en pueblo. Mi madre se dedicaba a la artesanía, trabajaba la cerámica y también la decoraba, era una artista... Tenía una mano especial para la pintura. —La tristeza y la añoranza eran muy patentes en la voz y el rostro de Vero—. Yo intento imitarla, pero nunca seré como ella. Siempre andábamos dando tumbos en las ferias y fiestas. Falleció cuando yo tenía quince años y entonces me quedé a vivir con mis tíos. Ese fue el periodo más largo que he estado viviendo en un mismo sitio... Duré con ellos tres años, hasta que me largué y me parece que no me han echado de menos porque nunca me buscaron, ni yo los necesito.

Sintiendo una gran ternura y simpatía por el resumen de su vida que aquella chica acababa de hacerle se animó a preguntar, solo esperaba que ella no malinterpretase su actitud como una invasión.

—¿Tete tiene familia?

—Sí, aunque no se llevan demasiado bien... por mi culpa. No dejo de reprocharme que si yo no existiera, él habría vuelto con sus padres; creo que está conmigo por pena, porque sabe que estoy sola. —Vero se encogió de hombros de manera indiferente.

Volvió a guardar silencio y Eloísa, por unos instantes, no supo si hacer preguntas o simplemente ofrecerle salir junto a los demás, pero la muchacha volvía a sorprenderla de nuevo.

—Estoy embarazada...

Eloísa ya se disponía a darle la enhorabuena cuando Vero la cortó:

—Pero yo no quiero esta vida para mi hijo. Y sé que cuando Tete lo sepa ya no querrá dejarme y lo último que deseo es que esté conmigo por obligación.

—¿Todavía no lo sabe?

—Sospecha algo porque no fumo y ya me he negado varias veces a seguirle en sus juegos de intercambio de parejas.

—¿El bebé...?

—Es suyo, sí. Únicamente con él no uso protección.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—No lo sé, igual me marcho y desaparezco. Ya lo hice una vez con mis tíos y puedo volver a repetirlo.

—¿Sin decirle nada? No hagas eso —dijo Eloísa entristecida—, merece saber tu situación.

—¿Para qué? ¿Para preocuparlo cuando vea que no es posible criar a un niño en esa furgoneta que ya se cae a pedazos? Entonces pedirá ayuda a sus padres, querrá que vayamos a vivir con ellos y yo no lo soportaré; no estoy hecha para vivir con nadie que quiera imponerme sus normas.

Ambas quedaron en silencio. Vero parecía absorta en sus propios problemas y Eloísa sufría ante lo que esa chica acababa de contarle y sentía que no podía permanecer indiferente.

—Siempre hay una solución para todo, piensa primero qué quieres hacer y sobre todo habla con Tete de tu situación y si no veis salida, llámame. —Se acercó hasta la mesita baja del teléfono y anotó su propio número en una libreta de notas a la que después arrancó la hoja—. Intentaré ayudarte en la medida de mis posibilidades y si no puedo hacerlo, buscaré quien sí pueda.

Cuando regresaron al jardín, Ágatha y su marido ya estaban más que familiarizados con la presencia de Tete.

—Hay que ver, señora... Qué guapetona es *usté*.

Esa fue la primera frase que tanto Eloísa como Vero escucharon decir a Tete refiriéndose a Ágatha. Esta se pasó la mano por el pelo en un gesto bastante coqueto, pese a que, Eloísa lo sabía, deseaba aparentar indiferencia.

—Y *usté* tiene acento... —dijo dirigiéndose a Nora—, pero no lo ubico, ¿es rusa?

—No, soy de Nueva York. ¿Conoces muchos rusos?

—Al Vladimir, que bebía vodka mientras comía pepinillos y también tenía acento, así como el suyo. ¿*Usté* bebe vodka?

—Soy más de ginebra —dijo Nora.

—¿La ginebra con esas cosas que le ponen ahora flotando? Pues no se ofenda, pero eso parece sopa con picatostes.

—Me pareces un ser de luz, casi un ángel —le dijo Nora extasiada mirando el joven rostro del muchacho—. Así que no me ofende nada que salga de tu boca, Manolo, de verdad.

—Me gusta cómo dice mi nombre. —Sonreía complacido mientras untaba *foie* en el panecillo para prepararse un bocadillo, obviando las mini tostas que para tal fin había dispuesto Aurora sobre la mesa.

Ágatha lo observaba anonadada, sin duda al contemplar cómo desaparecía de la bandejita todo ese costoso manjar para ser untado de ese modo y disfrutado por uno solo de los comensales. Tete, que sin duda ya se había percatado de que no era muy bien recibido por aquella estirada señora, no dejaba de regalarle encantadoras sonrisas y arrobadas miradas de fascinación.

—Mi marido se llamaba como tú y le hacía muchísima gracia escuchar cómo pronunciaba su nombre. —Nora lo repitió un par de veces para felicidad de Tete.

—Oiga, y ya que a *usté* le gusta, ¿sería posible probar la ginebra en esos copones donde ahora los sirven?

—Copas de balón —apuntó Ágatha.

—Copones, señora, eso antes de acabártelo ya está más que aguado. Que quede claro que lo voy a probar porque Nora lo ha ofrecido y no quiero hacerle un desaire —aseveró muy convencido en aquella interpretación libre de su propia sugerencia—, porque si no le aseguro que prefiero los pepinillos con vodka del Vladimir.

Tete y Vero dieron buena cuenta de todo lo servido, a él se le vio disfrutar especialmente con los huevos rellenos, de los que no necesitó ayuda para engullir media docena. Y la delgada muchacha no podía ocultar su cara de felicidad con cada trozo de queso que se llevaba a la boca, buscando con la mirada a Lisardo. Este ya había observado que Vero esperaba que le dijese el nombre de la variedad que estaba a punto de degustar y él la complacía dándole la información, puesto que era un apasionado de ese alimento y podía darle los datos necesarios.

—Y bueno, ¿un cafelito para acabar? —sugirió Tete que no podía estar callado ni siquiera con la boca llena—. ¿Qué dice *usté*?

—Que por supuesto, en cuanto lo pidas.

—Bueno, sin prisas, que esto hay que acabarlo, está feo tirar comida.

—Acaba tranquilo, yo lo preparo —se ofreció Ágatha.

—Entonces seguro que sabe a gloria —le dijo zalamero.

—Eres un adulator, Manolo —le replicó Ágatha.

—Señora, esa frase con mi nombre completo tiene mucha erótica... ¿Le va el amor libre?

Todos comprobaron cómo Ágatha se ruborizaba hasta lo alto del todo de su bien peinado moño.

—Que sepa que al finolis de su hijo se lo ofrecí y lo rechazó —anunció con total naturalidad—. A ustedes se les ve buena gente, pero no está bien ser tan estirados, al menos en el amor.

—¿Me explicas lo del amor libre? —pidió Nora inclinándose hacia delante como si fuese a tener una confidencia con aquel joven dicharachero.

—¡Mamá, por Dios!

—Hija, ¿no ibas a hacer café? —le dijo sacudiendo la mano con dejadez hacia ella hasta que desapareció en el interior de la casa.

Entonces, Tete instruyó, «del modo más elegante» —así lo anunció él— a la dueña de la casa y a los allí reunidos con sus aventuras amorosas. Felipe, Lisardo y Eloísa no dejaban de reír, mientras que Serafin y Nora, en completo silencio, no se perdían un solo detalle del relato. Únicamente Vero permanecía indiferente.

—Vero no se aburre contigo, ¿verdad? —inquirió Nora.

—Puede apostar a que no —le confirmó ella.

Al cabo de unos minutos, Ágatha volvía a hacer acto de presencia con una bandeja repleta de tazas y una humeante cafetera. Se dispuso a servirlo ella misma, empezando por Tete.

—¿Lo quieres solo o con leche?

—Solo —pidió él.

—¿Azúcar o edulcorante?

—¿Edulcorante? —preguntó extrañado—. ¿Cómo qué? ¿El espartano ese?

—Perdona, querrás decir aspartamo, ¿no? —le corrigió confundida Ágatha.

—Ah, sí, eso, ya decía yo que no podía ser porque espartanos eran los que lucharon contra Ben-Hur.

Las risas atronaron en el jardín de Nora, Tete le guiñó un ojo a su novia y esta le sonrió divertida, la primera vez que todos le veían hacerlo. Aunque nunca lo reconocería, Ágatha estaba pasándose en grande, la única ocasión en la que Eloísa la vio relajada y que no parecía como si se hubiese tragado un lápiz.

El resto de la tarde transcurrió de manera tranquila; para sorpresa de todos, Tete congenió a las mil maravillas con Serafín, al saber que uno era aficionado a la pesca y el otro a la caza, empezaron a charlar animadamente en el jardín para acabar juntos sentados en el sofá del salón ante el televisor, disfrutando del canal temático del que tan fan era aquel silencioso hombre.

Hacía bastante rato ya que habían apagado las luces del dormitorio que compartían. Esa tarde y tras despedir a Tete y a Vero, Lisardo se había mostrado taciturno, pero tras lo sucedido dos noches atrás, Eloísa no creyó que fuese una buena idea ser demasiado insistente en preguntar qué le ocurría. Parecía ensimismado y no deseaba incomodar.

Él siempre había sido el primero en caer rendido al sueño en cada ocasión en las que habían tenido que compartir cama, pero pese a no haberlo hablado, era demasiado evidente que esa no era una noche cualquiera: era el último día de vacaciones, a la mañana siguiente saldrían todos rumbo al aeropuerto y una vez en Madrid ya solo les quedaba una cosa por hacer: separarse.

Cuando ambos se metieron en la cama, algo más se había deslizado junto a ellos entre las sábanas; para ella era el peso de una despedida que no sabía cómo afrontar, lo que ya no tenía muy claro era qué peso era el que cargaba Lisardo.

Los dos sabían que Eloísa debía marcharse, pero únicamente ella era sabedora de que no deseaba hacerlo.

Eloísa, bajo aquella oscuridad reinante tan solo anhelaba una cosa: asirse a la mano de Lisardo, esa que soñaba de manera casi enfermiza sobre todo su cuerpo para arrancar, de su piel, notas preciosas. Aguardó unos agónicos minutos más hasta que el deseo la asaltó hasta convertirse en algo insoportable y se rindió a él: tanteó bajo la sábana y buscó los largos dedos de su marido. De inmediato se giró a mirarla, y pese a la tenue luz que se filtraba por los livianos visillos, pudo percibir la mirada asustada con la que los ojos de él la observaban.

Animada por esa mirada, que solo quería apaciguar, alzó su mano para acariciar la suave mejilla que tenía a escasos centímetros de su propio rostro, entonces pudo percibir en sus yemas el suave temblor que había recorrido a aquel cuerpo silente acostado junto al suyo.

Desde que se conocían siempre había dado los primeros pasos con él: las sonrisas acogedoras, también las tímidas y otras tantas seductoras; los besos en la mejilla de despedida, otros divertidos o como simple saludo. También había sido la que iniciaba los abrazos: de ánimo, de consuelo, de pura atracción, y todos ellos nunca fingidos.

Lisardo únicamente se había animado a ser el primero en algo: en besarla en los labios para darle la bienvenida al año nuevo, gesto que no había vuelto a repetir. En esos momentos no tenía

muy claro quién de los dos se atrevería a dar el salto para ir más allá en el juego, ese que ya no le parecía tal a Eloísa puesto que estaba necesitando que se tornase una realidad entre ellos.

—¿Tienes ganas de perderme de vista? —preguntó aparentando ligereza cuando en su interior notaba el corazón galopar desbocado recordando la noche en que no durmió con ella.

Pero no contestó a la pregunta y el desaliento hizo mella en las escasas ilusiones que había levantado ante la buena acogida que sus suaves caricias estaban provocando en él. Ya iba a batirse en retirada cuando Lisardo le devolvió la caricia, iniciando un lento recorrido en la curva de su barbilla para descender poco a poco por el largo cuello de la mujer que tenía frente a él. Cerró los ojos invadida por el deseo y los volvió a abrir cuando la voz de su marido rompió la oscuridad:

—Tengo ganas de perderme en ti.

El día que les robaron la moto solo hizo falta el sonido del motor para hacer que un instante mágico se desvaneciese como la espuma de las olas. Ahora, unas hermosas palabras habían sido suficientes para prender la mecha en ellos. Y entonces Lisardo fue encantador con ella. Buscar otra palabra para definirle carecía de sentido y habría estado de más.

La acariciaba despacio, con delicadeza, como si ella fuese el mejor de los instrumentos y arrancaba de Eloísa las notas más sutiles, que no eran sino hondos suspiros de placer, intensos gemidos de puro gozo... Esas eran las notas que ella, en sus delicadas manos, era capaz de emitir.

Él llevaba la batuta en aquel concierto de dos hecho uno solo. Se desnudó y la desnudó sin prisa, tal y como siempre se conducía en su vida diaria. Lisardo amaba como vivía: sin prisa, con gestos caballerosos, dulces, elegantes, pese a su desastrosa indumentaria, porque su alma de artista afloraba en él aun sin pretenderlo o buscarlo.

Y en las distancias cortas, en esa intimidad provocada por ella, en ese roce de cuerpos desnudos, tibios, de carne trémula, él era un amante atento que se adelantaba a todos sus deseos. Parecía leer en ella, tal y como la tarde anterior le había pedido en la playa: como si fuese un libro abierto. Aunque, en ese momento, lo más adecuado era describirla como una partitura en la que el músico lee la más bonita de las melodías.

No se podía pedir un adorador más diestro y al mismo tiempo más educado y complaciente. Y Eloísa, debajo de Lisardo, se dejaba recorrer mientras él visitaba cada rincón de su cuerpo, recreándose allí donde más intensamente le hacía vibrar, arrancando en ella las notas más altas.

—Lisardo... —musitó con voz temblorosa debido a la excitación—, deja que encienda la luz —dijo extendiendo el brazo para buscar el interruptor.

—No —parecía suplicar él.

—Por favor —pidió de nuevo.

—Eloísa, por favor —solicitaba él a su vez.

Deseaba ver su rostro y bañarse en sus bonitos ojos. Que él la inundase con la mirada, arrebatada y llena de deseo por ella mientras la hacía suya, era un sueño demasiado tiempo acariciado como para no poder disfrutar de él. Pero aceptó su petición y simplemente se aferró a ese otro cuerpo desnudo para amarlo en la oscuridad.

Cuando la felicidad amenazó con desbordar la cama en la que yacían y una inmensa ola de placer los tumbó a uno sobre el otro, Lisardo tanteó cerca de la mesita de noche y se hizo la luz sobre ellos. Eloísa parpadeó deslumbrada, no tan solo por la cegadora e inesperada claridad, también por el rostro apacible que la contemplaba a escasos centímetros de su cara.

—Solo deseaba ver tu sonrisa —le dijo él antes de apagar de nuevo la luz para tenderse junto a ella y caer rendido al sueño muy poco tiempo después.

## Capítulo 12

### **Cuando al fin entiendo que no eres para mí... porque siempre has sido de otra**

El avión de regreso de Mallorca aterrizaba en Madrid hacia el mediodía. La vida debía continuar tras ese breve paréntesis vacacional, para todos. Ágatha y su marido se despidieron sin grandes efusividades, del mismo modo que habían hecho Juan y su familia. Miguel, su mujer y los niños habían embarcado en la isla rumbo a Viena.

Únicamente una apasionada y enternecida Nora parecía que fuese a echarlos de menos. Ella y Felipe se iban una temporada a vivir a Nueva York, y Eloísa y Lisardo estaban más que invitados. Ella sonrió agradecida, pero pese a las ganas que la invadían no intercambió mirada alguna con su marido. Entendía que lo primero era regresar a casa y comprobar en qué punto estaban.

Esa mañana al despertar, no encontró a Lisardo en la cama. Cuando bajó a desayunar él ya hacía tiempo que estaba listo y preparado para marcharse de la isla. Eloísa, un tanto desencantada, no sabía bien qué decir ni cómo dirigirse a él tras todo el amor que se habían profesado la noche anterior. Sí, para ella había sido amor, no podía acomodarlo en su mente de otro modo.

En el viaje de vuelta, el azar había querido que ella se sentase con Serafín y Ágatha, con lo que se hizo imposible hablar con Lisardo. Las cosas no mejoraron una vez aterrizados en Madrid: el taxi que debía llevarlos a casa había efectuado una parada en la discográfica donde su marido debía atender un problema surgido el día anterior. Por tanto, regresó sin compañía y, una vez que se vio a solas y con las maletas en mitad del salón, entendió que aquella escena no era sino el preludio de lo que iba a ocurrir en breve. Eloísa no deshizo el equipaje. Sin duda ambos tenían una conversación pendiente y en cuanto él apareciese por casa no iba a evitarla.

Sobre las cuatro, y como ya era parte de su rutina, llegó Eva para impartir la clase de japonés. La chica era desconocedora de la situación que compartía con Lisardo y pensó que ya habría tiempo de explicarle que ella se marchaba.

Ambas disfrutaban de una animada charla en la cocina mientras degustaban una taza té cuando él hizo acto de presencia. La primera en verlo, puesto que estaba de cara a la puerta, fue Eloísa. Lisardo se había cortado el pelo, al fin había descubierto que las tijeras deseaban volar hasta su cabeza para vaciarla de cabello insustancial.

Ya no estaba su desfavorecedora coleta, ahora lucía media melena escalonada que le daba volumen al cabello y esto hacía que en su delgado rostro no se marcara tanto la mandíbula. Y, sobre todo, el pelo caía sobre sus orejas cubriendo estas y la parte que tanto le afeaba. Se le veía con un aspecto desenfadado, casi descuidado cuando no lo era en absoluto.

Por un momento parpadeó incrédula, ante ella parecía tener al mismísimo Fele Martínez de jovencito en la película *Tesis*. Los ojos de Eloísa brillaban de emoción con el descubrimiento y su satisfacción tuvo un fiel reflejo en los ojos de Lisardo que sonreía complacido. Quiso

incorporarse como un resorte y echarse a sus brazos, pero Eva giró la cara para mirar lo mismo que ella miraba.

Entonces pasó todo; lo que siempre había temido, ahí estaba: Eva acababa de ver a Lisardo. Porque mirarlo siempre lo había hecho, pero jamás había llegado a verlo realmente, ya que esa muchacha, como el común de los mortales, siempre se había quedado en lo superficial, sin llegar a descubrir al verdadero hombre que tan bien se escondía tras su uniforme de «quieroserinvisibleydesaparecerdetuvista».

Eva le sonreía seductora a su marido y eso descompuso a Eloísa, no así a Lisardo, que al descubrir ese otro modo en que esa menuda chica se fijaba en él, había sonreído también, de medio lado, casi tímido y haciendo que su mirada bajase un tanto para perderse hacia sus pies.

Y Eloísa lo comprendió al fin, lo que no había querido ver desde que la joven entró en aquella casa de la mano de Lisardo: Eva le gustaba. Siempre había sido así, pero probablemente nunca creyó que ella pudiese fijarse en él, y ahora que por fin lo había hecho, había descubierto lo agradable que era esa sensación de resultar atractivo a los ojos de la persona que te gusta o de la que estás enamorado, el no ser invisible o prácticamente transparente.

Eloísa los contemplaba del mismo modo que si fuese un helado derritiéndose al sol. Se deshacía poco a poco, estaba desapareciendo para dejar de existir y pasar a ser lo que en un principio, y antes del cambio, había sido Lisardo para esa chica: nadie.

Acababa de llegar ese fatídico momento en el que la relación se acababa porque el hombre que le gustaba por fin había conseguido hacerse visible para su mujer ideal, ese ser que veía inalcanzable. Y no es que ese ser fuese ni más alto ni más bello, ni más completo ni más perfecto que ella, simplemente la dejaba por otra por la que sentía amor platónico y no fascinación como le ocurría con Eloísa.

Porque esta sorprendía siempre con su forma de ser y de conducirse en la vida. Despertaba sonrisas de alegría, de admiración, de sorpresa con cada detalle con los que ella iba llenando su día a día. Era especial y todo el que la conocía lo sabía; todo en ella era suave, nuevo, educado, cálido... Elegante, sí, así era Eloísa: elegante en cada uno de los aspectos que conformaban su vida, pero solitaria puesto que nadie había conseguido penetrar en esa fina capa en la que cada vez más se estaba convirtiendo el envoltorio de su dolido corazón.

Se sintió asustada al comprobar cómo siempre acababa siendo el dulce tránsito que sus parejas usaban para pasar al otro lado del espejo, ese en el que no querían mirarse, justo hasta que la chica ideal los veía. Como acababa de ocurrir con Eva, y los ojos de Lisardo habían anunciado un claro «¿y por qué no?».

Tocaba batirse en retirada y nada más salir Eva por la puerta, y sin temblarle la voz, Eloísa le anunció a Lisardo que se marchaba. Él asintió con la cabeza y nada en su gesto le hizo entender que quisiera retenerla.

Se sintió un tanto perdida... pero sobre todo sola. La madre de Lara siempre le había dicho que podía acudir a ella cuando lo necesitase y era lo que iba a hacer, la llamó de inmediato y salió rumbo a su casa, no soportaba ni un segundo más estar junto a él.

Había quedado con Lisardo en que volvería para llevarse todas sus cosas. Sería entonces cuando zanjarían el asunto de la compensación económica por el buen papel que había desempeñado en aquella historia que allí finalizaba.

Soportó dos días agotadores, llenos de una tristeza de la que no podía deshacerse como si de su propia piel se tratase. Sufrió como nunca antes lo había hecho, lloró de rabia y languideció en casa de Elena, la madre de Lara, donde esta acudió de inmediato al rescate de su amiga, pero no para hacer ningún tipo de reproche, si no para abrazarla y mostrarle todo su apoyo.

Hasta que, completamente agotada, se dijo que algo debía empezar a hacer más que regodearse en su propia pena. Sin avisar de su llegada, ya que no lo creía necesario, había accedido con su llave hasta el trastero de Lisardo para vaciarlo y enviar todo por mensajería al lugar donde pensaba instalarse: la casa familiar en Asturias.

Finalmente, no había pedido trabajo para ella a su amigo en Japón. No se encontraba con fuerzas ni ánimos para emprender un viaje así, no en ese triste momento y por supuesto no hasta que no asimilase lo que le acababa de ocurrir para poder afrontar una nueva etapa en su vida.

Tan solo restaba por recoger algunas cosas de su habitación y pensando que él estaría en la discográfica entró sin llamar. Se encaminó hacia su dormitorio y unas alegres risas resonaron por toda la casa. Con el corazón latiendo acelerado, y de forma apresurada, recogió todo y salió hasta el pasillo para abandonar ese lugar lo más rápido que le fuese posible.

Pero la presencia desnuda de Eva, saliendo de la habitación de Lisardo, la dejó clavada en el sitio, del mismo modo que si hubiese sido atravesada por una lanza: herida de muerte. Ninguna hablaba. Eloísa porque no podía hablar presa del estupor más profundo y Eva porque tal vez no sabía qué añadir a una situación claramente violenta.

—Lisardo me ha contado lo vuestro —dijo la muchacha al fin, altiva y a modo de justificación.

Y saber eso no había hecho sino añadir más pena a la que ya sentía desde que había descubierto el modo en el que se miraban días atrás. La fulminó con la mirada, y completamente abochornada odió a esa chica, y después a Lisardo, por haber compartido algo tan íntimo y que solo era de los dos con esa mujer.

Cuando él asomó la cabeza instantes después, fue el momento perfecto para que Eva se perdiese de su vista.

—Me marcho ya, solo he venido a llevarme un par de cosas que quedaban por recoger.

—No sabía que vendrías, no he preparado el dinero del que hablamos.

El dinero. Al parecer eso era lo único que a él le preocupaba en ese duro y vergonzoso momento para ella.

—Te envío mi número de cuenta y me haces un ingreso —sugirió Eloísa.

Días atrás había barajado seriamente la opción de no aceptar esa compensación, pero ahora quería ese dinero. Se lo había ganado, era suyo y era lo justo, y sobre todo: lo necesitaba y no iba a renunciar a él por nada ni nadie. Se encaminó hacia la puerta, no sin antes depositar sus llaves en las manos de Lisardo.

—¿Qué le dirás a tu familia? —Nunca habían hablado de cómo les comunicaría la noticia de su ausencia y sentía curiosidad. Él se encogió de hombros.

—No sé, les contaré cualquier cosa, tal vez que no éramos compatibles —la dejadez con la que habló le sonó especialmente cruel a Eloísa.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando un terrible y arrasador sentimiento de rabia y frustración se apoderó de ella; no era rencorosa, no era vengativa, pese a haber vivido malos momentos en la vida aceptaba todo de buen humor y siempre había sabido perder. Pero en ese

instante necesitaba expulsar lo que la estaba carcomiendo, sabía que, de no hacerlo, le reventaría por dentro como si de un grano purulento se tratase y no deseaba esa ponzoña dentro de ella.

—¿Por qué no les dices la verdad? —le espetó dolida.

—No te entiendo —dijo él visiblemente confundido—. ¿Qué verdad? ¿A qué te refieres?

—Sí, díles que engañaste a tu mujer con otra —le dijo con las lágrimas aflorando por sus ojos.

—Eloísa, no somos nada, no he engañado a nadie, no sé a qué vienen tus palabras.

Escucharle decir que no eran nada fue terriblemente doloroso para ella. Que él no apreciase su vida juntos, toda la confianza que habían conseguido forjar, los sentimientos que habían vivido y compartido... ¿Dónde estaba el Lisardo que ella había conocido?, se preguntó. No allí, en el hombre que tenía ante ella negando su relación, se contestó frustrada. Enrabiada, se lanzó a hacerle reproches.

—Debes de sentirte muy orgulloso porque al final has conseguido tu objetivo: ser uno como los demás, cualquier otro que en nada se distingue del resto.

Una furia mal disimulada se reflejó en el gesto contraído de Lisardo.

—¡Tú te vas! ¿Acaso no te has dado cuenta?

—Nadie me ha pedido que me quede, ¿te has dado tú cuenta de eso?

—Joder, Eloísa, estoy jugando según las reglas, según lo que establecimos al principio de esta historia.

—Nuestra historia —matizó ella—, ha cambiado mucho desde que nos conocimos.

—Vamos, ¿qué me estás queriendo decir con esta pataleta? ¿Que te duele lo que ha ocurrido entre Eva y yo? ¿Qué quieres hacerme creer? ¿Que estabas enamorada de mí? ¿Tan estúpido te crees que soy? —le dijo lleno de desdén.

Estaba demasiado lejos de él para hacerle entender lo que iba a revelar en esos momentos. Necesitaba clavar bien sus pupilas en esas otras verdes, pero mucho más cerca, para que, de ese modo, no hubiese opción a malentendidos, ni en sus palabras ni tampoco en su mirada.

Así, dio unos cuantos pasos y cuando lo tuvo a escasos centímetros de su rostro le habló como nunca antes le había hablado a nadie, confesándole sus sentimientos más íntimos. Quería que los sintiese tal y como ella los estaba experimentando: a flor de piel desde que lo conocía.

—¿Sabes qué, Lisardo? Yo nunca me he enamorado de ti, no tuve necesidad de hacerlo porque te quise desde el primer momento en que te vi.

Sus palabras tuvieron el efecto de hacer que él se echase un paso atrás, como si tuviesen forma y peso, del mismo modo que si lo hubiese abofeteado. Sin duda aquella confesión había roto en él muchas ideas o los esquemas que se hubiese trazado en su mente para llegar a la opción de acostarse con Eva sin guardarle a ella el más mínimo respeto o consideración. Sin nada más que añadir, abandonó su historia tras aquella puerta que cerró de la manera más silenciosa y respetuosa en la que pudo hacerlo.

# Capítulo 13

## Cuando descubres que nada era mentira

—¡¡Ey!! Si es el señor «culo fino».

—Hola, Tete, ¿qué haces aquí? —inquirió Lisardo sin ocultar la tremenda sorpresa que le suponía verlo en la casa familiar de Eloísa. Asturias, sin duda, quedaba bastante alejada de Mallorca.

Lo último que esperaba era encontrarse a aquel muchacho de nuevo. Ni siquiera esperaba encontrar a su mujer, puesto que la hacía en Japón siguiendo los planes que ella misma había marcado para cuando se separasen. Había llegado hasta ese verde rincón del país desesperado, buscando no sabía muy bien qué.

—La niña nos deja vivir en su casa. Solo un tiempo, ¿sabes? Voy a ser papá y mi Vero no puede estar dando tumbos en la *furgona*. Eloísa nos echó una mano cuando peor estábamos, y además, le hacemos compañía... Está muy sola... ¡¿Dónde te metes, capullo?! —le gritó dándole un golpe en la espalda que casi tumba a Lisardo.

—No lo sé, la verdad, no sé dónde me meto ni lo que hago —dijo con pesar, mesándose con evidente desesperación los cabellos. Escuchar de labios de Tete que Eloísa se encontraba allí fue un alivio, aunque fugaz; ahora debía enfrentarse a ella y sufría pensando en el reencuentro.

—No es bueno salir corriendo siempre que algo no te gusta... Como aquella vez en mi furgoneta, ¿te acuerdas? —le preguntó con seriedad.

—Sí, Tete, cómo olvidarlo. —Rememoró aquel día del que el muchacho le hablaba y una sonrisa asomó a sus labios pese al mal rato que pasó en su momento.

—A cambio de la hospitalidad le estoy remodelando la casa, que estaba un poco chungueta, ¿sabes? Mi Vero no quería llamar a tu Eloísa, por no molestar, pero la vi tan mal que llamé yo. No te importa, ¿no? Al fin y al cabo, es tu mujer y esta también es tu casa, pero no sabíamos a dónde ir y ella necesita reposo. Muy mal rollo todo, porque no nos querían en ninguna parte ¡y mira!, una extraña que hasta me robó un día, y otro va y me ofrece la vida entera.

Lisardo sonrió por toda respuesta ante la historia que acababa de escuchar, no le sorprendía nada la generosidad de Eloísa para con unos casi extraños.

—Estamos a punto de comer, ¿quieres quedarte? —ofreció amablemente Tete.

—Creo que eso debe decidirlo Eloísa.

—Pues voy a avisarla... Y ni se te ocurra escaparte, ¿eh? —amenazó con el índice señalándolo.

Lisardo contempló el paisaje que se abría ante él, su vista se perdía en todo el verde que se extendía en las repetidas colinas y a lo lejos en las altas montañas. La casa de los padres de Eloísa era un típico caserío asturiano que se veía bastante maltrecho, por lo que se alegraba de que Tete estuviese allí para darle un lavado de cara a la propiedad. Giró el cuello para llenar sus ojos con la enorme alfombra que eran los prados que lo rodeaban todo. No muy lejos de él, varias

vacas y un par de caballos pastaban sin prisa alguna.

Eloísa hacía rato que había escuchado el coche de Lisardo subir por el camino que llegaba hasta su casa. Bastó el sonido que la gravilla provocaba bajo las ruedas para que sus latidos marcaran un ritmo diferente al habitual de esas tranquilas semanas allí aislada. Después fue un discreto testigo de la conversación entre su marido y Tete y salió del caserío antes de que este le anunciase la visita que esperaba en la puerta. Contempló a su marido unos largos minutos sin ser vista y solamente cuando su corazón bajó de revoluciones por fin se atrevió a hablar:

—¡Hola! —saludó afectuosa.

Él se giró de inmediato al escuchar la conocida voz y, al hacerlo, fue para encontrar algo que probablemente no esperaba: la misma sonrisa luminosa que aquella bonita mujer le había dedicado desde el irrepitable instante en que se habían conocido, algo que en ese momento, y según lo que mostraba su cara, no creía merecer.

A Lisardo la voz se le trabó en la garganta impidiéndole emitir sonido alguno, si acaso un leve gemido de tristeza amagaba con querer salir, el mismo que había intentado no sacar fuera cada minuto de cada día de la que sin duda consideraba que era la patética vida que había pasado lejos de ella.

La miraba como si quisiera retener esa imagen para siempre, como si tan solo tenerla ante él bastase para recuperar lo perdido.

Ante su prolongado silencio, Eloísa le invitó con una mano a echar a andar por el sendero que se abría ante ellos y que bajaba hasta el camino principal, donde estaba el coche de Lisardo aparcado.

Y este, sin saber qué hacer, al parecer interpretó aquel gesto de la única manera posible: entendía que ella lo estaba invitando a marcharse, a subir a su coche y a largarse de allí por donde mismo había venido; o quizá por otro camino, a ver si así se perdía del todo, no solo en aquella verde región en la que nunca había estado. También podía perderse para siempre en la memoria de los recuerdos, esos que por ser irrelevantes los desechas al instante de ocurrir porque nunca te aportaran nada.

Visiblemente avergonzado, no se atrevía a mirarla, simplemente la seguía cabizbajo, hurgando en su bolsillo para sacar el llavero del coche. Pero, una vez parado ante este, se dio cuenta de que ella no detenía su lento caminar y seguía embelesada con el paisaje, como si esa fuese la primera vez que lo veía. Indeciso, permaneció inmóvil frente a la ventanilla del conductor.

Entonces, una suave brisa agitó la hierba para después ir a enredarse en la melena suelta de Eloísa. Ensimismado, enamorado con aquel movimiento de banderas brillantes y oscuras al viento, tardó en distinguir la mano que ella extendía hacia él invitándole a seguirla.

Y Eloísa rezaba porque él así lo hiciera. Rezaba porque no desease nada más que seguirla, ser su sombra, pegarse a ella, apartarle el pelo de la nuca, oler su cuello, aspirar su aroma y entendiese quién era ella al fin.

Lisardo se deleitó con la figura de su mujer vista desde atrás, para después embelesarse, como siempre había hecho, observando el suave contoneo de sus estrechas caderas. Lucía un bonito vestido largo hasta los pies, de cuerpo ajustado y falda arrugada, estampada de diminutas florecitas en tonos verdes y rosas.

Giró el rostro a medias para comprobar cómo Lisardo tragaba saliva y se humedecía los

labios, Eloísa los percibió un tanto resecos, y pensó que quizá se debía a todo el tiempo que él había deseado hablar desde que la vio marcharse por última vez. En ese tiempo de separación, seis semanas prácticamente, no se había comunicado con ella para la temida noticia de la firma del divorcio, por tanto no sabía a qué había venido él. Pero sin duda, la actitud de su marido desde que lo había visto descender del coche, le estaba indicando demasiadas cosas y todas ellas esperanzadoras.

A Lisardo, parecía que las palabras se le arremolinaban en la garganta como si quisieran salir en tropel, debía ordenarlas, pronunciarlas con cuidado, buscaba lo que tanto deseaba decir, pero al parecer no hallaba modo de darle la forma adecuada a lo que realmente había estado sintiendo en ese tiempo de ausencia.

—¿Recuerdas el día que regresé a casa y te desmayaste? —La vio asentir, pero sin mirarlo, y aunque no lo parecía sí lo hacía, todo el rato y de reojo—. Hice guardia en el pasillo la noche completa y toda la mañana del día siguiente. A lo largo de mi vida me he sentido siempre terriblemente solo, pero esa soledad nunca fue tan demoledora como esas horas que pasé allí... Y tú simplemente estabas al otro lado de la puerta. Pero no verte, no escucharte, no presentirte, no intuirte en cada rincón de mi casa... Creo que ni siquiera respiraba para no romper el silencio y hacer que te recuperases antes. —Eloísa escuchaba con el estómago encogido—. ¡Te eché tanto de menos! Y eso únicamente era la antesala de todo lo que sabía que me esperaba desde el día en que tú te marchases. Pero esperé allí sentado. Y esperé todas esas horas únicamente para que tú me llamasas y me hicieras ver que me necesitabas... ¡Deseaba tanto ser necesario, imprescindible en tu vida!

Eloísa continuaba su lento caminar y aparentaba no prestarle atención y él, no podía ocultarlo, se impacientaba ante su silencio. Pero ella acababa de cerrar los ojos, maldiciendo aquella mañana, ese preciso instante del que él le hablaba en el que tuvo, ahora lo sabía, en su mano alzar la voz y mostrarle su verdadera necesidad de él.

—Nunca me atreví ni siquiera a imaginarme que tú pudieras estar interesada en mí, ¿cómo esperabas entonces que te pidiese que te quedases? —Con esa pregunta, que ella percibió llena de rabia, giró el rostro a medias, lo veía sufrir pero no le contestó. Las lágrimas amenazaban con caer de sus ojos y desvió la cara para que él no lo notase—. Pero aun sin pretenderlo me hice ilusiones y al volver aquel día de cortarme el pelo quise creer que algo podía ser posible entre tú y yo, lo vi en esa última sonrisa que me regalaste. Y de pronto, sin darme opción a recolocar otra idea en mi mente, me dijiste que te marchabas... Mi torpe respuesta fue hacerme el digno, mi desastroso error fue desahogarme con Eva, me envalentoné con ella y fui un cobarde contigo. Tú eras lo que más deseaba, lo que más amaba y te habías ido, tú me diste todo y yo no fui capaz de dar un paso adelante por ti. Siempre fuiste para mí «querida Eloísa», aunque no me atreviese a pronunciarlo la tarde de las postales.

Sabía, por el tono desesperado de su voz, que el estado de nervios de Lisardo se incrementaba exponencialmente a medida que ella no detenía sus pasos y continuaba con su paseo en un estado de fingida relajación. Se dijo a sí misma que, probablemente, él pensaría que ni siquiera lo estaba escuchando.

—No voy a pedirte perdón, Eloísa, porque era muy consciente de lo que hacía con Eva. Yo lo provoqué, no fue algo sin querer, así que decirte «lo siento» es algo tan insignificante en el terrible fallo que cometí que no merece la pena ni siquiera dejarlo salir de mí. Pedir perdón por

algo tan grave resulta hasta ofensivo y no deseo hacerte más daño.

Lisardo deslizó su mano en el bolsillo del pantalón y sacó un iPod conectado a unos pequeños auriculares.

—He traído algo para ti. —Le tendió los auriculares cuando ella se giró a mirarlo.

Contemplaba aquellos objetos diminutos sin entender y él procedió a explicarse, lleno de timidez.

—He compuesto *Para Eloísa*, la melodía de mi mujer, esa que únicamente yo podía escuchar tantas veces como quisiera, esa que me ha perseguido desde que te marchaste; pero ya no podía escucharla más sin compartirla contigo... Te he deseado en el umbral de mi estudio tantas veces, imaginándome allí tu silueta recortada, pidiéndome que te dejase disfrutar de mi trabajo...

Eloísa se colocó los auriculares en los oídos y antes de que él le diese al *play* habló de nuevo:

—Tan solo he intentado traducir mis sentimientos en música, ojalá puedas entenderlos.

Y las notas empezaron a inundarla, llenándola por completo, del mismo modo que si él le estuviese susurrando al oído. Eloísa observó cómo Lisardo tecleaba sobre su pierna del mismo modo que si esta fuese un piano; seguía el ritmo de la composición que tan bien conocía sin necesidad de oírla. Y ella, a través de los auriculares, parecía estar escuchando a su marido hablar, contar, explicar...

En otros momentos el tema le llegaba como si él estuviese enfadado, triste o riendo; todos los matices de su personalidad parecían estar encerrados en aquella música que no necesitaba letra. Cuando la intensidad subía su corazón se aceleraba, creyendo incluso notar su aliento paralizarse, el vello de todo el cuerpo se le erizó invadida de la felicidad más absoluta, esa que podía sentirse gracias al lenguaje universal de la música.

Cuando se hizo el silencio en aquel diminuto aparato, ella le devolvió los cascos y él lo deslizó todo en su bolsillo de nuevo. Eloísa pensó que ya habían sufrido los dos lo suficiente, así que, por toda respuesta, unió su mano a la de él. Lisardo parecía casi petrificado por aquel contacto, le observó mientras bajaba la vista y miraba sus dedos entrelazados a los de ella y entonces descubrió algo que le dejó casi sin aliento: Eloísa todavía lucía en su dedo anular sus dos anillos, el de prometida encerrado en la alianza de casada. Visiblemente emocionado, volvió a mirarla cuando al fin escuchó su voz.

—Nunca te lo he preguntado y tampoco tú me lo dijiste.

—¿El qué? —logró decir él, todavía asombrado con aquel contacto, como si realmente esa fuera la primera vez que sus cuerpos se rozaban.

—¿Cuántas mujeres contestaron a tu anuncio?

—Más de las que jamás pensé.

—Que son... ¿cuántas? —insistió ella.

—Muchas.

—¿Con cuántas te entrevistaste?

—Con una —anunció él, orgulloso, sin dejar de bañarse en sus ojos.

—La única que te necesitaba —le confesó Eloísa al fin.

—Mi dirección de correo así lo especificaba: *teestoyesperandoati*.

—¿Para qué?

—Para volver a casa —proclamó feliz antes de envolverla con sus brazos.

**Fin.**